

PRIMAVERA
2019

28

REVISTA DE LA ACADEMIA

ISSN 0717-1846 (impreso)
ISSN 0719-6318 (en línea)

INSTITUTO DE HUMANIDADES - UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

PRESENTACIÓN DEL DOSSIER

Marxismos latinoamericanos.

Pedro Huerta, Fabián Cabaluz, Tomás Torres

DOSSIER

*¿Proletariado sin cabeza o cuerpo social domesticado?
Notas para una lectura crítica del ensayo de José Revueltas.*
Jaime Ortega

*La emergencia del discurso socialista en la Federación
Obrera de Chile: las polémicas de prensa entre Gentoso y
Recabarren.*

Francisca Durán

*Las teorías de la dependencia y la cuestión del estado en
América Latina: reflexiones críticas (y autocríticas) en la
bisagra de los años setenta y ochenta.*

Andrés Tzeiman

*Bajo el sol de Cuba: influencias de la revolución cubana en
los orígenes de la nueva izquierda revolucionaria chilena
(1959 – 1964).*

Marco Antonio Álvarez

*El Marx de Gudynas: sobre la idea de modos de apropiación
y modos de producción.*

Javier Enrique Zúñiga

El caribe y el nacimiento de la esclavitud capitalista.

Perla Valero Pacheco

COMENTARIO DE LIBROS

La incorregible imaginación.

Marcelo Stacerbaum

*Comunidad y Estado en Alvaro García Linera. Un análisis a
través de sus lugares de enunciación (1988 – 2017).*

Fabián Cabaluz

Rewiev Latin American Marxism in Context.

Tomás Torres

La movilidad del saber científico en América Latina.

Nelson Arellano Escudero



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

INSTITUTO DE
HUMANIDADES

Revista de la Academia

Revista de la Academia es la revista del Instituto de Humanidades de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Recoge resultados originales de investigación y de crítica en el ámbito de las distintas disciplinas y orientaciones de la filosofía, las ciencias sociales y las humanidades.

Revista de la Academia aparece dos veces al año, los meses mayo y noviembre. Quienes quieran publicar en ella deben enviar sus trabajos a través del soporte *Open Journal System (OJS)*, para lo cual es necesario registrarse en el mismo. Toda comunicación posterior se llevará a cabo a través de dicho soporte.

El envío de un trabajo a Revista de la Academia implica el compromiso por parte del autor o autores de que éste no ha sido publicado ni está en vía de ser publicado. Se informará de la decisión acerca de las colaboraciones en un plazo no superior a cuatro meses.

Revista de la Academia Volumen 28/Primavera 2019/ISSN 0719-6318
Universidad Academia de Humanismo Cristiano
Condell 343, Providencia, Santiago de Chile
Dirigir toda correspondencia a: jgarcias@docentes.academia.cl



Director

José Fernando García
Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile

Comité Editorial

Dra. Graciela Batallán, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Lic. José Bengoa, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Dr. Marcial Godoy-Anatívia, New York University, Estados Unidos
Dr. Jorge Larraín, Universidad Alberto Hurtado, Chile
Dra. Berengère Marques-Pereira, Universidad Libre de Bruselas, Bélgica
Dr. José Luis Martínez, Universidad de Chile, Chile
Dr. Danilo Martuccelli, Université Paris Descartes, IUF, CERLIS-CNRS., Francia
Dra. Teresita Mauro Castellarín, Universidad Complutense de Madrid, España.
Dra. Chantal Mouffe, Universidad de Westminster, Reino Unido
Dra. Nancy Nicholls, Universidad Católica de Chile, Chile
Dr. Tom Saldam, Universidad Libre de Amsterdam, Países Bajos
Dr. José Eduardo Serrato, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
Dr. Carlos Ruiz Schneider, Universidad de Chile, Chile
Dr. Patrice Vermeren, Universidad de París 8, Francia

Consejo de Redacción

Dr. Marcos Aguirre, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Dra. Kathya Araujo, Universidad de Santiago, Chile
Dr. Nelson Arellano, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Dr. Pablo Cottet, Universidad de Chile, Chile
Dr. Raúl González, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Dra. Cristina Hurtado, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Dr. Gastón Molina, Universidad Central, Chile
Dr. Juan Ormeño, Universidad Diego Portales, Chile
Dra. Patricia Poblete, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Dr. Cristián Parker, Universidad de Santiago, Chile
Dr. Adán Salinas, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Dra. Cecilia Sánchez, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
Mag. Pablo Solari, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile

Dossier
Marxismos latinoamericanos

PRESENTACIÓN: MARXISMOS LATINOAMERICANOS

Pedro Huerta¹
Fabián Cabaluz²
Tomás Torres.³



Hay momentos históricos que escenifican en el espacio público aspectos que por mucho tiempo habitaron en los interiores de la sociedad (testarudos fantasmas que recorren el mundo). Esas coyunturas se manifiestan a través de sublevaciones periódicas donde se hace visible lo que Rene Zavaleta denomina como crisis de la relación entre *Estado y sociedad civil*. Ello es en parte lo que se hace patente en el alzamiento de los subterráneos del 18 de octubre en Chile. La crisis de un Estado arquetipo del capitalismo neoliberal, llamado por muchos autores como “modelo chileno”.

Como sabemos es el marxismo la tradición teórica que por primera vez intenta dar cuenta de manera dialéctica de las contradicciones entre las distintas fuerzas sociales, siendo la historia el terreno propio de ese desenvolvimiento. Es por ello que hoy se hace necesario entender o tratar de traducir las dinámicas del movimiento histórico donde se hacen manifiestas las posibilidades de emancipación de una época. De allí que hemos preparado este *Dossier de Revista de la Academia* para pensar a Marx desde América Latina, como una herramienta teórica que nos permita dar sentido a los cambios en los que vivimos, pero también para afirmarnos en el horizonte político rebelde de nuestros días.

Los invitamos a recorrer los artículos de este número donde se cuentan los trabajos de Jaime Ortega “¿Proletariado sin cabeza o cuerpo social domesticado? Notas para una lectura crítica del *Ensayo* de José Revueltas” que interroga la obra del revolucionario mexicano a partir de una perspectiva particular, la althusseriana. Para ello, el autor busca mostrar las posiciones contrapuestas entre una corriente idealista y otra materialista que se alojarían al interior del texto de Revueltas. Una de las cosas más interesantes del argumento del artículo, es la pregunta sobre cómo abordar metodológicamente una lectura de un texto teórico marxista,

¹ Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E-mail: phuerta@academia.cl

² Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E-mail: fabiancabaluz@gmail.com

³ Universidad Alberto Hurtado. E-mail: tom.torres.lopez@gmail.com,

diferenciando tres perspectivas: una ligada al historicismo, aquel que relaciona el texto y contexto como descripción empírica, otra al metodologicismo, inaugurado por Lukács en *Historia y Conciencia de Clase* y la última, es la que habría realizado el filósofo marxista Louis Althusser, cuyo eje no está abocado exclusivamente al contexto sino también a la unidad misma que representa una obra. De esta manera, la entrada althusseriana al texto de *Revueltas*, implica una novedad interesante de ser explorada y que puede ser extrapolada al estudio de otros autores y obras.

El siguiente artículo, “La emergencia del discurso socialista en la Federación Obrera de Chile: las polémicas de prensa entre Gentoso y Recabarren” de Francisca Durán, es un ejercicio historiográfico acucioso que aborda las maneras en las que se forjó el discurso socialista a partir de las discusiones de dos exponentes importantes del movimiento obrero chileno. Consideramos que hay dos aspectos de relevancia que destacar de esta indagación: el análisis socio histórico sobre la relevancia de las primeras federaciones obreras de nuestro país como la FOCH, pero también la importancia que tuvieron en la discusión política los órganos de difusión popular, como lo fueron los periódicos *El despertar de los trabajadores* y *La Locomotora*. Esto muestra la importancia que la prensa autónoma y desde abajo tuvo en la difusión del ideario socialista y anarquista en el inicio del siglo XX chileno. Respecto a lo segundo –la FOCH–, el texto aborda la manera en la cual el dispositivo discursivo del socialismo fue introducido en dicha orgánica obrera, a la vez que analiza la maduración de las organizaciones que se identificaban como socialistas.

En el artículo “Las teorías de la dependencia y la cuestión del Estado en América Latina: reflexiones críticas (y autocríticas) en la bisagra de los años ochenta y setenta”, se analizan los vínculos que se establecen entre uno de los momentos más creativos del marxismo latinoamericano y el reflujo producido por las dictaduras militares que asolaron el continente. Los puntos destacables de este artículo hacen referencia al modo en que los dependentistas Norbert Lechner, Agustín Cueva, René Zavaleta y Marcos Kaplan, pensaron la posición continental en el mercado mundial, y cómo fueron capaces de relacionar, en tiempos de derrota, su posicionamiento político con el problema siempre presente del Estado. Estas reflexiones se vuelven muy pertinentes para el Chile actual, dado que la necesidad de repensar el Estado no es una cuestión que se pueda seguir postergando. Los conceptos de

heterogeneidad estructural, imperialismo, determinación dependiente y el “Leviathan criollo” permiten comprender que la teoría de la dependencia va más allá de un mero análisis económico-estructural, es decir, puede pensarse como una propuesta que aborda aspectos políticos, culturales, etc.

El artículo “Bajo el sol de cuba: influencias de la revolución cubana en los orígenes de la nueva izquierda revolucionaria chilena (1959–1964)” de Marco Álvarez, se detiene particularmente en las influencias políticas, teóricas y discursivas de la revolución de la isla caribeña en la trayectoria de tres grandes referentes políticos, tales como lo fueron, Clotario Blest, Enrique Sepúlveda y Miguel Enríquez. El texto pone en relieve las vinculaciones de la revolución cubana con las izquierdas y las organizaciones revolucionarias de América Latina y, particularmente, con la nueva izquierda revolucionaria en Chile. Las conclusiones del estudio son relevantes, en tanto, sostienen que se generó un proceso de reagrupamiento revolucionario ajeno al sectarismo, plural en términos políticos e ideológicos, asociado a la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en agosto de 1964.

Por su parte el texto “El Marx de Gudynas: sobre la idea de modos de apropiación y modos de producción” polemiza con el concepto de “modos de apropiación” acuñado por el académico uruguayo Eduardo Gudynas para explicar el problema del extractivismo en América Latina, retomando la densidad teórica de la noción marxiana de “modos de producción”. El texto despliega un debate teórico, conceptual y político, situado en el seno de los debates en torno a las problemáticas socio ambientales que atraviesa el planeta en la actualidad. En ese marco, el autor difiere de las interpretaciones de Gudynas, por retorcer, deformar y simplificar, de acuerdo a su opinión, las contribuciones del filósofo alemán en lo que refiere a las luchas ambientales. Abordar con rigurosidad el complejo concepto de “modo de producción” implicaría detenerse en sus modulaciones internas, concebirla como una categoría que rebasa la dimensión económica, profundizar en la relación entre modo de producción y la creación de valor, entre otras observaciones desarrolladas con detención por el autor del artículo.

Finalmente, el artículo titulado “El Caribe y el nacimiento de la esclavitud capitalista. Apuntes sobre el marxismo negro de Eric Williams”, es un texto que se detiene en analizar la obra “Capitalismo y esclavitud” de Eric Williams y que esboza una interpretación del

capitalismo en el cual es relevante el papel de la esclavitud colonial y la trata negrera. El artículo sitúa con gran claridad la obra de Eric Williams en la historiografía británica. en los estudios sobre el sistema esclavista en el Caribe colonial y en el desarrollo de un marxismo heterodoxo que polemizó con la teleología del *Diamat* y del estalinismo, sentando las bases de un marxismo negro y anticolonial. A su vez, profundiza en cuatro núcleos, a saber: el Caribe como un espacio global, la esclavitud colonial como una nueva esclavitud capitalista, la plantación como industria capitalista y la invención del “negro” y el racismo moderno como resultado del colonialismo basado en la plantación. Sus importantes contribuciones finalizan con una conclusión que establece temas que quedan pendientes de profundizar, como la historia de las plantaciones y su relación con la esclavitud, la relación entre esclavitud y colonialismo y las recepciones de la obra de Williams en Hispanoamérica.

¿PROLETARIADO SIN CABEZA O CUERPO SOCIAL DOMESTICADO? NOTAS PARA UNA LECTURA CRÍTICA DEL ENSAYO DE JOSÉ REVUELTAS

Jaime Ortega¹

Resumen/Abstract:

El presente texto es una aproximación crítica al *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* de José Revueltas. A partir de las indicaciones metodológicas heredadas por Louis Althusser en su tratamiento de *El Capital* y de las nociones de posición idealista y posición materialista, se reconstruye el contenido del *Ensayo*. En el interior de este, se denota la coexistencia de estas dos posiciones: la idealista que remite a una filosofía de la historia y la materialista, que aborda los problemas específicos de una coyuntura. Finalmente, se apuntala una lectura crítica, en donde la noción de “proletariado de cabeza” debe ser repensada en el conjunto de la historia del movimiento obrero en México y de su relación con el Estado. Las breves conclusiones sólo son pie para pensar el entramado en el que se juega la historia del marxismo.

Palabras clave: Revueltas, proletariado, idealismo, materialismo, El Capital

PROLETARIATE WITHOUT HEAD OR DOMESTICATED SOCIAL BODY? NOTES FOR A CRITICAL READING OF ESSAY DE JOSÉ REVUELTAS

This text is a critical approach to José Revuelta's Essay on a headless proletariat. From the methodological indications inherited from Louis Althusser in his treatment of Das Kapital and the notions of idealist and materialist position, this paper reconstructs the content of the Essay. In his interior, the coexistence of these two positions is denoted: the idealist that refers to a philosophy of history and the materialistic one, which addresses the specific problems of a conjuncture. Finally, underpinned in his critical reading, the notion of “head of the proletariat” rethink the history of the labour movement in Mexico and its relationship with the State. The brief conclusions are only foot to think about the framework, which played the history of Marxism.

Keywords: Revueltas, proletariat, idealism, materialism, The Capital

¹ Universidad Autónoma Metropolitana, México. E-mail: Jaime_ortega83@hotmail.com



José Revueltas es una figura emblemática tanto de las tradiciones asociadas a opciones políticas de la izquierda como del marxismo entendido este como camino de reflexión de la vida social. Varios motivos convocan a afirmar que es quizá el más importante de los militantes que hicieron parte de la construcción de un discurso crítico durante la primera mitad del siglo XX e impactaron poderosamente en la segunda, especialmente tras su participación en el movimiento estudiantil-popular de 1968. Es posible, además, insistir en el dato bien conocido de su abnegada militancia comunista juvenil, que lo llevó en reiteradas ocasiones a conocer las prisiones del régimen “pos-revolucionario” y dejar constancia tanto de los “muros de agua” como del “apando estatal” (Kraniauskas, 2016).

Sin embargo, a la consideración de su militancia es preciso ponderar su paso por diversas corrientes además del comunismo histórico, como lo es su acercamiento a la escisión del Partido Comunista Mexicano, el denominado Partido Obrero Campesino de México (POCM), sus devaneos iniciales con el maoísmo, además del dato nada irrelevante de su larga trayectoria a la sombra de Vicente Lombardo Toledano (durante los años cincuenta, cruciales en su producción literaria) o bien, en el último tramo de su vida el acercamiento innegable con el trotskismo y el consejismo. La insistencia en su vínculo con estas trayectorias ideológicas al interior tanto del comunismo como del marxismo, es lo que permite entender algunas de las obsesiones y búsquedas más intensas que animaron su vida intelectual.

Más allá de su colocación ideológica, es cierto que en la memoria contemporánea se le asocia con la figura del intelectual comprometido, sobre todo tras el crucial año de 1968, que determinó en gran medida su presencia tan intensa en la memoria de quienes adoptaron la seña de identidad de la izquierda en las décadas siguientes. Por último, es preciso recordar que Revueltas fue el último –¿quizá el único en la segunda mitad del siglo XX? – de los teóricos marxistas que nunca desempeñó papel en la cátedra universitaria, sino que ocupó los lugares claves del intelectual de otra época: la prensa y la literatura, actividades que alternó y fusionó con la militancia política.

Con una cierta dosis de ambición, es posible afirmar que la historia de la izquierda mexicana es en gran medida la biografía de Revueltas: los caminos que se trenzaron en su andar son también los de una opción socio-política nacida cuando el olor a pólvora de la guerra civil aun se encontraba en el ambiente político y que a la postre sería el inicio de un conjunto de transformaciones que modificarían a la sociedad en su conjunto, sobre la base de un “shock” modernizante de grandes proporciones. Esto no sólo en un aspecto formal, pues la modernización heredera de la guerra civil forjó su propia jaula de hierro a partir de la cual se establecieron los marcos para pensar y socializar, así como de realizar la práctica política. La izquierda habitó en aquella cárcel impuesta por la ideología pos-revolucionaria, perseguida, minoritaria, periférica, dependiente, pero presente de manera constante, tanto con intervenciones puntuales como reflexionando sobre lo que sucedía en el país.

El proceso de superación de las constantes crisis de identidad de quienes afirmaban la necesidad de un tipo de revolución en un país que venía saliendo de una, muy costosa en términos humanos, no fue sencillo. La tutela ideológica ejercida por el Estado fundado tras la guerra civil perduró hasta la segunda mitad del siglo XX. Es en el conjunto de este proceso en donde Revueltas hace parte del cúmulo de pensadores que ejercita la crítica, tanto del Estado como de la izquierda misma. En 1961, ya en su madurez política e intelectual, redacta el que será uno de sus textos no literarios más afamados, verdadera referencia en el tránsito de las izquierdas mexicanas: el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. Publicado de manera independiente, recibe algunas reseñas elogiosas (González Rojo 1962; Aguilar 1962) y algún comentario crítico de dicha reseña en la pluma de Enrique González Pedrero, pudiéndose considerar que en su momento fue un texto más bien marginal, en gran medida porque su destino no era otro que el conjunto de militantes a quienes interpelaba a partir de determina nomenclatura. Es, sin embargo, al calor de los vientos de democratización que hacia los años ochenta impulsa la izquierda es que el *Ensayo* se transformará en un referente obligado y el punto de arranque desde el cual se expresan renovadas valoraciones al pasado de las expresiones partidarias.

En el marco de esta historia o de esta multiplicidad de historias que se tejen alrededor de la figura de Revueltas plantearemos en este texto una aproximación crítica. La cultura política de izquierda se ha visto nutrida a partir de la aparición del famoso y multicitado *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, pues en el se condensaban las principales críticas a la fuerza principal de esa opción política. El tránsito que sufrió la obra, entre una consideración marginal (escrito desde una secta marxista), a una referencia

obligada, no fue menor y expresa operaciones de lectura ejercidas en determinadas coyunturas, destacando su paso como un texto que expresaba las pugnas al interior de los grupúsculos de izquierda, a ser considerado una especie de balance histórico de la izquierda. Este tránsito fue el que permitió un determinado énfasis en la aproximación.

Este texto apuntala los inicios de una lectura crítica de una de las figuras más importantes del marxismo en la región, en un texto capital. La exposición constará de cuatro partes. En la primera de ellas se establecerá la manera en que procedemos a operar el ejercicio de trabajo teórico siguiendo el legado intelectual heredado por Louis Althusser, que funcionará para establecer las líneas de demarcación necesarias para entender la ambivalencia del contenido. En el segundo apartado se realizará una revisión de ciertas aproximaciones que el *Ensayo* ha suscitado y resultan pertinentes para nuestro argumento y la aproximación crítica. En la tercera sección se expondrá el núcleo central de la lectura crítica a partir de la consideración de que en el texto de *Revueltas* conviven dos lógicas discursivas fundamentales, que de hecho expresan las dos maneras en que el escritor duranguense practicó el marxismo. Finalmente, se aventurará una hipótesis que rebasa el contenido del *Ensayo*, pero busca darle una salida a las hipótesis.

Lecturas de un texto teórico

¿Cómo leer un texto afincado en la tradición marxista? ¿Es posible problematizar el conjunto de elementos que se presupone como una unidad indisoluble? ¿O sólo es posible ubicarlo en un plano meramente “contextual”, en donde son sus referentes inmediatos los que le otorgan un sentido? Este ha sido uno de los dilemas principales para la tradición marxista que ha reflexionado sobre su propio pasado.

A lo largo del trayecto se han desarrollado perspectivas que buscan dar respuesta a esta temática. Tenemos al menos dos posiciones claras que con sus variaciones, fueron dominantes durante la primera mitad del siglo XX. La primera es la que denomino *lectura historicista*, que podría señalarse como aquella que coloca empeño en discernir las condiciones históricas inigualables en las que se enmarca una producción. Así, en la línea historicista, *El Capital* no podría ser otra cosa que la radiografía más precisa del capitalismo inglés de la época victoriana, una especie de pre-historia permanente de cualquier otra modalidad histórica (la imperialista, la del estado de bienestar o la neoliberal, según se elija). Por otro lado, tenemos la perspectiva que podemos denominar una *lectura metodologicista*, formulada a partir de la intervención de Gyorgy Lukács en su conocida obra *Historia y Conciencia de clase*, que expresaría el

anverso de la primera, pues insistiría en la condición de universalismo: se trataría de discernir el método que se moviliza en el interior de un texto teórico para remarcar los elementos que operan de forma a-priori, es decir, se destacaría la herramienta de conocimiento (la abstracción es el ejemplo más socorrido) que serviría para cualquier objeto, en cualquier tiempo y en cualquier espacio. En el primer caso, no podemos rebasar determinadas fronteras impuestas por una “época histórica” o una cierta geo-cultura; en tanto que, en la segunda, nos enfrentamos al imperio de la abstracción de un método que aspira a la universalidad y a la totalidad plena.

Este problema acompañó a gran parte de la tradición marxista que pretendió desarrollar el campo teórico como un espacio autónomo y específico de reflexión. El año de partición de esta dualidad fue 1965 con la aparición de los trabajos de Louis Althusser y con ellos, una nueva forma de concebir el espacio de la teoría. A lo largo de su trayectoria, el filósofo francés propuso diversas estrategias para salir del atolladero (lo que después sería conocido como la “crisis del marxismo”) que, según él, habían orillado las dos perspectivas anteriores en su difusión y dominio prácticamente absoluto. No fue, sin embargo, hasta el final de su vida, en que esa forma de tratamiento quedó asentada de manera mucho más clara en todas sus consecuencias.

Tomamos como hipótesis de lectura la realizada por el francés respecto a *El Capital*. En uno de sus trabajos póstumos (Althusser 2003: 55), el filósofo francés señala que es preciso cuestionar la unidad aparente del texto para poder trabajar teóricamente con él. Lo que apuntalaba era un tratamiento del texto en tanto que un conjunto de discursos o lógicas que no necesariamente se seguían las unas a las otras, que mantenían independencia y eran productivas por sí mismas. Esto se traducía en su recomendación de no comenzar la lectura de *El Capital* de Marx a partir de sección primera, sino de la segunda (Althusser 2004: 33), es decir, no someterse al inicio que demostraba la aparente necesidad de la equivalencia de mercancías, sino justamente a la inexistencia de dicha equivalencia, situación que permite la explotación del trabajo humano. De igual forma en su texto póstumo titulado *Para un materialismo aleatorio*, sugiere que el capítulo XXIV es el que expresa la escritura materialista dentro de *El Capital*, pues en su interior opera un escape de toda filosofía de la historia (contrario a la sección primera, que nos colocaría en el despliegue automático de la historia del valor que se valoriza) y se colocan las condiciones materiales para la reproducción de las relaciones de producción: la expropiación del productor directo (Althusser 2002: 68).

Así, Althusser afinó plenamente en su texto *Ser marxista en filosofía* (2017) lo que consideraba era una condición de todo texto teórico marxista, comenzando por el propio Marx: la convivencia permanente e irresoluble de, al menos, dos tendencias. Para el francés, bajo el nombre de idealismo y materialismo no se nombraba a dos filosofías contrapuestas e independientes, sino que se trataba de dos posiciones que se jugaban al seno de toda la tradición occidental. Si bien el día de hoy la nomenclatura aparece anticuada, lo cierto es que bajo esos nombres se labraba la existencia de una dualidad al seno del marxismo. ¿Pero qué era lo que quería expresar Althusser con los nombres de materialismo e idealismo? No, obviamente, la caricatura repetida a la saciedad en el marxismo “ortodoxo”: la materia u objetividad que vencen a una abstractas “ideas”.

Para Althusser idealismo y materialismo son dos tendencias filosóficas que Marx habría expresado de manera prístina en su producción a partir de varios emplazamientos, a saber, una consideración sobre la historia, sobre la garantía de su desarrollo y sobre su devenir o realización. De un lado, la tendencia idealista, afincada en el gran devenir universal a partir de una filosofía de la historia, cuya garantía era la existencia de un sujeto trascendental que realizaría la historia y la filosofía misma. Para decirlo con un lenguaje más tradicional, la perspectiva idealista es aquella en donde el desarrollo de las fuerzas productivas (la ciencia, la técnica) apuntalaría a un sujeto universal (el proletariado) que, al encontrarse en mejores condiciones de lograr el control de la naturaleza, dado su lugar privilegiado en la producción, podría finalmente dominarla por completo, abriendo la posibilidad de abolir todo signo de explotación y de establecer en la sociedad una relación plenamente transparente.

Frente a la posición idealistas (Althusser 2017: 48), que aparecería repetidamente tanto en Marx, como en Lenin o prácticamente en cualquier otro espacio de reflexión asociado al comunismo en tanto movimiento histórico, Althusser opondría lo que denominó como una tendencia subterránea o reprimida: la materialista. Se entiende que se trata de la versión contraria, en donde las tres señas de identidad antes mencionadas se verían modificadas. Así, no se colocaría el acento en una filosofía de la historia, sino en una temporalidad contingente, abierta a partir de las distintas coyunturas (espacios/tiempos de toma de postura), horadando cualquier lugar privilegiado para un sujeto trascendental y por tanto cancelando cualquier garantía última (el proletariado no es más ya la clase universal); todo ello dando como resultado la “crisis del marxismo”, entendida esta como la discusión desarrollada tras el reconocimiento de que una sociedad en plenitud era una tarea imposible. Con la posición materialista Althusser invitaba al abandono

de toda certeza y al cuestionamiento de los avances de sociedades que se declaraban en camino hacia la superación de sus contradicciones.

Althusser trabajó en un primer momento con la nomenclatura que afirmaba la existencia de “dos Marx”, uno de juventud y otro de madurez, entre los que mediaba una “ruptura epistemológica”. Aquello que era una metáfora para indicar la aparición de un espacio de producción teórico no dependiente de otras corrientes (el “idealismo alemán o la economía política inglesa”) se confundió con la descripción del desarrollo cerebral de un individuo. Los críticos no entendieron que cuando el francés hablaba de la madurez o juventud de Marx se refería a la formulación de ese espacio teórico y se lanzaron con fiereza sobre la división, especulando sobre la vida de un individuo muerto hacía mucho tiempo. Hacia el final de su producción –muchas de ella publicada póstumamente– Althusser reconoce que en Marx no existió una “ruptura epistemológica” total y que en lo que antes se denominaba el “Marx maduro” seguía actuando la presencia del idealismo (Althusser 2015:155), dando pie al abandono de la nomenclatura asociada al desarrollo individual. De igual manera, abría la posibilidad de una *lectura materialista* de las obras de juventud, tarea inconclusa hasta tiempos recientes. La aportación metodológica para pensar el texto marxista resulta crucial, pues coloca la unidad como una apariencia y permite reordenarlo de acuerdo a las exigencias de la coyuntura. El francés no renunciaba a la categoría de totalidad, pero no la daba esta por supuesta, habría que realizar un trabajo teórico para la reconstrucción de ella.

Después de Althusser han sido pocos los que han acometido una lectura filosófica del texto marxista de *El Capital*, pues dentro del campo de la filosofía se han acotado al comentario puntual de las secciones o los capítulos. Sin embargo, en su momento el ex althusseriano Gabriel Albiac (1977) dio anotaciones sugerentes para pensar esta “unidad ficticia” y captar el despliegue de lógicas que atravesaban *El Capital*, siendo sus aportes de los más sugerentes en español. Un ejemplo más reciente lo encontramos en *El orden de El Capital* (2010) y *Marx desde cero* (2018) de Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero, quienes llevan a sus últimas consecuencias el planteamiento de Althusser. Estos dos filósofos españoles reflexionan sobre la imposibilidad lógica de pasar de la sección primera (“mercancía y dinero”) con su correspondiente exposición a propósito del intercambio mercantil equivalente, con respecto a otras zonas de *El Capital*, tal como el concepto de plusvalor o la exposición del capítulo XXIV, que hablarían no de pequeños propietarios privados que intercambian en condiciones de igualdad, sino de la violencia fundante de las relaciones sociales que dividen a la sociedad moderna en clases.

De una manera similar a la propuesta de Althusser es que pretendemos operar con respecto al texto de Revueltas. Sostenemos entonces que el texto del escritor mexicano contiene al menos dos discursividades contrapuestas, pero que conviven en el texto. Este hecho ha sido señalado a una nota a pie por Juan Manuel Mateo y nos parece que es el punto de inicio para realizar una lectura crítica del documento más famoso de crítica de la izquierda mexicana, desde el punto de vista del marxismo.

La multiplicidad deviene uno: recepciones del Ensayo

Sostener que existen sólo dos tesis es casi tan unilateral como apostar a una unidad indiferente, es preciso señalar la forma de operación de ambas. Sin embargo, han sido pocos los autores que han revivido esta cuestión al interior de la obra del autor que ahora convocamos. Evodio Escalante (2015), uno de los más interesantes e importantes estudiosos de Revueltas, ha señalado cómo la tesis de la “inexistencia histórica” de la vanguardia había sido labrada al menos diez años, en el seno de su producción literaria. Una cantidad significativa de autores han reiterado esta tesis.

La veta que explora la dimensión literaria es amplia; sin embargo, ahora privilegiaremos aquí tres autores, que, desde nuestro punto de vista, han logrado contribuir significativamente a la problematización del registro teórico-político. El primero de ellos es Jorge Fuentes Morúa (2001) quién en su aporte, nos otorga las herramientas necesarias para comprender el porqué Revueltas se encuentra tan comprometido con el lenguaje hegeliano-marxista. A lo largo de su trabajo, el biógrafo demuestra que la obra de Revueltas – tanto literaria como teórica– debe enmarcarse en una temprana y profunda lectura de los *Manuscritos de 1844*. El énfasis de Revueltas en los temas de la enajenación, la conciencia y el desgarramiento que se produce en la vida social, se debe, directamente, al tipo de lectura hegeliano-marxista que emprende. En el caso del libro de Fuentes Morúa se rastrea la edición temprana de los manuscritos del “joven Marx”, fechados hacia el final de los años treinta en la traducción de Alice Gerstel. Aún más, este autor demuestra como la obra del escritor duranguense posee una clave de lectura a partir de la problemática contenida en los famosos manuscritos, mucho más evidente en sus figuras literarias, pero también presente, como lo demuestra el lenguaje del *Ensayo*, en el ámbito de lo teórico-político. ¿Qué es el *proletariado sin cabeza* sino un sujeto que no es autoconsciente de su lugar en la historia? ¿No es el *proletariado sin cabeza* el cuerpo que piensa y se piensa con una cabeza que no es la suya? ¿No es este el punto más radical de la enajenación en la descripción hecha por el joven Marx cuando refiere a la enajenación con respecto al

trabajo en tanto actividad creadora fundamental? Fuentes Morúa entrega los principales argumentos historiográficos para comprender el énfasis revueltiano con respecto al tema de la enajenación y emprende un ejercicio de desarrollo de esa hipótesis.

El segundo autor que ha encontrado una veta problemática es Arturo Anguiano. En su reciente libro sobre el “rebelde melancólico” ha trazado las principales contradicciones que aparecen en el tema partidario, así como un balance bastante medido con respecto al texto. Dice Anguiano: “El *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, contiene empero resabios de esquemas acartonados, mitos doctrinarios y posiciones que más tarde cuestiona y siente necesidad de revisar, a veces ya sin lograrlo. En verdad conviene leer el conjunto de sus ensayos en una cronología invertida, y no sólo temática” (Anguiano 2017: 89). Esto es así porque en una marca de época: “[...] pasarán varios años que para Revueltas son de búsqueda obsesiva por la construcción del partido de la clase obrera, de un auténtico partido comunista, marxista leninista [...]” (Anguiano 2017: 194). Así, “Su visión y su confianza en la URSS y el campo socialista, explican que Revueltas todo el tiempo vea al Partido Comunista Mexicano como un problema singular, específico, mexicano, diferente a los demás partidos comunistas [...] *El ensayo sobre un proletariado sin cabeza* es pues rebasado por *Los Errores*” (Anguiano, 2017: 215-217).

Finalmente, Juan Manuel Mateo, quien en los últimos años se ha instalado como uno de los referentes principales para pensar un conjunto de temáticas a propósito de Revueltas, ha hecho un ejercicio sugerente de interpretación del *Ensayo* con respecto a Ricardo Flores Magón. En *Tiempo de Revueltas dos: la discordia proletaria*, ha recuperado la hipótesis sobre el cómo el “éxito” de la tesis a propósito de la inexistencia histórica, ocultó otras posibilidades de lectura. En su ensayo, polemiza con Rodríguez Araujo y Domínguez Michel (dos autores en las antípodas de la posición política) para señalar que “junto a la teoría del partido pueden distinguirse otras dos líneas fundamentales” (Mateo 2016: 109).

La recepción del *Ensayo* fue numerosa, hacer referencia a estos tres autores nos remite a las principales coordenadas que nos interesa discutir aquí. Con fuentes Morúa asediamos las condiciones materiales de la producción intelectual, que en este caso refieren a la poderosa influencia de la problemática del joven Marx, el de los *Manuscritos de 1844*. Con Anguiano a las contradicciones políticas en la redacción, que navegan entre el ascenso del movimiento ferrocarrilero y las coordenadas históricas del “leninismo”. Con Mateo, a la crítica del supuesto de una sola hipótesis de lectura y por tanto a la posibilidad de fomentar

otras vías. Señalamos, finalmente, que González Rojo regresó a discutir de manera profunda este tema en su connotado *Ensayo sobre las ideas políticas de José Revueltas* (1987), texto ineludible, al que volveremos más adelante

Las dos tesis del Ensayo

Podríamos señalar que el *Ensayo* está atravesado por dos lógicas discursivas (o una dualidad de tesis), que se superponen la una con la otra y conviven problemáticamente, aunque amalgamadas a partir de la intención de Revueltas: aquella en la que la filosofía de la historia en toda su profundidad hace parte también de las discusiones de coyuntura. Metafóricamente podríamos decir que el duranguense observa con un telescopio aquello que demanda un microscopio. Por un lado, denominaremos tesis “idealista” a aquella que enganchada en el lenguaje hegeliano apuntala la categoría de “inexistencia histórica” del PCM. Del otro, la “tesis materialista”, de la cual debemos entender la explicación de la forma histórica del dominio en México tras la emergencia del Estado creado en la pos-revolución. Son dos momentos que habitan al texto, lo organizan y permiten definir el lenguaje tanto categorial como el posicionamiento político, marcando así los límites de su perspectiva.

¿Qué es lo que nos permite que existe una posición o tesis idealista, de acuerdo a la definición antes dada? Lo primero que habría que señalar es una motivación de filosofía de la historia, en donde el “progreso” aguarda un lugar privilegiado y es el mirador a partir del cual se evalúa el conjunto del despliegue de la historia. Así, podemos leer qué para referirse a México, escribe lo que sería una ambigüedad donde la “conquista española” sería el establecimiento de las relaciones “retrógradas” con respecto al capitalismo mundial, pero progresista frente a las sociedades existentes previamente. Dice:

No obstante que la conquista –y según me parece, será la primera vez en México que se externe una opinión de tal índole desde el punto de vista de la izquierda marxista– debe considerarse, en mi opinión, como un elemento progresivo del desarrollo en lo que respecta al estado social e histórico del Anáhuac –con perdón sea dicho de los indigenistas–, si se toma, en cambio, dentro del conjunto de las relaciones de producción que se gestaban en su tiempo, es un fenómeno retardatario, reaccionario. Constituye un fenómeno progresista en tanto suplanta un sistema que apenas se encuentra en la etapa superior de la barbarie por un sistema más adelantado, pero es un fenómeno de retroceso en tanto no hace sino trasladar al Anáhuac –y a toda la América conquistada por España, agravándolo, el feudalismo de la península. (Revueltas 1984: 146).

Este párrafo muestra los límites de la concepción que aun impera en su pensamiento. Un horizonte teleológico, de progreso y desarrollo, combinado con una concepción en donde etapas predeterminadas tienen que ocurrir. Apenas una veta crítica podría asomarse en la consideración del capitalismo mundial como sistema, pero atrapado en una noción donde hay atrasado y desarrollo definidos de ante mano, operando como medidas de la historia de los pueblos y naciones.

Esta concepción tiene impacto en el orden estrictamente político y no sólo de valoración de la historia del país. Es por ello que en el *Ensayo* aparece una confianza desmedida en la existencia de la URSS. Recordemos que Revueltas habla en la época del gobierno de Nikita Krushev, la de la “des estalinización” y que carga con los primeros saldos de la represión soviética a las revueltas en Berlín y Budapest. En el escritor sin embargo, la época puede ser considerada como de progreso, pues “la existencia de un sistema de países socialistas acelera el ritmo del proceso revolucionario en todo el mundo, porque, en lo fundamental, representa la superación de las limitaciones de la época precedente, en que sólo existía un país socialista” (Revueltas 1984: 65) Ello le lleva a justificar la geopolítica del momento: “...la coexistencia pacífica entre países con diferentes regímenes sociales adquiere una connotación revolucionaria de primer orden” (Revueltas 1986: 66) y también a dar un fallo, en la clave que sostenemos, que enmarca la tesis idealista: “La derrota del capitalismo se ha consumado en la *historia*, aunque todavía no se consume de una manera total en la práctica *inmediata*.” (Revueltas 1986: 67).

Como hemos señalado en la definición a propósito de la tesis idealista, siguiendo a Althusser, esta se caracteriza en gran medida por su consideración de la historia que avanza en un sentido, es decir, posee un *telos*. Revueltas, como parte de la tradición marxista de principios de siglo XX, continúa esta senda: la historia tiene un sentido en la medida en que las fuerzas productivas sean desarrolladas y el proletariado pueda encausar su uso destructivo (la bomba atómica) por uno productivo (el socialismo). El progreso social sólo puede ser leído en esta clave y la existencia de la Unión Soviética constatarían esta situación, al grado de proponer la “coexistencia pacífica” como una vía del desarrollo de la historia y no como el recurso geo-político de una potencia con respecto a otra. Es preciso preguntarse, sin embargo, si esta es la única característica que envuelve la problemática de Revueltas.

Es evidente que además de esta, existen otras nociones que completan la tesis idealista. Junto a la concepción teleológica de la historia, se coloca la consideración de un sujeto pre-existente, cuya misión en la historia es justamente dotarle un sentido progresista a su desarrollo. En el argumento de Revueltas, como en mucho del marxismo de la época, la burguesía ha dejado de ser revolucionaria y progresista y ese papel ahora le corresponde a esa clase a la que se le asignó una “misión histórica”: el proletariado industrial. Como ha señalado Anguiano, en Revueltas opera una noción distante del campesino y la denominada centralidad proletaria se asume como un hecho incuestionable.

Es evidente que Revueltas juega aquí, nuevamente, en un nivel trascendental. No observa la especificidad del tiempo y espacio, sino el papel de un sujeto que debería totalizar la vida social y proyectarle un sentido a la historia en su conjunto. El fallo que ve Revueltas, uno de los motivos principales del *Ensayo*, es justamente que la versión nacional-empírica del proletariado no cuenta con el instrumento para ejercer su papel de la historia y de hecho en esta, apenas y tiene un papel secundario. Aquí el lenguaje asume por completo las categorías de necesidad, auto conciencia y realización. El proletariado mexicano *debería* tener una conciencia socialista (que no sería otra cosa que su auto conciencia), pero carece de ella. Igualmente, el proletariado *debería* poseer un partido que fuera su vanguardia, pero este se encuentra ausente. El proletariado *debería* realizar la historia en un sentido progresivo, pero al no poseer partido de vanguardia ni tener autoconciencia, no puede lograrlo. Revueltas indica que esta es una anomalía exclusivamente mexicana: “En México se produce un fenómeno del que difícilmente puede darse un paralelo en ningún otro país del mundo contemporáneo. Este fenómeno consiste en que la conciencia de la clase obrera ha permanecido enajenada a ideologías extrañas a su clase y en particular a la ideología democrático-burguesa, desde hace más de cincuenta años, sin que hasta la fecha haya podido conquistar su independencia” (Revueltas 1986: 75). Y remata, justamente, con la síntesis que da sentido a todo su argumento: “La clase obrera mexicana, de este modo, se proyecta en la historia de los últimos cincuenta años del país como un proletariado sin cabeza, o que tiene sobre sus hombros una cabeza que no es la suya” (Revueltas 1986: 75)

Aproximarse críticamente al texto puede ser un camino que se inicie a partir de la formulación de preguntas sencillas y básicas, que no por ello, inocentes. Valdría la pena, entonces, cuestionarse: ¿Cómo es que hay tanta certeza de que el proletariado debe tener una sola ideología de manera necesaria? ¿Cómo es que existe un conglomerado heterogéneo que puede ser reducido a un concepto totalizante

independientemente de su composición sexual, étnica o nacional? ¿Quién decide sobre la conciencia correcta e incorrecta que determinados sectores sociales despliegan? Para Revueltas estas preguntas son innecesarias, pues la perspectiva se ancla en un conjunto de certezas que resultan inamovibles, comprobadas en otras experiencias (la Unión Soviética) y sólo en el caso mexicano aparecen como falencias: el proletariado *debería* tener una ideología comunista, que serían la expresión verdadera de sus intereses y partiendo desde ella construir un único partido mediante la cual realizaría dichos intereses. Al proceder siguiendo este guion, la clase explotada mexicana en realidad cumpliría una misión en la historia, al darle un sentido de avance y progreso, que se cierne tras la barbarie nuclear que representa la burguesía.

La tesis idealista que opera en el ensayo es clara en el sentido de la filosofía de la historia y la consideración de un sujeto trascendental –colocado más allá de las prácticas concretas– que debería actuar en su interior. El lenguaje que moviliza es plenamente hegeliano y esto lo ha demostrado con creces Fuentes Morúa en su exploración sobre la “antropología filosófica” revuelitana. En esta tesis un sujeto que no tiene existencia empírica, sino solo conceptual, tendría que expresar su auto conciencia como productor del mundo, pero al encontrarse enajenado, piensa y actúa con una cabeza (conceptos, teorías, sentido común) que no es la suya. Al hacerlo así, en realidad mira, piensa y actúa como otro sujeto. La tarea de los comunistas debería ser corregir esta situación, pero al no ser parte de la solución hacen más bien parte del problema, son “la enajenación comunista de la clase obrera” (Revueltas 1986: 80)

Hasta aquí el esfuerzo de dilucidar la posición o tesis idealista que circula a lo largo del ensayo, tal como se definió en la segunda sección. Sin embargo, no es esta la única perspectiva que habita sus páginas. El compromiso con el lenguaje hegeliano es tan potente, que por momentos para absolutizar el conjunto del texto y parece delinear una sola perspectiva. Sostenemos, en cambio, que existe una tesis o posición materialista que interactúa con esta y como mencionamos antes, convive con ella. En esta perspectiva abandonamos el terreno de la filosofía de la historia y podemos pensar más bien en términos de la evaluación de las coyunturas. No es la primera ocasión en que Revueltas evalúa una situación, en donde la relación de fuerza y las posibilidades y debilidades de los contendientes de la arena política son puestas en perspectiva. Esto lo hace, por ejemplo, en *México una democracia bárbara* de manera magistral, al analizar la sucesión presidencial que abrirá el camino al ascenso de Adolfo López Mateos. Sin embargo, en el *Ensayo* se encuentra esta perspectiva débilmente trazada, en su escasa presencia –un diagnóstico

sobre el devenir de la forma política concreta de México— alterna con el lenguaje hegeliano y sus vertientes de filosofía de la historia y de la conciencia. Por ejemplo, señala Revueltas:

Entiéndase bien: no es que “los gobiernos emanados de la revolución” se muestren intolerantes y adversos ante todas y cada una de las luchas obreras; no los gobiernos de la burguesía nacional han combatido, combaten y combatirán siempre aquellas luchas proletarias donde la clase obrera, como tal clase, aparezca con su fisonomía independiente y quiera imponer al Estado sus demandas por medio de la fuerza, pero tolerarán otras luchas donde no existan estas circunstancias y los trabajadores se constriñan a pelar de modo exclusivo por sus intereses económico limitado. (Revueltas 1986: 167).

Revueltas logra captar el elemento fundamental de la dominación política en el México de la primera mitad del siglo XX: el control sobre las clases sociales que desde el Estado se ejerció con firmeza. En su comprensión cabal de este fenómeno, escribe:

El partido de la burguesía nacional, así, funciona como una especie de “extensión social” del Estado, que de ese modo hace penetrar sus filamentos organizativos hasta las capas más hondas de la población e impide con ello una concurrencia política de clase. Repetimos: no cualquier concurrencia política, puesto que el partido oficial aun se permite hasta una concurrencia “obrero” sino de un modo preciso y tajante, toda concurrencia independiente [...]. (Revueltas, 1986: 168-169).

La fortaleza del *Ensayo*, desde el punto de vista de la noción de materialismo —heredada, como dijimos, de Althusser— es que traza los elementos necesarios para construir el entendimiento de la estabilidad del régimen político. Este se afincó, con claridad a partir de los años treinta, en el control corporativo de la sociedad y fue avanzando en la medida en que el proletariado mismo creció. Los mecanismos de control, que llegaron a su climax con el “charrazo” de 1948 actuaron de manera determinante en el periodo 56-59, cuando se culmina un ciclo de luchas, al momento de la mayor represión al movimiento ferrocarrilero (Ortega 1988). El partido “oficial” como extensión del Estado en la sociedad, los sindicatos como organizadores y movilizadores en la reiteración del festejo al presidente, las organizaciones campesinas como contenedoras del fracaso de la reforma agraria, son solo algunos de los momentos de esta estela de dominación, que al final encuentra en un solo punto su entendimiento: la falta de autonomía de las clases subalternas.

Este es el aspecto fundamental, el de la forma corporativa del dominio sobre la sociedad, que suele ser acompañado en las discusiones marxistas sobre el carácter del Estado. Revueltas se coloca del lado de quienes considera que es la burguesía la que controla y dirige el proceso social después de la revolución. La temática fue poco discutida en la época del dominio de la “ideología de la revolución mexicana” y sólo eclosionará en los años sesenta y setenta, cuando la izquierda rompa definitivamente con ella. Este punto es crucial, pues en el mismo momento tanto el PCM como su gran crítico –Revueltas– dan el inicio a esta ruptura con la forma de comprensión del desarrollo capitalista y el lugar del Estado en él.

Otros contingentes de la izquierda no lo lograrán romper por completo con el espectro ideológico dominante, que afirmaba que una posible revolución socialista sólo es posible por el camino abierto por la revolución mexicana. En horizonte de tipo teleológico, el socialismo debía ser la consecuencia del desarrollo del proceso abierto en 1910. Por ejemplo, es de señalarse los casos de Lombardo Toledano, quien jamás rompió con aquella perspectiva y de hecho se comprometió más con ella. O bien, Miguel Aroche Parra, quien escribió paralelamente a Revueltas un ensayo de interpretación que insiste en la necesidad de la alianza con sectores de la burguesía. No es el caso del PCM, donde esta ruptura viene labrándose desde 1959 y se profundiza en los años sesenta.

Vale la pena profundizar un poco más en las consecuencias del planteamiento del escritor duranguense. Ello remite necesariamente a la conflictiva relación con el PCM, organización con la que no volvió a tener puntos de contacto, justo cuando más coincidía con algunas evaluaciones. Para el PCM a partir del año 59 y en adelante, el tema principal será el de la posibilidad de ejercicio de autonomía por las clases subalternas, temática que tomará la forma de intentos de eludir el control corporativo, no ciertamente entre el proletariado, por entonces diezmado por la represión, sino sobre todo en el mundo campesino (De la Fuente, 2015). A partir de esa década las evaluaciones del PCM sobre la revolución mexicana son abiertamente críticas, considerado que la autocrítica pasaba por la manera en que se ofrendó la autonomía del propio partido en algunos procesos en las décadas anteriores.

Los senderos que recorrerán las elaboraciones en lo individual de Revueltas y en lo colectivo del PCM se tocarán en sus grandes conclusiones: no había ya espacio para la “revolución mexicana” en el horizonte socialista y este debía transitar por otra ruta. Así, entre los comunistas comenzaba a realizarse cada vez más la crítica a la ideología oficial en las plumas de Enrique Semo y Gerardo Unzueta, por ejemplo.

Incluso, adelantándonos en la línea cronológica, es posible pensar los puntos de empalme entre el partido y Revueltas en el año 68, en donde se sostiene una posición similar frente a la represión: la necesidad de levantar la huelga y abrir el movimiento hacia la sociedad.

No queremos hacer un atropello de las diferencias. Entre Revueltas y el PCM siguieron existiendo distancias abismales, tanto en el uso de la teoría, como en las cuestiones tácticas y estratégicas de las caracterizaciones. Sin embargo, vista a la distancia, existen algunos puntos de contacto, producto de un desarrollo convergente de posiciones producto de la autocrítica. Escribe Enrique Semo, connotado historiador y militante del comunismo: “Formábamos parte de dos procesos muy diferentes de la izquierda en aquellos años: Revueltas, la culminación de la crítica de toda una época histórica; un ajuste de cuentas con un pasado que él había vivido. Nosotros, un grupo que ingresaba al movimiento sin conocimiento de ese pasado, impulsados por las luchas obreras y la represión llenos de esperanzas y de ingenuidad. Nuestro punto de partida no podía ser la negación revueltiana” (Semo 1988: 103). En una época de sectarismos, agrandar las diferencias era algo común y estas se expresaban en todas las aristas, tanto personales como políticas, confundidas y atravesadas las unas y las otras. En el paroxismo de esta práctica sectaria al propio Revueltas le costó ser expulsado de una organización que fundó, cuando mantuvo posiciones igual de intolerantes que las que solía criticar (González Gómez 2017: 102), según se sabe por testimonios contemporáneos.

En el *Ensayo*, Revueltas traza una primera línea de crítica a la revolución mexicana. Ella encuentra su fortaleza en la disposición de los elementos históricos y contextuales de la forma de dominación. En cambio, su debilidad reside en la utilización de una perspectiva afincada en la necesidad histórica y, por tanto, en cierta astucia de la razón. Su escepticismo sobre el PCM –justo, tras dos décadas de crisis de esa organización– no debe oscurecer lo que el *Ensayo* si permite esclarecer. A continuación, redondearemos la crítica a este crucial texto.

¿Proletariado sin cabeza o un cuerpo social domesticado?

El final del recorrido de nuestro texto nos plantea los elementos más importantes para la discusión de un autor central en la tradición política de la izquierda. Realizar un ejercicio de lectura y crítica de José Revueltas, es, al mismo tiempo, un ejercicio de lectura del propio siglo XX y de la forma en que los mecanismos de dominación política e ideológica se desplegaron con efectividad. Más allá de las

condiciones internacionales –marcadas por la guerra fría– el escritor duranguense es una presencia constante en la reflexión sobre la especificidad del Estado y sistema político mexicano. Junto a Octavio Paz o Daniel Cosío Villegas, pero en vereda opuesta ellos, Revueltas busca captar la lógica del funcionamiento de un Estado que resulta tan incapaz por momentos, como tan eficaz y efectivo en otros.

Ello nos lleva a concentrar nuestra crítica en el espacio abierto por la tesis idealista que mora gran parte del texto. Hemos señalado que Revueltas emplaza con un lenguaje específico una elaboración sobre el estatuto de la izquierda y ello, en el mejor sentido, es decir, busca responder a un problema real de la coyuntura, que tiene múltiples expresiones. Para ello utiliza las categorías y concepciones del “idealismo alemán” como llave privilegiada para desentrañar la época histórica. Ello lo llevó por a trazar sendas en donde nociones como “alienación” o “inexistencia histórica” tomaron forma como medidores de una realidad empírica enmarcada en el desarrollo de un Estado que logró contener la movilización social, así como contener y controlar a las distintas oposiciones (no sólo a la izquierda). Para Revueltas, la capacidad del dominio político estaba en gran medida posibilitada por la ausencia del “cerebro” o la “vanguardia” que lograra el proceso de la auto conciencia del proletariado.

Es justamente en este elemento donde es necesario realizar la crítica, pues, aunque emplaza un problema real, al privilegiar la tesis idealista, confunde la consecuencia con el resultado. Hacia el final del *Ensayo* escribe:

La raíz esencial de la falta de independencia de la clase obrera en México hay que buscarla precisamente en el punto donde radica la enajenación esencial de ésta: en el papel que ha representado el Partido Comunista Mexicano como conciencia obrera deformada, como partido que no ha podido ser el auténtico partido de clase del proletariado, después de más de cuarenta años de existencia física. (Revueltas 1986: 222).

Más allá de lo problemático que resulta para una evaluación materialista aceptar que algo que existe físicamente no existe históricamente, el punto central se encuentra en otro lado. Hay que abandonar la discusión sobre el nivel de las categorías hegeliano-marxistas, que fue el que atrajo a críticos y detractores desde la publicación del *Ensayo*, como lo fue el primer debate que se suscitó entre Enrique González Rojo y Enrique González Pedrero en la revista *Política*. Por el contrario, hay que concentrarse en la relación entre la independencia de la clase y el estatuto de la izquierda, ambas en relación con el Estado. La problemática planteada resultaba candente, pues tanto la izquierda y no sólo el proletariado había

mantenido una posición dependiente de la “ideología de la revolución mexicana”, que se configuraba a partir de la idea de que al socialismo se llegaba por la vía de la radicalización de esta; en tanto que tomaba forma en la subordinación al partido oficial. Pero al contrario de lo que piensa Revueltas, es posible afirmar que esta situación se debe a la forma de dominación estatal y no a una ausencia de lecturas de Marx o de Lenin o a una mala caracterización partidaria sobre la burguesía. Es decir, el planteamiento problemático es correcto, pero la resolución equivocada: la ausencia de independencia ideológica de la izquierda y de la clase se explica a partir de las formas de dominio establecidas desde los años treinta y no al revés.

Revueltas organizó su planteamiento a partir de una noción teleológica, enmarcada en una filosofía de la historia que devino proyecto político. En ella, el capitalismo era un régimen mundial en el que las fuerzas productivas habían agotado sus perspectivas “progresistas”. La obsesión por la guerra nuclear que aparece en textos políticos y literarios no es sino expresión de esta evaluación. El dominio de la naturaleza a partir del despliegue de la ciencia y la técnica sólo era posible en un régimen social distinto: el socialismo. Sin embargo, esta perspectiva sólo podía ser realizada a partir de la victoria de una clase social: el proletariado. Según Revueltas, el capitalismo había sido ya derrotado en términos históricos (es decir, de su devenir) pero faltaba la confirmación de esto, siendo México un caso excepcional, una rareza, en donde el proletariado no era revolucionario.

Para Revueltas, como para los marxistas de su época, el proletariado era la clase antagónica del capital. Esta perspectiva fue dominante entre los teóricos e intelectuales comunistas y de otras vertientes. Fue hasta un tiempo más o menos reciente que esta idea fue cuestionada en su integridad. Así, años después aparecieron reflexiones sugerentes sobre la integración del proletariado europeo al Estado de bienestar o bien ejercicios más frontales en donde se cuestionó sobre el supuesto carácter revolucionario perdido de la clase; o bien si este había existido en alguna en realidad. Revueltas llegó a ellos en la última parte de su vida, pero no en el *Ensayo*.

Podemos preguntarnos qué implicación tiene ello en la escritura del *Ensayo*. Desde mi punto de vista el privilegio de la discursividad idealista, con toda su nomenclatura, obnubiló un problema fundamental de la caracterización del Estado mexicano y es que la clase obrera mexicana, el proletariado que protagonizó gran parte de la historia del siglo XX, era un hijo de la revolución. Su nacimiento, crecimiento y

fortalecimiento en tanto que cuerpo social fue producto del shock modernizante, cuyo centro se encontró en el “milagro mexicano”. Dos trayectorias nos permitirían entender esta ambivalencia.

La primera es la del movimiento ferrocarrilero que tuvo su momento de movilización álgida en los años 1958 y 1959. Como se sabe, este fue un episodio crucial en la historia del movimiento obrero, pues demostraba varias cuestiones. La primera era que el proletariado nacido del proceso de modernización era aquel que podía desafiar al dominio corporativo. La segunda, que el desafío de ese dominio corporativo era intolerable para el Estado, pues si se recuerda bien, la afrenta de los ferrocarrileros al régimen no fue otro que la obtención de salario y la posibilidad de la mínima libertad sindical. No es que los ferrocarrileros fueran socialistas o comunistas en cuanto tales, sino que las mínimas demandas representaban algo imposible de ser procesado por el régimen político. La clase obrera había nacido al seno del Estado, éste la cuidó y protegido, pero también reprimió cuando mostró signos de rebeldía. El proletariado idealizado del Ensayo se encuentra años luz de las formas específicas de la dominación y del ejercicio de la negociación. Como dijimos al principio, Revueltas miraba con el telescopio de la filosofía de la historia algo que requería el microscopio del análisis de la coyuntura. Se equivoca Rodríguez Kuri (2019) cuando dice que el *Ensayo* es un texto leninista, pues justamente a Revueltas le hace falta el Lenin que despliega el “análisis concreto de la situación concreta”.

La segunda trayectoria es la de la insurgencia sindical de los años setenta, una historia que sin duda habría que volver a mirar con calma y que ha quedado enterrada, debido a la práctica desaparición de estudio del movimiento obrero entre los estudiosos de la historia. La insurgencia sindical (y su corazón, la *Tendencia Democrática*) de nuevo colocaba una temática: la clase obrera que se movilizaba no era socialista, sino ante todo nacionalista-revolucionaria. Esta perspectiva quedó ausente del planteamiento de Revueltas, pues insistió en la perspectiva del partido-vanguardia encarnación de una conciencia de clase.

En las periferias de la historia

Si bien es cierto que existen ya avances en la historización del marxismo producido en México (Illades 2018), aún falta reconstruir los momentos de intensidad de debate y combate político. A la visión panorámica le falta la constelación de una multiplicidad de prácticas acontecidas en el espacio/tiempo preciso. Por nuestra parte, hemos querido reconstruir algunos de esos momentos, centrándonos en figuras

como Carlos Pereyra, Enrique González Rojo y José Revueltas. Se trata de realizar un ejercicio crítico sobre la historia de la corriente intelectual más significativa del siglo XX.

González Rojo, en particular, ejerció las veces de voz crítica de distintos proyectos. Su lectura post-althusseriana logró avanzar en espacios de crítica. En particular su Ensayo sobre las ideas políticas de José Revueltas, logra captar con precisión hasta que punto el Revueltas del *Ensayo* se encuentra comprometido con lo que en la época se denominaba como “marxismo-leninismo”, es decir, con una versión codificada por el Estado soviético de la obra del revolucionario ruso. La renuncia de aquella ideología de poder sólo podía devenir en la abdicación de cualquier idea de *un* solo partido.

Esta idea, compartida por propios y extraños, tardó en ser abandonada. En el caso del PCM es sugerente leer lo que escribía Martínez Verdugo tras el movimiento estudiantil: “El Partido Comunista no se considera a si mismo el único partido o agrupamiento revolucionario que existe en el país, a pesar de la campaña insidiosa de los que quieren atribuirnos este exclusivo primitivismo” (Martínez Verdugo, 1969: 6). La trayectoria posterior del PCM demostró que esta noción no era sólo un llamado al aire, sino una convicción que devino en la transformación radical tanto del imaginario de la izquierda, como de la propia estructura organizativa. En términos de la producción marxista, años más tarde Carlos Pereyra escribiría sobre la Tendencia Democrática y el papel de las izquierdas: “Si alguna cofradía devota de tal o cual culto tiene la ocurrencia de autodenominarse “vanguardia proletaria” o emplear cualquier otro membrete semejante, ello apenas indica la subjetiva e irrelevante voluntad de unos cuantos, pero si la expresión más madura del movimiento obrero mexicano se define como “tendencia democrática”, ello sí revela la dinámica profunda que emerge del suelo mismo de la sociedad” (Pereyra 1990: 128). Con estas frases señalamos como el sendero tomó rutas diversas. El problema no era ya la construcción de *el partido*, sino el de la democratización. Revueltas fue pionero en la crítica de la ideología de la revolución mexicana y de sus mecanismos de dominio, la construcción del segundo momento –el de la democracia como horizonte necesario para el socialismo– no puede sino considerar ese aporte y encontrar en su producción posterior algunas de las mejores páginas escritas sobre la construcción de ella, desde abajo.

Referencias bibliográficas

Anguiano A. (2017). *José Revueltas, un rebelde melancólico*. México: Pensamiento Crítico.

Aguilar M. (1962). *Una teoría de la revolución mexicana*. El obrero militante: órgano central de la Liga Obrero Marxista. Número especial. 14-18.

Albiac G. (1977). *Al margen de El Capital*. Madrid: CUPSA.

Althusser L. (2002). *Por un materialismo aleatorio*. España: Arena.

_____ (2003). *Marx más allá de Marx*. Madrid: Akal.

_____ (2004). *Crítica previa a la lectura de El Capital*. México: Paradigmas y utopías.

_____ (2015). *Sobre la reproducción*. Madrid: Akal.

_____ (2017). *Ser marxista en filosofía*. Madrid: Akal.

De la Fuente J (2016). *Contra viento y marea: la pertinaz historia del movimiento campesino y la izquierda*. México: UACH

Escalante E. (2015). *José Revueltas: una literatura del lado moridor*. México: FCE.

Fernández L. y Zahonero L. (2010). *El orden de El Capital*. Madrid: Akal.

_____ (2018). *Marx desde cero*. Madrid: Akal.

Fuentes Morúa J. (2011). *José Revueltas: una biografía intelectual*. México: UAM-I.

González Gómez, F. (2017). *Recordando a Revueltas*. EnVV. AA., Más Revueltas: cinco aproximaciones a la vida de Pepe. México: Brigada para Leer en Libertad.

González Rojo, E. (1962). *Por una dirección revolucionaria de la clase obrera*. Política: quince días de México y el mundo, (LX), 16-17.

_____ (1987). *Ensayo sobre las ideas políticas de José Revueltas*. México: Domés.

Illades C. (2018). *Historia del marxismo en México*. México: Taurus.

Kraniauskas, J. (2016). *Políticas literarias*. México: FLACSO.

Martínez Verdugo, Arnoldo (1969). *El movimiento estudiantil-popular y la táctica de los comunistas*. Nueva época (19), 5-15.

Mateo J. (2016). *Tiempo de Revueltas. Dos: la discordia proletaria*. México: IIF.

Ortega M. (1988). *Estado y movimiento ferrocarrilero en México: 1958-1959*. México: Quinto Sol.

Pereyra C. (1990). *Sobre la democracia*. México: Cal y Arena.

Revueltas J. (1984). *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. México: Era.

Rodríguez A. (2019). *José Revueltas ¿radical o político?*
[<https://www.youtube.com/watch?v=DkxGAO06gEg>]

Semo E. (1988). *Viaje alrededor de la izquierda*. México: Nueva Imagen.

LA EMERGENCIA DEL DISCURSO SOCIALISTA EN LA FEDERACIÓN OBRERA DE CHILE: LAS POLÉMICAS DE PRENSA ENTRE GENTOSO Y RECABARREN

Francisca Durán Mateluna¹

Resumen/*Abstract*

El presente artículo aborda la emergencia e incorporación del discurso socialista en la Federación Obrera de Chile entre 1913 y 1915, mediante la disputa y enfrentamiento ideológico en la prensa obrera entre Eduardo Gentoso, militante demócrata, miembro de la Federación Obrera de Chile (FOCH) y columnista del periódico *La Locomotora* de Santiago y Luis Emilio Recabarren, fundador y miembro del Partido Obrero Socialista (POS) y columnista de *El Despertar de los Trabajadores* de Iquique. Esta controversia fue el punto de encuentro –o desencuentro y fricción– entre la FOCH y el socialismo. Este artículo, con objeto de ampliar la discusión en torno a la emergencia e instalación del socialismo en la FOCH, propone develar las distintas comprensiones, valoraciones y temporalidades en la instalación discursiva del socialismo, permitiendo entender el discurso no como una categoría fija y estática, sino que, como una práctica social y parte de un proceso histórico en el cual perviven elementos anteriores y emergen otros, arrojando así sentidos distintos de acuerdo a los contextos.

Palabras clave: Federación Obrera de Chile, socialismo, Luis Emilio Recabarren, Eduardo Gentoso, discurso emergente, prensa obrera

THE EMERGENCY OF THE SOCIALIST SPEECH IN THE WORK FEDERATION OF CHILE: THE PRESS CONTROVERSY BETWEEN GENTOSO AND RECABARREN

This article addresses the emergence and incorporation of socialist discourse in the Worker's Federation of Chile between 1913 and 1915, through the dispute and ideological confrontation in the workers' press between Eduardo Gentoso, Democratic militant, member of the Chilean Workers Federation (FOCH) and columnist of the newspaper La Locomotora de Santiago, and Luis Emilio Recabarren, founder and member of the Socialist Workers Party (POS) and columnist for El Despertar de los Trabajadores of Iquique. This controversy was the meeting point –or disagreement and friction– between FOCH and socialism. This article, in order to broaden the discussion about the emergence and installation of socialism in the FOCH, proposes to unveil the different understandings, valuations and temporalities in the discursive installation of socialism, allowing to understand the discourse not as a fixed and static category, but, as a social practice and part of a historical process in which previous elements survive and others emerge, thus throwing different senses according to the contexts

Keywords: Chilean Workers Federation, socialism, Luis Emilio Recabarren, Eduardo Gentoso, emerging discourse, workers press

¹ Universidad Católica de Chile. E-mail: franciscaduranm@gmail.com



Introducción

El propósito de este artículo es analizar la emergencia e incorporación del discurso socialista en la Federación Obrera de Chile (en adelante FOCH) entre 1913 y 1915. Para abordar este problema nos centraremos en la disputa y enfrentamiento ideológico en la prensa obrera entre Eduardo Gentoso, militante demócrata, miembro de la FOCH y columnista del periódico *La Locomotora* de Santiago y Luis Emilio Recabarren, fundador y miembro del Partido Obrero Socialista (POS) y columnista de *El Despertar de los Trabajadores* de Iquique².

La FOCH, en el momento de la institucionalización del socialismo obrero en el POS en 1912, bajo el liderazgo de Recabarren, no pertenecía propiamente al mundo socialista; sus formulaciones no tenían puntos de contacto con la declaración de principios ni con el programa político del naciente partido obrero³ (Pinto, 1999:318). De hecho, la FOCH no se identificaba con este ideario. Sin embargo, los entonces dirigentes de la FOCH no criticaban el pensamiento socialista, aunque sí la intransigencia que tuvo el POS, específicamente la postura de su principal líder hacia sus prácticas y discursos.

A partir de estas críticas comenzó en diciembre de 1913 una polémica entre Recabarren y Gentoso en torno a los significados del socialismo, sus métodos de lucha y el sentido de ser socialista⁴. Como veremos, esta controversia fue el punto de encuentro –o desencuentro y fricción– entre la FOCH y el socialismo.

Los trabajadores ferroviarios ligados a la FOCH, en el contexto en que irrumpieron los conceptos socialismo y socialista, mantenían su perfil mutualista abocados a reforzar los derechos y previsiones laborales y a incentivar la instrucción y el ingreso de los ferroviarios a la Federación. En esta lógica, la

² La controversia se inició en diciembre de 1913 cuando Eduardo Gentoso publicó en *La Locomotora* una serie de artículos titulados “Sectarismo Socialista”, “Intolerancia y Socialismo” y “Recabarren y el Socialismo”, “Recabarren y la Federación”, entre otros, en respuesta a las impugnaciones de Luis Emilio Recabarren hechas en *El Despertar de los trabajadores*. El último artículo relacionado con la polémica titulado “La Democracia y el Socialismo. Gentoso versus Recabarren” fue publicado el 6 de junio de 1914.

³ Cuya declaración de principios contemplaba: “la abolición de la propiedad privada, la asunción del poder político de la clase trabajadora, y la sustitución del régimen social existente por otro en que se desvaneciera el Estado y las diferencias de clases”.

⁴ La trayectoria del pensamiento socialista de Recabarren, se abordó en relación a sus influencias externas y representaciones del socialismo y, cómo estas influyeron en la producción del discurso y en las representaciones del socialismo de la FOCH a lo largo de este periodo. El libro de Jaime Massardo, *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena* (2008), fue una puerta de entrada para analizar esta temática. En cuanto a Eduardo Gentoso, su imaginario político ha sido más difícil de reconstruir, puesto que las referencias históricas y bibliográficas son escasas. El registro más acabado de su trabajo político y periodístico se encuentra en López, Osvaldo, *Diccionario biográfico obrero*, (1912). No obstante, su biografía sólo aborda hasta 1914, luego su recorrido gremial y político se torna más difuso y fragmentado.

FOCH desde 1911 promovió la política de abrir sus puertas a toda persona, cualquiera fuese su credo religioso o político, sin asignar otro límite que el impuesto por su estatuto. En términos de conducción, continuaban ligados a su presidente honorario, el conservador Paulo Marín Pinuer, aunque comenzaron a aparecer los primeros signos de distanciamiento entre él y la FOCH. No obstante, esta emergencia discursiva socialista, manifiesta en disputas y enfrentamientos ideológicos, apareció en un contexto de transición de la FOCH, dado por su condición federativa, estable, reivindicativa y abierta a otros gremios, lo cual la proyectaba como una organización gremial que no se definía sólo por su discurso mutualista sino que como un sindicato de corte moderno⁵.

Este artículo, asimismo, con objeto de ampliar la discusión en torno a la emergencia e instalación del socialismo en la FOCH, y no remitir su significado sólo al arribo de Recabarren en la convención de Concepción de 1919, propone develar las distintas comprensiones, apropiaciones, valoraciones y temporalidades en la instalación discursiva del socialismo, permitiendo, de esta forma, entender el discurso no como una categoría fija y estática sino que como una práctica social, parte de un proceso histórico en el cual perviven elementos anteriores y emergen otros, arrojando así sentidos distintos de acuerdo a los contextos. De este modo, se puede relacionar dicho proceso discursivo de la FOCH con los cambios en sus prácticas y estrategias de movilización; es decir, con las lógicas relacionales de los federados con el Estado para solucionar sus conflictos laborales y los cambios de orientación política, como el giro que comenzó a dar hacia la izquierda, dejando atrás su impronta mutualista⁶.

El análisis de la incorporación del discurso socialista en la FOCH, se plantea a partir del *juego de lo hegemónico o dominante, residual y emergente*⁷, anudando así un proceso heterogéneo que posee ritmos

⁵ Nos referimos a un tipo de sindicato con demandas específicas, liderazgos reconocibles y la utilización de la huelga como principal medio de presión sobre los capitalistas. Fue crucial en esto, la mayor importancia que fueron tomando las doctrinas de redención social como el anarquismo y el socialismo (Grez 2000).

⁶ La transformación de la FOCH entre 1913 y 1919 supuso la incipiente instalación del socialismo en términos discursivos – visible en los textos y polémicas de prensa y en la presencia de trabajadores que se identificaban con este ideario–, lo cual habilitó el camino para implementar los cambios requeridos tras la Convención de 1919, la que expresó a través de una nueva declaración de principios y nuevo estatuto, su orientación clasista y revolucionaria y la conducción bajo la égida del socialismo de Recabarren, constituyéndose en el discurso dominante. Esta es la principal hipótesis de la tesis para optar al grado de Magíster, “El discurso socialista en la Federación Obrera de Chile: lucha discursiva y juego de lo hegemónico, residual y emergente en la prensa obrera, 1913-1919”, de Francisca Durán Mateluna.

⁷ Esta perspectiva cultural de lo ideológico permite identificar el desplazamiento de los discursos desde uno hegemónico a la instauración de otro y cómo se fue incorporando y desplegando el socialismo en el escenario de la FOCH, primero en el ámbito de lo emergente y luego transformándose en el discurso hegemónico, quedando el discurso hegemónico inicial en el ámbito de lo residual. En otras palabras, esta perspectiva considera el tránsito desde la retórica conservadora a la demócrata y desde la emergente retórica socialista al socialismo recabarrenista.

diferentes y que no es lineal, en el cual resaltan las dimensiones del “conflicto” entre sujetos concretos y la ambivalencia conceptual y práctica en torno a los idearios políticos y militancias del mundo obrero de la época. Estas nociones están integradas a un marco temporal acotado de la historia de la FOCH, pero suficiente para identificar en su seno la emergencia del discurso socialista. Entenderemos por discursos emergentes a aquellos “que elaboran nuevos significados y valores, nuevas prácticas y nuevos tipos de relaciones que se crean continuamente. Estos discursos provocan una ruptura respecto de lo dominante, pero a su vez sólo pueden producirse en relación con un sentido cabal de lo dominante” (Williams, 1980: 145-146).

Matrices socialistas de principios del siglo XX

El análisis de la incorporación del discurso socialista en la FOCH supone precisar ciertas nociones en torno al socialismo y sus representaciones no sólo en el momento de la formación del POS (1912) y de las polémicas que se suscitaron en la FOCH (1913) producto de la emergencia e instalación de los conceptos “socialismo” y “socialista” en sus discursos. No obstante, se debe tener en cuenta que el socialismo en América Latina como pensamiento y acción, y con él la difusión de concepciones de matriz marxista, sólo comenzó a evidenciarse hacia fines del siglo XIX, por tanto, corresponde situar al socialismo local en una perspectiva más amplia que considere su carácter novedoso y foráneo y, a su vez, las vicisitudes de su aplicación en el contexto latinoamericano y nacional.

Si bien este artículo no aborda los obstáculos que tuvo la difusión del marxismo en un contexto histórico diferente de aquel en que se constituyó como doctrina –debido a los efectos de la introducción y el desarrollo del capitalismo en América Latina como explica José Aricó–, su anuncio permite distinguir dos aspectos a priori sobre el socialismo latinoamericano y que son analizados profusamente por este autor. El primero, se refiere a que no es posible homologar socialismo y movimiento obrero, como sí ocurrió en Europa, puesto que en América Latina constituyeron dos historias paralelas que en contadas ocasiones se identificaron y que en la mayoría de los casos se mantuvieron ajenas y hasta opuestas entre sí. Y el segundo, se refiere a la morfología concreta y diferenciada que tuvo en nuestra región el proceso de constitución de un proletariado “moderno”, aspecto que fija las condiciones y modalidades de los niveles globales de la lucha de clases y por tanto la forma de la teoría (Arico, 1999:23).

En vista de estos dos aspectos, se comprende, entonces, que la forma de la teoría en el escenario continental estuvo sujeta a las características “cosmopolitas” de toda clase obrera naciente más que a la elaboración de nociones teóricas propias e inéditas. En este sentido, los principios teóricos que rodearon al socialismo en estas primeras décadas del siglo XX provinieron de la experiencia de la organización de partidos socialistas europeos, conocida como Segunda Internacional o también llamada Internacional Socialista (1889-1914), instalada sobre la creencia, al igual que el espíritu que impregnó a la Primera Internacional (1864-1876), que para combatir el sistema capitalista era necesario la unión de los trabajadores más allá de las fronteras nacionales. Sin embargo, esto no implicó un conocimiento profundo del marxismo, es más, como precisó Aricó (1999) a propósito de la recepción en el pensamiento social latinoamericano, “Marx era uno más de una vasta pléyade de reformadores sociales que las deficientes ediciones españolas traducían mal del francés” (40). En tanto término, “marxismo” se incorporó al vocabulario político después de la Revolución rusa de 1917, adquiriendo un carácter más definido cuando en los años veinte lo asumieron los partidos comunistas latinoamericanos recientemente formados (40). Pese al desconocimiento de la obra de Marx, sí circularon algunas publicaciones de destacados socialistas adscritos a la Internacional, divulgándose así, en parte, las ideas socialistas. Entre estas destacó la revista *Die Neue Zeit*, órgano de la socialdemocracia alemana dirigido por Karl Kautsky, leída principalmente en Argentina (Aricó 1999, Massardo 2008).

La socialdemocracia alemana (SDP), por su parte, desde su victoria electoral en febrero de 1890 y la derogación de las leyes “antisocialistas” en agosto de 1891, se expresó como una gran fuerza política iniciadora de una nueva época en la historia del movimiento obrero, siendo junto a los socialistas franceses el sector más influyente y predominante en la Internacional Socialista hasta 1914 (momento en que la organización firmó su sentencia de muerte frente al destino inexorable de la primera guerra mundial). De este modo, la socialdemocracia alemana se convirtió en el partido dirigente de la Internacional y en el modelo mundial de partido socialista debido a su fuerza organizativa y parlamentaria en ascenso. Aricó expresa que esa referencia se trasvasó a América Latina en “su visión del marxismo como ideología del desarrollo y la modernización en el interior de una insuprimible lucha de clases en la que el socialismo representaba el partido del progreso” (1999: 41).

A la luz del papel de la SDP y las necesidades políticas de la época, se comprenderá su esfuerzo por formalizar una teoría política a través del “socialismo científico”, esfuerzo, por cierto, en el que participó

la totalidad del grupo dirigente de la Segunda Internacional, sobre el entendido que el socialismo era una ciencia a partir de “dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la historia y la revelación del secreto de la producción capitalista, mediante la plusvalía” (Engels, 1967:27). De esta manera, el carácter utópico en el que el socialismo había estado envuelto desde sus inicios era superado. Tras este concepto fue fundamental el ejercicio teórico de Engels que plasmó en su obra “Anti-Duhring” de 1878, como resultado de un conjunto de artículos publicados previamente en la revista *Vorwärts* de Leipzig, órgano central de la socialdemocracia alemana de la época (Massardo 190-191). Si bien Engels criticó los nuevos sistemas sociales propuestos por los primeros socialistas o llamados socialistas utópicos como Saint-Simon, Fourier y Owen, aclaraba que “a la inmadurez de la producción capitalista y del proletariado como clase, correspondió la inmadurez de sus teorías” (Engels 210).

El socialismo científico, a diferencia del utópico, se presentaba como una certeza religiosa, es decir, la certeza de la fe era sustituida por la fe en la ciencia bajo el entendido que a partir de la aplicación de ciertos instrumentos el proletariado lograría recorrer más rápido el camino de la historia para llegar al socialismo o, en palabras de Engels, al “reino de la libertad”. Así, el adjetivo “científico” portaba en sí la posibilidad de transformar en verdaderas las afirmaciones que toda una generación de marxistas había hecho circular por el mundo (Massardo 195). Desde esta perspectiva, la lucha de clases era la principal obligación de los socialistas para el trazado del camino correcto, la cual se llevaría a cabo en el frente industrial preferentemente a través de la organización de la clase obrera en sindicatos por rama de carácter nacional y también en la política parlamentaria, vislumbrando la fuerza electoral de peso que podían constituir los partidos socialistas y obreros. De esta manera, previo al enfrentamiento total con la sociedad burguesa, el movimiento obrero debía tener existencia propia dentro de esta, explicando ello el carácter reformista y democrático del socialismo en este período (pese a la tensión entre las tendencias “reformistas” y “revolucionarias” dentro del movimiento obrero europeo) y la articulación de una conciencia política de carácter corporativo (Lichthem 1975).

En Chile antes de la institucionalización del socialismo obrero en el Partido Obrero Socialista en 1912, la noción de socialismo circulaba con cierta persistencia en la última década del siglo XIX. Así lo constatan los historiadores Sergio Grez y Jaime Massardo en sus respectivos estudios, remarcando ambos como hito en el itinerario del socialismo el folleto de Víctor Arellano (integrante del Partido Liberal Democrático) *El capital y el trabajo* publicado en Valparaíso en 1896, donde se reproducen algunos párrafos de *Del*

socialismo utópico al socialismo científico (1883) de Engels. Este último texto parece haber contribuido centralmente a la representación del socialismo en el movimiento obrero que se forma en España y por la vía de la lengua castellana, a los que se van formando, entre otros lugares, como también en Chile (Massardo 192). Grez, en relación a Arellano, sostiene que fue un “francotirador” que actuó de manera aislada, sin crear una instancia colectiva desde la cual difundir sus ideas para que estas se enraizaran en un movimiento orgánico de algún sector social (2011:24).

Independientemente de los distintos enfoques para abordar este suceso, fue un hecho que el ideal socialista se cristalizó en la creación de las primeras tentativas de organizaciones políticas, como fueron la Unión Socialista (1896) y luego el Partido Socialista (1897) en Santiago, así como el Partido Socialista Francisco Bilbao (1898) y su sucesor, el Partido Socialista Científico (1900), también surgidas en la capital. Todas estas experiencias resultaron efímeras y en su mayoría fueron gestadas por disidentes del Partido Demócrata. Es importante mencionar que estas, no tuvieron ningún contacto orgánico con la Internacional Socialista (Massardo 185).

Pese a lo anterior, la intención de crear una colectividad estrictamente obrera y socialista se venía insinuando en el interior del Partido Demócrata (PD) desde comienzo de siglo a través de una tendencia conocida como “doctrinaria”, pero la oposición del sector más tradicionalista, identificado como “reglamentario”, dirigido por Malaquías Concha, principal líder del partido durante más de tres décadas, no dio chance para provocar un cambio en la orientación y estructura de su partido (Pinto y Valdivia 2001). Cabe identificar estas corrientes y sus disputas, ya que fue aquí donde comenzó a asomarse una diferencia en el terreno ideológico y a gestarse la matriz del socialismo nacional, encabezada en gran proporción por Recabarren.

Sergio Grez, en un artículo acerca de este partido, reconstruye el periplo de estas dos facciones rivales del PD entre 1901 y 1908, período en el cual el partido se fracturó en diversas ocasiones producto de las discrepancias en torno a la política de alianzas o pactos electorales con los partidos burgueses. Si bien esto se presentaba como la principal causa de las diferencias, debido al debilitamiento del eje político que inicialmente los había reunido, es decir, la autonomía partidaria, prontamente las tensiones se incrementaron con la emergencia de un discurso marcadamente más clasista, proveniente de un sector del ala doctrinaria, que proclamó una opción por el socialismo, evidenciándose así distintas posturas sobre

cómo abordar las necesidades de la lucha social. Aunque esta diferencia se fue haciendo cada vez más notoria a través de ciertas publicaciones periodísticas, la proclamación de candidaturas declaradamente “doctrinarias” y la salida de algunos de sus militantes, “incluso en los momentos de polémica más dura entre las vertientes escindidas de ‘la Democracia’, las esperanzas en la reconciliación nunca se perdieron completamente. A veces estos deseos se tradujeron en iniciativas al margen de las directivas reglamentaria y doctrinaria”, por tanto, la “autonomía absoluta”, fue más bien “un recurso discursivo para paliar el descontento que afloraba recurrentemente en su base, pero que no tenía ninguna viabilidad, so pena de ver desaparecer los escasos representantes demócratas de los puestos de representación popular” (Grez 2012).

No obstante, la aparición de un discurso más radical en el seno del partido interpelaba en particular a la dirigencia reglamentaria, la que a modo de defensa reiteraba cuales eran los principios que sostenían a la Democracia, subordinando las luchas sociales a su estrategia de reformas legales y conquista de puestos de representación política electoral y, en cuanto a las formas de asociación popular, mostraron una clara predisposición por el mutualismo. Por su parte, los doctrinarios eran igualmente partidarios de la legislación social, pero más proclives a una práctica más apegada a los movimientos sociales y a impulsar el desarrollo de organizaciones sindicales (sociedades de resistencia, mancomunales y federaciones), muchas veces en conjunto con los anarquistas en torno a una política más decididamente clasista (Grez 2012).

Así, en este proceso de diferenciación, según el citado artículo, el ala reglamentaria comenzó a delimitar las fronteras con el socialismo y anarquismo y, asimismo, el sector socializante de los doctrinarios inició un proceso de definición y distinción entre democracia y socialismo y entre socialismo y anarquismo, destacándose la figura de Recabarren en la fundamentación y articulación de cada uno de los conceptos (en particular del socialismo), implicando estos no sólo formas discursivas diferentes sino también estilos de hacer política y comportamientos disímiles en relación al Estado, los patrones y los movimientos sociales.

Bien es sabido que Recabarren militó en el PD ininterrumpidamente desde 1894 hasta 1912 y fue dentro de esta colectividad que se aproximó a los postulados del socialismo, comenzando a hacer sus propias elaboraciones en torno a este. Sin embargo, su militancia demócrata no le impidió acercarse a los postulados del anarquismo, como afirma Gonzalo Vial: “cuando dirigía *La Democracia* (1899-1901)

publicaba artículos libertarios de Alejandro Escobar y Carvallo, anudándose entre ambos, por este motivo, una ‘elevada amistad intelectual’” (1981: 876). Al avanzar el nuevo siglo se fue distanciando de los anarquistas, coincidiendo las críticas hacia ellos con su propio proceso de ampliación y sistematización de las nociones sobre el socialismo. Fue en su autoexilio en Buenos Aires entre 1906 y 1908 –provocado por la persecución política y judicial–, que se convenció de arrastrar al PD hacia el socialismo, visualizando al Partido Socialista Argentino como modelo para la democracia chilena (Pinto y Valdivia 2001).

Claramente el contexto mundial, atravesado por los sucesos de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Revolución Bolchevique (1917), modificó el imaginario socialista instalado bajo la época de la Segunda Internacional, impactando también estos hechos al socialismo en América Latina. En agosto de 1914 se dio término a una forma específica de creer en el internacionalismo, puesto que los principales partidos socialistas europeos –el alemán y el francés– se alinearon con sus respectivas naciones para luego enfrascarse en una matanza mutua. Así, el internacionalismo socialista quedaba desacreditado frente a la fuerza del nacionalismo. Según relata Grez, en Chile todos los dirigentes y militantes del POS condenaron sin matices la guerra y el actuar de ambos bandos beligerantes, “considerados como imperialistas que había que combatir, sentir muy distinto a otros partidos socialistas, como el caso de los argentinos, donde hubo dos posiciones frente a la guerra, precipitando la ruptura de la minoría internacionalista y dando origen en enero de 1918 al Partido Socialista Internacional (PSI), que luego en diciembre de 1920 se transformaría en Partido Comunista de Argentina” (Grez, 2011:154).

La formación del Partido Comunista en Chile (1922) fue la culminación de un proceso que se inició con la adhesión indiscutida de Recabarren y de la dirigencia del POS a la revolución bolchevique y los “maximalistas rusos”. El escenario ideológico que dictaminó la transformación del POS en PC fue la adhesión al Komintern o Tercera Internacional Comunista fundada en Moscú en marzo de 1919 (dejando de existir en 1939), cuyos lineamientos apuntaban, bajo los postulados de Lenin, a una dirección centralizada eficaz, personificada en una elite política o de ‘revolucionarios profesionales’. En este marco, el partido debía ser independiente y conductor del movimiento obrero. De este modo, el socialismo traspasaba el limitado horizonte de clase del movimiento obrero (Lichthem 1975).

Por último, el significado de la revolución traspasó las fronteras rusas para convertirse en un ejemplo de referencia obligada para sus seguidores y detractores. En términos de imaginarios, E P Thompson señala que es un “utopismo”, bajo la forma de una proyección embellecida y completamente ficticia de la URSS. Esta utopía fue ofrecida a los de fuera como emblema de su propia historia futura, como su propio futuro, glorioso e inexorable (Thompson 1981).

La emergencia discursiva socialista: La FOCH versus Recabarren

La emergencia del discurso socialista, que en estos años no alcanzó a quebrar el discurso hegemónico, quedó reflejada en el distanciamiento que empezaron a tomar los fochistas de su presidente honorario, el conservador Paulo Marín Pinuer. Hasta la Convención de 1917, los obreros ligados a la FOCH mantuvieron su perfil de sociedad mutualista. Sin embargo, la participación de la FOCH en la huelga ferroviaria de 1916 sentó un precedente en las transformaciones de las prácticas federales, puesto que la huelga apareció por primera vez en la organización como una posibilidad real de defensa⁸.

Como se mencionó anteriormente, la FOCH, en el momento de la institucionalización del socialismo obrero en el Partido Obrero Socialista (POS) en 1912, bajo el liderazgo de Recabarren, no pertenecía propiamente al mundo socialista, pero criticaban la intransigencia que tuvo el POS, específicamente la postura de Recabarren hacia sus prácticas y discursos. A partir de estas críticas comenzó en diciembre de 1913 una polémica entre Recabarren y Gentoso en torno a los significados del socialismo. que, como lo adelantáramos, fue el punto de encuentro entre la FOCH y el socialismo. Pese a que se toma esta fecha como inicio de la disputa, es importante destacar un artículo previo de Recabarren titulado “La Gran Federación Obrera de Chile”, publicado en el periódico de Iquique *El Despertar de los Trabajadores* en mayo de 1913, en el cual se esbozaron los lineamientos, características y tonos de la confrontación. Recabarren expone lo siguiente:

“El clericalismo está introduciéndose al seno mismo de los trabajadores con la habilidad que nunca le falta ha organizado a un buen número de los

⁸ A partir de la experiencia del conflicto ferroviario y de la huelga de 1916 fue posible observar cómo se fue gestando un discurso diferenciador y crítico al discurso hegemónico de la FOCH, en particular, desde los federados socialistas de Valparaíso en sus modos de enfrentar el conflicto. Este discurso emergente comenzó a crear nuevos significados y valores, nuevas prácticas y relaciones al interior de la FOCH, las cuales fueron desplegando en el trascurso del conflicto una representación del socialismo en torno a la autonomía de la clase obrera con respecto a la burguesía y sus instituciones y a la lucha de clases. Las publicaciones del periódico obrero *El Socialista* de Valparaíso (1915-1917) expresaron este carácter diferenciador en sus discursos.

trabajadores de los ferrocarriles y con el nombre pomposo de Gran Federación Obrera de Chile ha organizado secciones en todos los pueblos donde hay maestranzas de ferrocarriles.

Una de las costumbres ya establecidas es bendecir en una iglesia el estandarte social y nombrar padrinos a cualquier explotador de los trabajadores que haya gestado más o menos maña para hablar en bien del pueblo mientras sus actos dicen lo contrario o no dicen nada.

A esta obra mistificadora de esa organización están contribuyendo maravillosamente los demócratas.

Nosotros estimamos que esa organización no es otra cosa que un gran narcótico con que engañan y encadenan a los trabajadores, haciéndoles dormir con esperanzas y nada más.

La habilidad con que se desarrolla esa organización hace creer a los inocentes que van a mejorarse con la estúpida táctica de bendecir standartes (sic) y tener padrinos a los burgueses empedernidos.

Los compañeros socialistas que viven cerca de todas las secciones de esa organización deben combatirla enérgicamente antes que abarque y embrutezca a la totalidad de los trabajadores.

Los estatutos de esa gran federación no establecen ninguna reivindicación social ni económica y demuestran ser solamente una sociedad de socorro mutuo como cualquiera otra, con la diferencia que tiende a engañar más disimuladamente a sus incautos asociados, agregando a la organización almacenes llamados cooperativas.

Trabajadores de Chile: la Gran Federación Obrera de Chile, es sólo una hábil trampa destinada a entreteneros por muchos años.

Dejarla crecer es dejar crecer al enemigo” (El despertar de los trabajadores 27 de mayo de 1913).

A partir de este artículo inaugural se expresaba, por un lado, la disputa personal entre ambos dirigentes y, más profundamente, la pugna entre el POS y el Partido Demócrata (en el que militaba Gentoso) y, por otro lado, el rechazo al estatuto y a las prácticas de la FOCH –amparadas por la militancia conservadora de su presidente honorario, Marín Pinuer, y la dirigencia federal de Gentoso–, y al tipo de organización que representaba. Desde entonces, una vez iniciada la polémica, el militante demócrata enfatizó en la distinción existente entre el “socialismo de Recabarren” y el “socialismo”, entendido como ideal supremo de justicia y transformación social, con el propósito de distanciarse de su pensamiento.

En primer lugar, la polémica se centró en el clericalismo de la FOCH, expresado en la tradición de bendecir su estandarte social según las prescripciones de la religión católica, y en la militancia conservadora de su presidente honorario. Ante esta acusación, la FOCH se defendió mencionando que no se identificaba con ningún credo religioso.

Para comprender la postura de Recabarren es necesario hacer mención al profundo sentimiento anticlericalista arraigado en el pensamiento socialista obrero. “El anticlericalismo no era un elemento menor dentro del ideario impulsado por el POS” (Pinto, 1999: 333), puesto que, junto al capital, el clero era visto como uno de los peores males de los pueblos. Las razones de esta irreconciliable relación entre la religión y el socialismo se encontraban, primero, en la creencia de la fe en un mundo mejor después de la vida terrenal, lo que implicaba, a juicio de los socialistas, “mantener a los seres humanos, hasta la muerte bajo la brutalidad abyecta de la resignación ante las cosas creadas por la ignorancia de los hombres de otros tiempos pasados” (332). De la misma forma, cuestionaban la existencia y grandiosidad de Dios, por el hecho de no haber ninguna muestra de justicia y de bondad hacia los sectores desamparados, que constituían una mayoría.

Fueron estos argumentos la base de la crítica a la acción de la Iglesia Católica en los asuntos obreros, considerando su poder una amenaza para las organizaciones de los trabajadores. Más aún, cuando pretendía contrarrestar la acción revolucionaria de los obreros creando nuevas asociaciones, que, en opinión de los socialistas, eran “organismos sedentarios, fanáticos que servían tan solo a los intereses de la iglesia y olvidaban su objetivo principal” (*El despertar de los trabajadores* 2 de junio de 1915). Se continuaba diciendo, en este mismo artículo, que “quienes predicaban la sumisión y la humildad, la resignación y el servilismo no podían ser partidarios de los trabajadores que necesitaban imponerse frente al capital” (*El despertar de los trabajadores*). Además, el anticlericalismo recabarrenista derivaba de la estrecha relación entre el Partido Conservador y la Iglesia; en definitiva, entre ésta y el orden sociopolítico interno.

En este contexto es donde se explica la polémica desatada por Recabarren. La discusión puntualmente arrancó con la publicación en *La Locomotora* de una serie de artículos titulados “Sectarismo Socialista”. El primero de éstos apareció el 27 de diciembre de 1913, en el cual Gentoso contestó a los dichos de Recabarren referentes a que la Gran FOCH era sólo una sociedad clerical encaminada a acorralar a los obreros para garantizar la libertad de explotar. Ante esto, Gentoso replicó que las causas de esos ataques no tenían justificación alguna y solamente se debían a la mala fe, a la intolerancia y al sectarismo del director de *El Despertar*, afirmando lo siguiente:

Lo único que nos extraña y que no comprendemos es como en el nombre del socialismo El Despetar ataca y denigra a una sociedad en que militan una enorme cantidad de obreros ferroviarios, que luchan por el mejoramiento económico, social e intelectual de las clases trabajadoras (La Locomotora 27 de diciembre de 1913).

La segunda parte de “Sectarismo Socialista” empezaba con la reproducción de un párrafo escrito por Recabarren, en el cual éste mencionaba lo siguiente:

Día a día crece esa federación obrera, día por día esos borregos desgraciados se remachan con la cadena eclesiástica su propia esclavitud y día por día aumentarán su desventura y sus verdugos que los conduzcan a la esclavitud (La Locomotora 1° de enero de 1914).

Gentoso, frente a estas palabras, respondió defendiendo el acto de bautizar el estandarte, arguyendo que:

No significa colocarse un yugo servil o atar su porvenir, ni siquiera el indicio de sustentar ideas clericales, sino que la tramitación de una mera fórmula y encaminada a demostrar la más alta prueba del respeto mutuo, que se tienen entre sí, todos los socios de una asociación que no ataca la libertad de conciencia (La Locomotora 1° de enero de 1914).

Añadió a esto:

“Ningún hombre cuerdo en el dominio completo de sus facultades mentales, puede decir honradamente y obrando de buena fe, que una institución, por el solo hecho de bautizar su estandarte, se haya puesto voluntariamente el más servil de los yugos y haya amarrado todo su porvenir” (La Locomotora 1° de enero de 1914).

Mediante estas declaraciones, es posible inferir que Gentoso trataba de establecer una diferencia con los conservadores, al aseverar que los federados no sustentaban necesariamente ideas clericales. Quizás, esto puede ser entendido como un indicio para desmarcarse de la figura de Marín Pinuer y comenzar a definirse en términos doctrinarios, pero veremos que, a ojos de Recabarren, no había distinción alguna ya que Gentoso, pese a sus aclaraciones, estaba recurriendo a un lenguaje legitimado en los federados como era la bendición religiosa.

Semanas después, en un escrito de prensa de *El Despertar*, Recabarren ratificó su crítica a la bendición de estandartes en las secciones de la FOCH y al patrocinio de las autoridades a través de este rito. Su rechazo lo redactó así:

[...] hemos dicho que todas las secciones de esa federación han llevado sus estandartes a la iglesia a recibir la llamada bendición clerical; hemos dicho que los obreros han puesto de padrinos para sus estandartes, en esos actos,

a los intendentes y primeras autoridades de los pueblos donde se han hecho esas bendiciones, asistiendo a esos actos los obreros (que son los eternos explotados), las autoridades (que siempre serán sus opresores), los diputados (que los agobian con impuestos y autorizan todos los latrocinios) y los patronos que los explotan y los demócratas que los engañan y los venden (El despertar de los trabajadores 24 de enero de 1914).

Además, en esta ocasión, agregó, que “esos actos son también amparados, prohijados y aplaudidos por los demócratas, que pretenden aparecer ante el pueblo como sus defensores”. Más adelante, en este mismo artículo, Recabarren personalizó su impugnación a los demócratas a través de Gentoso, demostrando así que su enfado tenía un doble cariz. Primero era personal, puesto que sacó a colación un antiguo suceso entre él y otros demócratas de entonces, originado en el periodo en que Recabarren había dejado la dirección del diario *La Reforma* de Santiago en 1907, en el cual fue acusado por la “prensa burguesa” de quedarse con dineros del diario. En referencia a aquella época, Recabarren señaló que “*La Reforma* me defendió en artículos pateros alabándome, demostraría ese hecho que los demócratas que dirigían *La Reforma*, que son los mismo que hoy me calumnian y me acusan falsamente, dejan probado que eran mis cómplices y mis alcahuetes, e individuos que así obran son por cierto asquerosos y despreciables” (*El despertar de los trabajadores*). Los dardos apuntaban a Gentoso como el principal calumniador.

Por otro lado, el disgusto de Recabarren –izquierdizado desde su traslado a Iquique en 1911– se debía al tipo de organización obrera que propiciaban los demócratas. En este sentido, Recabarren dijo que la aspiración de éstos era “ver confundidos a obreros con explotadores, con opresores, con charlatanes y engañadores, con frailes y esbirros en un solo abrazo y eso nosotros no podemos presenciarlo sin dejar de gritar que eso significa perpetuar la esclavitud obrera” (*El despertar de los trabajadores*). A raíz de estas palabras, Recabarren aludió nuevamente a Gentoso, llamándolo “rufián clerical”. Finalmente, en este número, es menester destacar que el ataque de Recabarren hacia este tipo de acciones lo fundamentó utilizando el socialismo como fuerza de renovación en detrimento de lo que consideraba “prácticas inútiles y agónicas” amparadas por los demócratas, que sólo confundían a los trabajadores. Precisó, en tanto, que los demócratas “no pudiendo atacar la doctrina socialista calumnian a los propagandistas de la doctrina” (*El despertar de los trabajadores*). Es relevante esta apreciación, puesto que, efectivamente, las réplicas de Gentoso hasta el final de la polémica no fueron contrarias al ideal socialista y a los militantes socialistas, en cambio sí a su principal propagandista.

Claramente, había una pugna entre el Partido Obrero Socialista y el Partido Demócrata. Por ello, la militancia en el Partido Demócrata de varios de los líderes de los gremios ferroviarios, entre ellos, Gentoso, fue otro eje de la disputa. Recabarren en una columna posterior añadió esta idea:

Democracia es una idea de igualdad política de ampliación de las libertades públicas, a cuya sombra pueden desenvolverse todas las actividades humanas. Los socialistas son todos demócratas. El Partido Demócrata no ha hecho jamás acción democrática. Siempre dio sus votos a los enemigos de la democracia, favoreciendo a la oligarquía chilena; siempre ha dado sus votos a los explotadores del pueblo. No combatimos al ideal demócrata combatimos al Partido Demócrata” (El despertar de los trabajadores 27 de enero de 1915)

La distancia de este partido de las causas obreras o, más bien, el hecho de no ser un partido obrero y su cercanía con el sistema político oligárquico, fue una de las razones por las cuales Recabarren estimaba que los demócratas eran explotadores de los obreros y la Gran Federación Obrera una organización dirigida por ellos para desviar a los trabajadores de su verdadero camino (no debe olvidarse en este sentido que la fundación de la FOCH fue un espacio disputado por los demócratas). A su vez, consideraba torpe la defensa de Gentoso, ya que con ésta estaba protegiendo los intereses de los conservadores, en específico, los de Marín Pinuer. En consecuencia, este hecho, “perpetuaría las costumbres anticuadas e impediría el avance del progreso, materializado en el socialismo” ((*El despertar de los trabajadores* 12 de febrero de 1914).

Para comprender lo anterior no debe olvidarse la historia del pensamiento socialista de Recabarren y su ruptura con el PD en mayo de 1912 y, por otro lado, el alejamiento de este partido de sus bases obreras – producto de la importancia que comenzó a adquirir a nivel nacional con la elección de sus primeros senadores y cargos ministeriales–, lo cual era considerado por el fundador del POS como provechoso para que sus dirigentes hicieran carrera política a costa de los trabajadores. Desde el momento de su distanciamiento con el PD fueron habituales sus denuncias en torno a la costumbre de los partidos burgueses de valerse de los sufragios populares, obtenidos mediante el clientelismo o el cohecho, para consolidar su monopolio sobre los cargos públicos (Pinto y Valdivia 2001). Según él, ejemplos de este aprovechamiento en el seno de la FOCH serían las candidaturas a diputado del conservador Marín Pinuer, en Concepción en 1912, y la del propio Gentoso en 1915.

Bien es sabido que Recabarren permaneció en el PD entre los 18 y 35 años, teniendo allí una militancia vigorosa. El término de su afiliación demócrata fue la base que fundamentó el lugar desde el cual realizó

sus elaboraciones discursivas en contra de la FOCH que, de paso, como se ha demostrado, fue dejando la estela de las ideas que conformaron su camino hacia su representación del socialismo. El escenario fue Iquique, ciudad donde residió desde 1911 hasta mediados de 1915.

Sin embargo, esta escisión con los demócratas y la implantación del socialismo en Tarapacá –como anota Pinto y Valdivia– no supuso un quiebre con las tradiciones políticas adquiridas en el seno del PD. En este sentido, existe consenso en la historiografía en cuanto a la permanencia y continuidad de éstas en Recabarren, las cuales estaban enraizadas en la historia de las tradiciones democráticas de ciertos sectores progresistas organizados, articulando una determinada representación de la política que podía caracterizarse por la elección de una vía legal e institucional como estrategia de desarrollo de las luchas democráticas, por estimular la libertad de reunión, por la prensa obrera como portavoz para difundir el pensamiento democrático y por la promoción de sus propios cuadros, es decir, de los propios trabajadores en el entendido de que serán los mejores defensores de sus propias reivindicaciones (Massardo, 2008:175). Sin embargo, la continuidad con estas tradiciones políticas no opacó las diferencias ideológicas con la matriz demócrata que Recabarren comenzó a expresar en sus escritos desde 1907 en adelante.

En efecto, la aproximación que tuvo Recabarren a los postulados del socialismo, como se ha mencionado anteriormente, ocurrió siendo militante demócrata y su convicción de arrastrar al PD hacia el socialismo fue ratificada en su autoexilio en Buenos Aires entre 1906 y 1907, provocado por la persecución política y judicial, llevándolo a visualizar al Partido Socialista Argentino como modelo para la Democracia chilena. “En los albores de su estadía comenzó a militar en ese partido, conservando al mismo tiempo su adhesión al PD, indicando esto la asimilación que hizo entre ambos partidos y, por ende, el carácter complementario que democracia y socialismo tenían en ese momento para Recabarren” (Massardo, 2008: 170-171). Sin embargo, la intensidad de esta experiencia, las relaciones que estableció con dirigentes socialistas extranjeros, los viajes a Europa y la recepción de nuevas ideas y definiciones, incidieron en que Recabarren empezara a ampliar y sistematizar las nociones sobre el socialismo y, al mismo tiempo, a tensionar las diferencias entre la democracia y el socialismo. La representación de estos términos quedó plasmada en una serie de artículos titulados “Democracia y Socialismo”, publicados en el periódico demócrata *La Reforma* de Santiago entre diciembre de 1907 y enero de 1908. Se destaca del primer número esta reflexión:

He estudiado de nuevo ambos programas: el demócrata y el socialista, ¡y cuán enorme es la diferencia! El programa demócrata parece pálido, insignificante, probando con sus expresiones la poca capacidad moral e intelectual de los obreros de Chile. Sólo contiene un programa de reformas para realizar sobre las instituciones existentes, ampliándolas, suavizándolas, democratizándolas, pero dejándolas siempre lo que son: instituciones coercitivas de la libertad dominada por la burguesía. La democracia proclama reformar instituciones, democratizarlas. El socialismo proclama la desaparición de las instituciones inútiles y el reemplazo de algunas por otras completamente distintas, socializándolas. (La Reforma 22 de diciembre de 1907).

Esta declaración doctrinaria se considera fundacional para su ulterior proyecto de formación de un Partido Socialista en Chile, reparando en que la democracia era un principio insuficiente para satisfacer todas las expectativas del proletariado, puesto que en quince años la representación parlamentaria demócrata no había sido garantía suficiente para mejorar sus condiciones laborales y de subsistencia. No obstante, vemos que hasta aquí el anhelo de Recabarren era asumir una perspectiva socialista desde el PD y llevar a este partido a posiciones socialistas, quedando reflejado en el siguiente párrafo:

Nuestro propósito no es otro que el de provocar, al interior del Partido democrático, una gran corriente de opinión que estudie y discuta estas ideas. Nuestro objetivo no es otro que el de hacer aceptar estas ideas que permitirán al Partido democrático de desarrollarse (sic) y de reforzar su organización (La Reforma 7 de enero de 1907).

Aunque la intención de crear una colectividad estrictamente obrera y socialista se venía insinuando en el interior del PD desde comienzo de siglo a través de la tendencia conocida como “doctrinaria”, la oposición de los sectores más tradicionalistas, identificados como “reglamentarios” (dirigido por Malaquías Concha, principal líder del partido durante más de tres décadas), no dio chance para provocar un cambio en la orientación y estructura de su partido. A su regreso a Chile, Recabarren se incorporó nuevamente a las filas demócratas, pero sus días estaban contados, desencadenando un periplo paralelo y abiertamente disputado con el PD.

Bajo esta constatación, las posturas de Malaquías Concha y Recabarren resaltan en nuestro estudio, en vista de sus tempranas diferencias y, más aún, al ser miembros de una misma agrupación partidaria, explicando así, en parte, la separación definitiva de sus caminos políticos. El “Programa del Partido Democrático” (1887), en su primer artículo, estableció que tenía “por objeto la emancipación política,

social y económica del pueblo”, proceso que se iniciaba con la propia constitución del partido. Este principio se articulaba en la noción de un pueblo carente de libertad e igualdad, debido a que el sistema político oligárquico impedía el ejercicio de tales derechos. El “Manifiesto del Partido Democrático al pueblo chileno” del año siguiente, al respecto señalaba que “al constituirnos en nación independiente y soberana, mediante los esfuerzos del invicto pueblo chileno, establecióse (sic) que el gobierno de la república sería *popular y representativo*; esto es, que, el pueblo sin coacción de ninguna especie elegiría los poderes del Estado y se daría las leyes que tuviera a bien por medio de sus representantes en el Congreso” (Massardo, 2008: 363). Sin embargo, la representación y el ejercicio de la soberanía del pueblo eran inexistentes ya que la designación de los altos cargos del Estado dependía de la voluntad absoluta del Presidente de la República. En esta lógica, se posaba el artículo 2º del programa: “Para llenar estos fines se propone trabajar por obtener la debida representación en los diversos cuerpos políticos. Congreso, municipio, juntas electorales, etcétera” (367). De esta manera, se relevaba la “lucha pacífica de las urnas”, siendo el sufragio la única arma de combate hacia la emancipación política, social y económica.

“Los desheredados de la fortuna nacen condenados a la miseria y a la ignorancia, al servilismo y al proletariado, su única herencia social, su sola propiedad individual y familiar” (364). Este desalentador pasaje del “Manifiesto” daba cuenta de la condición de inferioridad del pueblo, producto de la negación de la democracia y la perniciosa organización económica, ante lo cual el naciente partido apelaba a las ideas ilustradas de educación laica, libertad, derecho, bienestar para superar el estado de atraso del pueblo, el que impedía su contribución a la civilización e incorporarse a la senda del progreso. Además del compromiso que asumía el PD en la *regeneración del pueblo* a través de la elección de representantes y la urgencia de implementar una legislación social, sostenía que ese proceso debía ir acompañado de un fomento a la creación de espacios formativos de los principios democráticos, como la organización y la prensa obrera.

Estos principios fundadores del PD, referidos en grandes rasgos, nos aproximan al lugar de enunciación de los discursos de Malaquías Concha y Recabarren en torno a la realidad social observada. Aunque compartieron una plataforma común, las divergencias se asomaron prontamente en cuanto a la visión que subyacía a la relación entre capital y trabajo. Fue aquí entonces desde donde arrancó el distanciamiento teórico de Recabarren con el PD, al incorporar una vertiente socialista en su seno, implicando un enfoque clasista de la realidad social. En un artículo de prensa titulado “La cuestión social”, declaraba:

La miseria se revuelca y se conmueve airada en el fango de sus desgracias a la vista de la abundancia acaparada. De esta situación nace una agitación de los de abajo que quieren desasirse de las garras de la miseria, sedientos de justicia y de vida contra los de arriba que en su egoísmo se creen con derecho a encarcelar los goces de los pobres y encerrar sus raciones de vida, privándoles de sus derechos sin que exista necesidad ninguna para ello. (La claridad del día 27 de noviembre de 1904).

Por esta lucha entre los de arriba y los abajo, parafraseando a Recabarren, fue que nació la cuestión social. Frente a esto, indicaba que debían proponerse las soluciones, pero no las de los “sociólogos o estadistas de las clases burguesas”, que las buscaban dentro del ambiente de las ideas en que vivían. La explicación que éstos daban se remitía a una “cuestión de estómago” y las salidas se traducían en reformar el actual sistema social imperante en el mundo. Recabarren afirmaba que la solución del problema no estaba allí, puesto que era el sistema el que ocasionaba la desigualdad y la injusticia social. En consecuencia, la salida que comenzó a diseñar Recabarren fue la transformación del estado social vigente por uno nuevo, perfecto y sano, donde los hombres se sintieran felices y libres.

El distanciamiento definitivo de Recabarren del PD se produjo en mayo de 1912 en Tarapacá. En *El Despertar de los trabajadores* se adujeron los motivos, argumentando: “nos separamos definitivamente por dos razones: porque el Partido democrático ha mostrado a través de su política que no es más útil a los intereses de los trabajadores y porque los dirigentes democráticos son, en su mayor parte, elementos burgueses” (Massardo 174). De esta manera, Recabarren dejaba de concebir al PD como el partido de los obreros.

Es preciso acentuar, como se ha propuesto anteriormente, que el centro de sus críticas fue hacia el tipo de organización que representaba el PD –las que se agudizaron aún más luego de su salida en 1912–, pero no hacia la noción de democracia en cuanto ideal político de la mayoría (ya que la mayoría de la sociedad chilena eran los trabajadores), y de sus posibilidades políticas mediante el sufragio en la lucha anti-oligárquica. El sustrato tras esta concepción de Recabarren, nos explica Massardo, era la ausencia en los trabajadores y de los sectores populares chilenos de una práctica de libertad, vale decir, “la ausencia en ellos de la construcción de una subjetividad capaz de avanzar a su autorreconocimiento como actores con plenos derechos y, en particular, con el derecho que les otorgaba su condición de mayoría en la sociedad a realizar su propia visión de mundo” (176-177). De este modo, la valoración de la democracia y la libertad

política, como vehículo para modificar la existencia de aquellos, fue central en el pensamiento de Recabarren, la que persistió más allá de su alejamiento del PD.

Esta reseña sobre Recabarren en los años previos a la polémica con su ex correligionario, nos facilita la comprensión de sus controvertidos artículos, sumado, a su perseverante labor de implantar el socialismo en Tarapacá –en el tiempo de la polémica con Gentoso–, la cual no siempre tuvo los resultados anhelados. Retomando la primera publicación de *La Locomotora* de diciembre de 1913, observamos que Gentoso no se explicaba cómo, en nombre del socialismo, se atacaba y denigraba a una sociedad (la FOCH) en que militaban una enorme cantidad de obreros ferroviarios –entre ellos prestigiosos miembros del partido socialista– que luchaban por su mejoramiento económico, social e intelectual. Y, en relación a *El Despertar*, argumentaba “cómo un órgano que se titulaba socialista, que debía trabajar por estrechar la unión de la clase trabajadora, por organizar y despertar el espíritu de asociación entre los trabajadores, se preocupa de dividir, de desprestigiar y de disolver asociaciones que prestaban reales y positivos servicios” (*La Locomotora* 27 de diciembre de 1913). Mediante estas aclaraciones en torno al actuar de algunos socialistas que distaban del socialismo “ideal”, probablemente la intención de Gentoso era mantener a la FOCH bajo tutela del PD y así frenar el traspaso de federados demócratas y sin militancia al POS.

Por último, en cuanto a la comprensión del ideario socialista, señaló:

Nosotros no comprendemos así el socialismo, porque nos hemos formado el más elevado concepto de esas doctrinas, las cuales hemos defendido desde la tribuna pública, desde el seno de las asambleas y desde las columnas de la prensa cada vez que la vemos calumniada o atacada. Entre sus socios hay de todos los colores políticos, sin excluir a prestigiosos miembros del Partido socialista, y el presidente de la Junta ejecutiva es un distinguido miembro del Partido Radica. (La Locomotora).

Esto último demostraba la disputa doctrinaria en la cual se habían enfrascado ambos. Gentoso, en sus artículos, comenzó a referirse a Recabarren como “falso apóstol del socialismo”, “anti socialista” y “sumo pontífice del socialismo iquiqueño”, principalmente por su sectarismo y soberbia, justificando que “la tolerancia y la libertad de conciencia son unas de las virtudes más sublimes del socialismo, y los que insultan y desprestigian las sociedades obreras, por no pensar como ellos, simplemente no son socialistas” (*La Locomotora* 10 de enero de 1914). Sin embargo, precisó que el resto de los socialistas no eran responsables de la falta de juicio y honradez de algunos de sus miembros, y que ni “el socialismo ni sus doctrinas pueden personalizarse en un hombre, porque esto significaría empequeñecer su ideal” (*La*

Locomotora 21 de febrero de 1914). Pensaba que los socialistas, al personalizar la doctrina en Recabarren hacían lo mismo que los frailes al divinizar a Cristo con los ideales que, como hombre, predicó a la humanidad.

Ahora bien, para completar la otra parte de la contienda y situarnos en el lugar de enunciación de Gentoso, figura menos conocida, por lo demás, es imperioso entender su imaginario político refiriéndose a las distintas dimensiones de su existencia en su rol de obrero maquinista, de periodista y conferencista y también como militante demócrata, roles que estuvieron siempre imbricados. Osvaldo López lo presenta en su biografía como “un hombre singular, de la pasta que se forjan los apóstoles y los grandes idealistas de la humanidad, de naturaleza mental apasionada de lo bueno, lo justo y lo verdadero” (López: 1912:29). Nació el 21 de septiembre de 1879 y su vida transcurrió entre Valparaíso –su ciudad natal–, Santiago y Coquimbo. Tempranamente se destacó por ser un alumno aventajado, lo que causó la admiración de sus profesores. Sin embargo, su educación en el Liceo de Valparaíso fue truncada, debido a los acontecimientos de 1891, que dio ocasión al asalto y despojo del almacén de su madre, situación que obligó a Gentoso a aprender un oficio para ganarse la vida y ayudarla. Por esta razón, ingresó a la Casa de Máquinas de la Maestranza de Valparaíso a la edad de 14 años.

Ofició como fogonero y mecánico-maquinista. No obstante, su labor de obrero siempre estuvo acompañada de una intensa actividad sindical. Su biógrafo narra que “durante el tiempo que fue fogonero era buscado por todos los maquinistas para redactar los informes de los accidentes que ocurrían a estos en el trayecto, y cuando contaba 15 años fundó la Sociedad de Fogoneros, siendo el cerebro y el todo de esa Institución” (30). Dos años después, comenzó a participar en las luchas políticas del Partido Demócrata como ardiente propagandista sin derecho a voto. En complemento a estas labores enunciadas, se sumó la compra de una imprenta en Santiago –gestión hecha por el propio Gentoso con los maquinistas de la 2ª sección– para editar un periódico que defendiese al gremio de maquinistas, fogoneros y los operarios de Ferrocarriles. A partir de esta iniciativa, surgió el periódico titulado *La Locomotora*⁹, siendo nombrado uno de sus redactores y secretario general de esta sociedad. Este diario, junto a *El Trabajo* de Coquimbo,

⁹ Este periódico que apareció a principios de siglo fue el mismo en el cual se llevó a cabo la disputa entre Gentoso y Recabarren años más tarde. Como era habitual en aquel tiempo, la escasa continuidad de los periódicos, y este diario no fue la excepción, desapareció en 1904 y tuvo una segunda época entre 1913 y 1914, también a cargo de Gentoso.

años más tarde, fueron los espacios en los cuales Gentoso pudo desenvolver su pluma y materializar su faceta periodística a favor de los ferroviarios.

En base a lo recién descrito, podemos decir que, desde sus inicios en el gremio ferroviario, Gentoso se involucró rápidamente en la defensa de sus pares en casos de atropellos y abusos que pudieran ejercer las autoridades de Ferrocarriles en contra de ellos. En otras palabras, siempre estuvo cercano a los gremios ferroviarios, de sus reivindicaciones y luchas. La primera aparición pública en este sentido fue a raíz, precisamente, de las publicaciones de *La Locomotora* en 1901, lo cual encendió la alarma del Director de Tracción y maestranza, Anselmo Moraga, quien amenazó a Gentoso con destituirlo si no hacía desaparecer a la brevedad el periódico. Esta situación lo motivó a reunirse con los maquinistas para exponer la necesidad de mantener el periódico y, de ser ineludible –como subraya López– iniciar una campaña para pedir la destitución del director, aunque esto implicara perder su puesto. Dicho y hecho, “después de 3 meses de continua y ardiente agitación, colectando millares de firmas por todos los pueblos del sur por todas las maestranzas del Estado, por los talleres y fábricas particulares, levantó meetings simultáneos haciendo todos esos gastos de su propio bolsillo, presentó una formidable acusación al Gobierno y al Congreso, y en el seno de las Agrupaciones democráticas de Santiago y Valparaíso, impuso a los Diputados Demócratas el ataque contra el Dios de los Ferrocarriles” (31).

El significado de este hecho, que finalmente fue victorioso para las pretensiones ferroviarias ya que el director fue destituido, fue que sentó un precedente en las próximas luchas lideradas por Gentoso, puesto que, bajo su concepción los conflictos entre el trabajo y el capital podían ser solucionados desde la esfera del Estado, más en el momento que se encontraba el PD a principios de siglo como garante de los derechos de los trabajadores a través de sus representantes legislativos. Se infiere, por tanto, que pudieron haber sido los diputados Malaquías Concha, Artemio Gutiérrez, Francisco Landa y Ascanio Bascañan (aunque este último era radical) quienes influyeron primeramente en su formación política, pues según la crónica de López, Gentoso tenía una relación fluida y cercana con éstos, como es posible ver en el episodio de la destitución de Moraga¹⁰.

¹⁰ Si bien no ha sido posible corroborar desde las fuentes la pertenencia de Gentoso al sector “reglamentario” del PD, se infiere a partir de los vínculos con estos políticos mencionados (en especial con Malaquías Concha y Artemio Gutiérrez) que se identificó con esa facción. No obstante, a la luz del estudio de Grez sobre las facciones del PD a principios de siglo, se deduce que perteneció al sector “doctrinario puro” dado su ligazón permanente a la causa obrera y a su impulso en desarrollar organizaciones sindicales más allá del mutualismo.

El trabajo político de este militante demócrata no sólo se materializó en su labor social e intelectual sino también se entroncó con su designación a candidato a diputado por las provincias de Atacama y Coquimbo en 1906. Esta fue la primera designación de por lo menos cuatro en su carrera política; tres en estas provincias y una en Valparaíso en 1915. En ninguna de sus candidaturas logró vencer, argumentando su biógrafo sobre las tres primeras elecciones, que las combinaciones políticas del momento primaron sobre la verdad y la justicia, refiriéndose principalmente a los manejos del Partido Radical.

Volviendo a la polémica con Recabarren, en cuanto a la organización obrera, Gentoso no comprendía que la FOCH, que tenían intenciones loables con respecto a sus obreros, fueran atacadas en lugar de propiciar la unión de los trabajadores sin importar el color político ni la adhesión religiosa. Gentoso estipulaba esto producto de los comentarios de Recabarren:

Hemos dicho que eso es un peligro futuro, porque lejos de ser una organización que dé una doctrina y un rumbo definido a los trabajadores, no es sino una amalgama híbrida, abigarrada que pretende reunir los elementos más heterogéneos en un solo haz, cosa imposible para un buen propósito. (La Locomotora 14 de enero de 1914).

Ante esto, Gentoso se preguntaba “¿es esto socialismo? ¿es esta la labor que corresponde a un líder del Partido Socialista, como lo es Recabarren en Chile? o, ¿desde cuando acá es doctrina socialista el considerar peligro futuro a una sociedad obrera organizada?” (La Locomotora). Con el objeto de brindar respuestas y fundamentos a estas preguntas, publicó en este periódico artículos referentes a la actuación de los socialistas europeos, especialmente de los belgas, con el propósito de dar una muestra pública que los socialistas europeos confraternizaban cordialmente en el campo de la lucha económica con los obreros católicos, señalando que el único divorcio que había entre ellos era en la lucha política. La intención tras esto era esclarecer el verdadero discurso socialista y demostrar que la campaña “disociadora” de Recabarren estaba “reñida con el socialismo”. Reproducimos aquí el extracto que incorporó Gentoso de la proclama que los socialistas belgas dirigieron a los obreros católicos para unir sus causas:

La miseria no repara en las condiciones religiosas para instalarse en el hogar, el impuesto de sangre hiere por igual a los pobres católicos o librepensadores; la justicia no es más humana para el obrero de este o del otro culto. Honradamente lo declaramos con toda franqueza, somos contrarios a todas las religiones, porque no creemos en ninguna y porque estamos convencidos que todas son falsas. Pero ante la conveniencia general de la masa obrera, ante el bienestar económico del asalariado, consideramos que no debemos

hacer prevalecer nuestras convicciones filosóficas cuando vemos que vamos a producir una división en el seno de la sociabilidad obrera y que pueda ocasionar el fracaso completo de una huelga o de una lucha económica cualquiera, y que para triunfar necesita de la unión estrecha de todos los obreros, sean creyentes o no lo sean (La Locomotora 4 de abril de 1914).

La experiencia de los socialismos europeos, en particular de los socialistas belgas e ingleses, fueron una referencia común en ciertas publicaciones obreras de la época para ilustrar ejemplos exitosos de organización obrera y para indicar el camino que debían trazar los obreros chilenos. En el caso concreto de esta referencia, que, si bien tenía un propósito argumentativo y coherente con la polémica, brinda un elemento específico que los obreros en Chile debían replicar según Gentoso. Es decir, para la existencia de una buena asociación obrera no debían importar el color político, el credo religioso y las convicciones filosóficas, puesto que a todos abrazaban la miseria. Se comprende esta alusión debido a que el Partido Obrero Socialista Belga (1885) permitía el ingreso de los sindicatos profesionales, sociedades de socorros mutuos, sociedades cooperativas, círculos de estudio y propaganda y en general podían adherir todos los obreros, así como las personas de los dos sexos que vivían en una localidad donde no existía asociación obrera o socialista afiliada (Massardo, 2008: 235). Lo interesante de este partido habría sido su forma inclusiva de integrar las distintas experiencias asociativas y el crisol de nacionalidades que formaban parte de la sociedad belga, derivando en una fusión de los organismos políticos y económicos de la clase obrera: partido, sindicatos y cooperativas. En efecto, esta referencia a los socialistas belgas fue la base de su repertorio conceptual para defenderse de las impugnaciones de Recabarren, evidenciando, al mismo tiempo, el tipo de organización obrera que quería promover.

Como hemos señalado, la polémica entre ambos dirigentes supuso el inicio de una reflexión en el interior de la FOCH sobre el socialismo, constituyendo una novedad discursiva debido a su instalación. Si bien es el punto de inflexión en torno a la incorporación de este discurso, el concepto socialista no fue exclusivo del militante socialista, puesto que, en este contexto particular del siglo XX –al menos en Occidente–, gozaba de una vigencia plena, por lo cual sus usos y significados fueron variados en relación a los diversos niveles de temporalidades relativas de la realidad social y sus interrelaciones (Koselleck, 2001:10).

Recordemos que en Chile los postulados socialistas empezaron a manifestarse con cierta persistencia durante la última década del siglo XIX. Las declaraciones públicas de adhesión a esa doctrina a través de

la prensa, libros y folletos provenían mayoritariamente de integrantes del PD doctrinario o no reglamentario, pero también de personas sin filiación partidista o militantes de otras tiendas políticas (Grez, 2011:24). En este sentido, Gentoso, al inicio de la pasada centuria, ya pululaba en la escena gremial ferroviaria investido de demócrata, por lo que probablemente conoció aquellas proclamas referidas a las bondades del socialismo y las primeras tentativas de creación de organizaciones políticas socialistas.

Por otra parte, la forma inclusiva de este dirigente se evidenció desde los inicios de su vida pública, a principios de siglo, en su preocupación por la organización gremial no sólo de ferroviarios, llevándolo a compartir experiencias organizativas con anarquistas como Magno Espinoza, Alejandro Escobar y Carvallo y Esteban Cavieres, ampliando así sus influencias (Grez 2007). La cercanía de Gentoso con ellos permaneció en los años, relatando Osvaldo López que, para las elecciones de 1912, en las que se presentó por tercera vez candidato a diputado por la provincia de Atacama, la campaña política la hizo en compañía de Alejandro Escobar y Carvallo, pero siendo éste ahora un comprometido militante de la Democracia. Su biógrafo la describe así: “la campaña política más hermosa que se tenga memoria en los anales de la Democracia nacional. En dicha campaña, Gentoso y Escobar Carvallo hicieron una gira de tres meses por toda la provincia de Atacama, dando conferencias y celebrando mítins públicos de propaganda y organización democrática” (López 33).

Estos contactos y experiencias conjuntas se comprenden en el marco de la escasa distinción teórica entre democracia, socialismo y anarquía a principios de siglo. Si bien la decantación ideológica iba avanzando, para muchos anarquistas chilenos las diferencias entre estas corrientes eran ante todo de tipo práctico, como la actitud frente al Estado, la política y los movimientos sociales. “Pero los grandes objetivos finales de todas ellas parecían confundirse, del mismo modo que se confundían en el pensamiento de Recabarren y de otros líderes obreros de la época” (Grez, 2007:168). Esta realidad no sólo se dio en la escena nacional, sino que, de acuerdo al estudio de Aricó sobre el marxismo en América Latina, en general, predominó “una multiplicidad de corrientes democráticas revestidas de un fuerte carácter social, de sostenidas esperanzas mesiánicas en una regeneración universal, sin que existiera entre ellas las fronteras más o menos precisas que luego de la revolución de 1848 se fueron estableciendo en Europa” (Aricó 32).

Bajo este contexto, donde los contornos de las ideologías eran borrosos, los niveles de recepción del concepto socialista resultaron difíciles de precisar en el caso de Gentoso, aunque sí es posible intentarlo a

partir de las aproximaciones a este ideal desde las tradiciones del PD y en las precisiones que comenzó a realizar Recabarren. En cuanto a estas, para hacer un contraste con la trayectoria de Gentoso, Recabarren hacia 1904 veía el socialismo asociado a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, a la satisfacción de las necesidades humanas concretas, pero no sólo a modo de constatación de esas premisas, sino que comprendidas como un resultado de las contradicciones que estaban presentes en la sociedad chilena. Recabarren utilizó también ese discurso y la palabra socialista para indicar una corriente política al interior del movimiento obrero, representando el socialismo así un medio más, entre otros, de alcanzar cierto fin social y político (Massardo 212).

Tomando esta base, consideramos que las mismas apreciaciones estaban en el repertorio de Gentoso (como de muchos otros dirigentes obreros) y fueron compartidas en su diagnóstico de la realidad social. Ahora bien, la consideración del socialismo como un “medio más” se expresaba en su opinión favorable a este ideal, como se ha hecho mención, pero, entendido como un alto ideal, quizás inalcanzable en nuestro contexto y, a su vez, como un ideal que era posible ejercerlo cotidianamente a través de la práctica gremial. Una forma de vivir este ideal, a su juicio, se daba a través del interés y la discusión de temas concernientes tanto a socialistas como a federados, dejando entrever que estos no eran dos identidades radicalmente opuestas. Las temáticas tratadas en el periódico y las conferencias sobre legislación obrera, instrucción, anticlericalismo, erradicación de vicios, solidaridad obrera, educación de la mujer (y de la niña obrera), sufragio universal y otros, demostraban el alto concepto que tenían de las ideas más avanzadas los miembros de la Federación, por lo tanto, no podían ser “borregos ni clericales los que, respetando las creencias ajenas, proclamaban a la luz pública los ideales más puros del socialismo” (*La Locomotora* 24 de enero de 1914).

Es posible también encontrar, fruto de la polémica, una definición de socialismo más concisa dada por Gentoso, proveniente de las definiciones del concepto bajo el influjo de la Segunda Internacional y de sus referencias a los socialistas belgas:

El socialismo es una doctrina científica que aspira transformar a la sociedad sin violencia, sin imposición para nadie, sino que por el libre consentimiento de la mayoría de los ciudadanos o habitantes de un país. El socialismo respetando el derecho de todas las conciencias, combate los prejuicios del pasado, y descorre el velo de la ignorancia por medio del convencimiento de la discusión razonada y no por la imposición atrevida de los fanáticos intransigentes. Recabarren en todas sus campañas

periodísticas en nombre del socialismo destruye la libertad individual y la desconoce por completo” (La Locomotora).

Estas valoraciones sobre el socialismo estaban enunciadas desde su militancia demócrata, pero sin ánimo de romper con ésta ya que, en su concepción, a diferencia de Recabarren, seguían sin ser excluyentes puesto que el socialismo era un “medio más” en un contexto donde las organizaciones obreras estaban instaladas en un terreno “más democrático y reformista social, antes que socialista” (Aricó 1999: 43). En cambio, el socialismo de Recabarren estaba en una búsqueda de una representación desmarcada del Partido Demócrata, es decir, en un proceso de conformación del ideal como un único medio para alcanzar un fin a través de un partido socialista. De este modo, se comprende la polémica entre ambos y, en particular, el tono de la confrontación impuesta por Recabarren, necesitado de diferenciar el naciente POS respecto de su “padre”: el PD.

Por último, las diferencias entre la FOCH y Recabarren también se evidenciaron en torno a la huelga que realizaron los trabajadores a jornal de ferrocarriles (palanqueros y cambiadores) de Valparaíso en octubre de 1913, producto de la proclamación de un decreto ministerial que obligaba al personal a fotografiarse con fines identificatorios. Muchos trabajadores rechazaron cumplir con esta medida por temor a que aumentara el poder de represalia de la empresa, pero el gobierno no aceptó discusión argumentando que era necesario para evitar pérdidas por robo. Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, los trabajadores declararon la huelga y, a pesar de que el decreto ministerial no se llevó a cabo por el momento, el movimiento no concluyó bien por falta de apoyo. Paulatinamente se incorporaron a la huelga otros sindicatos como los maquinistas, pero la FOCH no adhirió. Santiago Ramírez, Presidente de la Federación de Empleados a Jornal de Valparaíso, envió a raíz de esto, una carta a *El Despertar* para “aclarar los elementos que componen la famosa Gran Federación Obrera de Chile”, en la cual expresó: “nosotros tenemos que censurar la cobarde actitud que asumieron los federados de la nombrada institución en la huelga (...). Son los únicos culpables que hayamos fracasado” (*El despertar de los trabajadores* 3 de febrero de 1914). Los reproches a la postura de la FOCH, seguro también provinieron de la recién formada Federación Obrera Regional de Chile (FORCH), organización gremial de resistencia anarquista, que también participó en este movimiento huelguista. Grez menciona, en relación a la opinión de los anarquistas sobre la FOCH, que “los libertarios aplaudieron su surgimiento, pero a muy poco andar, sus esperanzas se vieron defraudadas, puesto que no se convirtió en un centro de reagrupación de las sociedades de resistencia que impulsara la acción directa, siguiendo, en cambio, un curso de acción

moderada de acuerdo a los principios mutualistas, lo que le valió la crítica implacable de los anarquistas” (2007:227).

Gentoso ante estas críticas justificó su postura:

Declararlas porque sí, como lo sostiene el farsante de Recabarren, es una calaverada y más que esto un crimen imperdonable que cometen los que lanzan descabelladamente a los obreros a una huelga en que no hay probabilidades de éxito. El atacar y calumniar a una sociedad porque no es francamente religiosa y porque no se declaró en huelga es una estupidez sectaria que ningún socialista juicioso y perspicaz puede aceptar en nombre del socialismo (La Locomotora 28 de marzo de 1914).

La FOCH, en palabras de Gentoso, sostenía que la huelga era una poderosa arma, pero siempre y cuando estuviera bien organizada y estallara en un momento preciso para que las reivindicaciones obreras tuvieran posibilidades de triunfo. Para lo cual, era necesario que la asociación que la emprendiera tuviera los recursos suficientes y una sólida organización.

Un factor importante para este pensamiento, como se ha mencionado, fue la clara influencia y cercanía con el PD y, a su vez, la tradición negociadora de los gremios ferroviarios. Por otra parte, la FOCH probablemente representaba más a los trabajadores a contrata que a jornal y, a los más calificados que a los menos, por lo que no iba a arriesgar una derrota.

No obstante, a la luz de la prensa fochista, se constata que las diferencias entre Recabarren y Gentoso no impidieron la incorporación de socialistas a la FOCH (ex militantes del PD, de otras tiendas o independientes), incluso más temprano de lo pensado. El primer indicio fue entregado por el propio Gentoso en respuesta a Recabarren: “en la FOCH entre sus socios hay de todos los colores políticos, sin excluir a prestigiosos miembros del Partido Socialista, y el presidente de la Junta Ejecutiva es un distinguido miembro del Partido Radical” (*La Locomotora* 27 de diciembre de 1913). Por otro lado, el consejo federal de Concepción en mayo de 1914 envió a la Junta Ejecutiva de Santiago una nota con el objetivo de desmentir los artículos publicados en *El Despertar*, a causa de la acusación a la FOCH de estar influenciada por el clericalismo. Se señala en esta carta que la tolerancia es lo que había caracterizado a su consejo, lo cual había permitido reunir a obreros de distintas religiones y bandos políticos. Prueba de ello, era la bendición del estandarte y una campaña anti clerical llevada a cabo en Concepción en la que no hubo protesta de ningún federado. Por último, se enfatizaba que para quienes era más extraña esta

odiosa campaña era para “los correligionarios del señor Recabarren que, en número considerable, son al mismo tiempo tenaces propagandistas de la FOCH y convencidos e incansables defensores del socialismo, sin que por esto se vean jamás discordias internas en nuestro consejo” (*La Locomotora* 1º de mayo de 1914).

Si bien a través de estos escritos encontramos una sensibilidad socialista en el interior de la FOCH, vaga y ecléctica como era ese pensamiento en el Chile de la época, aún no es suficiente para una cristalización del discurso socialista más allá de la incorporación del concepto y la formalización de sus diferentes interpretaciones mediante la polémica recién analizada. Hasta fines de 1914 no es posible develar a aquellos federados que se definían socialistas y tampoco si eran o no militantes del POS. La visibilización de una identidad socialista comenzará a verificarse durante el conflicto ferroviario de 1916.

En todo caso, lo concluyente de estas discusiones fue sin duda que confirmaron la incipiente instalación –tal vez presionada por las mismas críticas– de las categorías “socialismo” y “socialista” en los discursos de la FOCH previo a la hegemonía del socialismo de Recabarren en la Convención de 1919, así como el principio del interés por empezar a comprender y definir el socialismo, sus diferentes interpretaciones y las luchas gremiales y políticas que nutrieron dicha polémica. El socialismo como discurso será después más fácilmente desarrollado al interior de la FOCH, pero no exento de polémicas, tras aquella Convención, gracias a esta temprana instalación.

A modo de conclusión

El propósito de este artículo fue analizar la emergencia e incorporación del discurso socialista en la Federación Obrera de Chile entre 1913 y 1915, a través de las polémicas de prensa entre Gentoso y Recabarren. Los aspectos que envolvieron dichos artículos estuvieron relacionados con el anticlericalismo, la dirigencia demócrata de varios dirigentes fochistas, el tipo de organización que representaba la FOCH y la huelga. Estos aspectos claramente fueron el resultado de las duras críticas que Recabarren escribió y divulgó en contra de la FOCH. Gentoso, por su parte, frente a estos ataques comenzó a argumentar férreamente que el “socialismo de Recabarren” distaba del “socialismo”, entendido como ideal supremo de justicia y transformación social, iniciándose así una controversia que no sólo demostró ser una rencilla entre dos ex correligionarios del PD, sino que una disputa de tipo doctrinaria. También demostró la polisemia de la voz socialista en la FOCH de entonces.

Este fue el primer encuentro –o desencuentro y fricción– entre la FOCH y el socialismo, constituyendo el punto de inflexión en el proceso de transformación al socialismo, debido a que constató la incipiente instalación de este ideario en términos discursivos, habilitando, de esta manera, el camino para implementar los cambios requeridos después de la Convención de 1919. Sumado a esto, el conflicto también mostró a los idearios políticos que disputaban a la FOCH en un contexto donde los contornos de las ideologías eran borrosos.

Ciertamente, el término de la afiliación demócrata de Recabarren en mayo de 1912 y la consecuente formación del POS, fueron las bases que fundamentaron el lugar desde el cual realizó sus elaboraciones discursivas en contra de la FOCH, que, de paso, fueron dejando la estela de las ideas que conformaron su camino hacia su representación del socialismo.

Por su parte, Gentoso en su reflexión sobre el socialismo fue esbozando una serie de consideraciones en torno a su significado, implicando en primera instancia la denominación de una corriente política al interior del movimiento obrero, representando así al socialismo como un “medio más” entre otros para alcanzar ciertos fines políticos y sociales. Tras ello se expresaba una opinión favorable, entendido como un ideal inalcanzable aún en nuestro contexto, pero, a su vez, consideraba que era posible ejercerlo cotidianamente a través de la práctica gremial. Una forma de vivirlo, a su juicio, se daba a través del interés y la discusión de temas concernientes tanto a socialistas como a federados.

Hacia fines de 1914, pese a las referencias alusivas a la incorporación de socialistas a la FOCH, no fue posible develar a aquellos federados que se definían socialistas, y tampoco si eran o no militantes del POS. Sin embargo, la presencia de una identidad socialista comenzó a verificarse muy poco tiempo después durante la huelga ferroviaria de 1916.

Referencias bibliográficas

Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Engels, Friedrich (1967), *El anti-Dühring o la revolución de la ciencia de Eugenio Dühring*, Buenos Aires, Claridad.

Grez, Sergio (2000), “Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)”, *Historia* (Santiago), vol.33, pp. 141-225.

_____ (2007), *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*, Santiago, LOM Ediciones

_____ (2011), *Historia del Comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*, Santiago, LOM.

_____ (2012) “Reglamentarios y doctrinarios: las alas rivales del Partido Democrático de Chile (1901-1908)”. *Cuadernos de historia* (Santiago) (37), 75-130.

Koselleck, Reinhart (2001), *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós.

Lichthem, George (1975), *Breve Historia del socialismo*, Madrid, Alianza Editorial.

Massardo, Jaime (2008), *La formación del imaginario político de L.E Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena*, Santiago, LOM

Pinto, Julio y Valdivia, Verónica (2001), *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, LOM.

Pinto, Julio (1999), “Socialismo y Salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista”, en *Historia* N°32, PUC.

Thompson, Edward P (1981), *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica –Grijalbo.

Williams, Raymond (1980), *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Península.

Fuentes primarias:

El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 1912-1921.

La Locomotora, Santiago, 1912-1915.

López, Osvaldo, *Diccionario biográfico obrero*, Santiago, Impr. y Enc Bellavista, 1912.

LAS TEORÍAS DE LA DEPENDENCIA Y LA CUESTIÓN DEL ESTADO EN AMERICA LATINA: REFLEXIONES CRÍTICAS (Y AUTOCRÍTICAS) EN LA BISAGRA DE LOS AÑOS SETENTA Y OCHENTA

Andrés Tzeiman¹

Resumen/*Abstract*

El presente artículo pretende llevar a cabo una revisión de un conjunto de textos escritos en un momento muy particular y fugaz en el marxismo latinoamericano. Nos referimos a un cúmulo de producciones que se llevaron a cabo en la bisagra de los años setenta y ochenta. Hablamos de un contexto de derrota para los sectores subalternos, luego del proceso de avance popular ocurrido en la región durante los años sesenta y la primera mitad de los setenta. En ese cruce de décadas, tras la irradiación de los estudios sobre la dependencia en América Latina, las preocupaciones de tales enfoques se intersectan con una indagación en torno del fenómeno estatal. En estas páginas realizaremos una revisión de dicho momento de reflexión teórica, a partir del análisis de algunos trabajos de cuatro figuras del marxismo latinoamericano: Norbert Lechner (alemán, naturalizado chileno), Agustín Cueva (ecuatoriano), René Zavaleta (boliviano) y Marcos Kaplan (argentino).

Palabras Clave: Estado, dependencia, marxismo, América Latina.

THEORIES OF DEPENDENCE AND THE QUESTION OF THE STATE IN LATIN AMERICA: CRITICAL (AND AUTOCRITICAL) REFLECTIONS IN THE HINGE OF THE SEVENTIES AND EIGHTIES YEARS

This article aims to carry out a review of a set of texts written at a very particular and fleeting moment in Latin American Marxism. We refer to the number of productions that took place at the frontier of the seventies and eighties. We are meaning a context of defeat for the subaltern sectors, after the process of popular advance in the region occurred during the sixties and the first half of the seventies. In this hinge of decades, after the irradiation of studies on dependency in Latin America, the concerns of such approaches intersect with an inquiry about the state phenomenon and its Latin American specificity. In these pages, we will review this moment of theoretical reflection, by the analysis of some work of four figures of Latin American Marxism: Norbert Lechner (German, Chilean naturalized), Agustín Cueva (Ecuadorian), René Zavaleta (Bolivian) and Marcos Kaplan (Argentinian).

Keywords: State, dependency, Marxism, Latin America.

¹ Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: andrestzeiman@hotmail.com



Introducción: pensar el Estado en tiempos de derrota

El segundo quinquenio de los años setenta mostraba un panorama bastante desolador en América Latina. Especialmente en lo relativo a la situación política en el Cono Sur. Realizando un paneo por los distintos países que integran a ésta última subregión, se podía observar sin dificultades que la instauración de dictaduras cívico-militares resultaba allí predominante.

Buscando graficar lo que sucedía en ese entonces, en un artículo titulado *América Latina en el último quinquenio: 1976-1980*, publicado en 1980 en la revista *Araucaria* (cuyo director, desde el exilio, era el dirigente comunista chileno Volodia Teitelboim), el sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva retrataba de la siguiente forma el paisaje político que reinaba en la región en los últimos años de la década del setenta:

Un breve recuento de la situación de América Latina al comenzar la segunda mitad de la década pasada [la del setenta] sirve para recordarnos el panorama harto deprimente que caracterizaba a la región en aquel entonces. La dictadura militar del país más importante del subcontinente, el Brasil, parecía estar plenamente consolidada al cabo de doce años de ejercicio del poder y dotada de una gran capacidad de expansión en todos los órdenes. En Bolivia, país tradicionalmente turbulento, la dictadura de Banzer tenía visos de haber impuesto, <<por fin>>, un orden estable pro imperialista. Uruguay y Chile sufrían, por su parte, los más rigurosos efectos de los regímenes fascistas instaurados desde 1973; mientras en la Argentina el gobierno de la señora Estela Martínez de Perón se desmoronaba, dando paso a la férrea dictadura del general Videla. Sojuzgado por la tiranía de Stroessner desde 1954, el Paraguay no hacía más que corroborar el trágico cuadro del Cono Sur de América Latina. (Cueva, 1980: 7).

No hacen falta mayores precisiones para afirmar que el contexto latinoamericano resultaba, en ese entonces, demasiado sombrío. Sin embargo, en materia teórica, dicha situación concitó un profundo interés en la intelectualidad crítica de la región, ligado tanto a la necesidad de explicar el fenómeno de las dictaduras emergentes, como a reflexionar sobre la estrategia que debían adoptar los movimientos populares en los diferentes países, con el objeto de acabar con los regímenes de facto, y a su vez, reinstaurar condiciones favorables de lucha de cara a la transformación del orden social.

Por esa razón, el fin de los setenta y comienzo de los ochenta no resultó residual en términos de producción teórica. Por el contrario, aquellos años en el marxismo latinoamericano fueron sumamente prolíficos en varios aspectos. Así, en dicho contexto de derrota, se iniciaba un proceso de reflexión por parte de numerosos intelectuales de nuestra región, quienes por esos años intentaron no solo realizar un balance político acerca del retroceso de los sectores subalternos en nuestras tierras, sino también elaborar una autocrítica sobre las lentes teóricas con las cuales las izquierdas habían interpretado el devenir de los procesos sociales durante los decenios del sesenta y buena parte del setenta. En aquel escenario intelectual de fines de los setenta y comienzos de los ochenta, de reflexión desde la derrota, sumamente prolífico en cuanto a la producción teórica, despuntan un conjunto de contribuciones que consideramos particularmente valiosas. Hablamos de referentes del marxismo latinoamericano que en ese período se abocaron a reexaminar los aportes del amplio y heterogéneo conjunto de enfoques conocido como “teorías de la dependencia”, y en función de un análisis crítico sobre ellos, trataron de señalar sus virtudes y desaciertos, colocando un énfasis especial en la cuestión del Estado y el poder político en clave latinoamericana.

En este artículo abordaremos diferentes aportes teóricos en torno a la conceptualización del Estado, y en particular, a la especificidad latinoamericana del fenómeno estatal, que se produjeron críticamente (o en algunos casos, autocríticamente) con respecto al horizonte conceptual de la dependencia y el desarrollo en América Latina (predominante en los intelectuales marxistas de las ciencias sociales latinoamericanas). Aunque, ciertamente, las contribuciones sobre las que nos concentraremos en las páginas siguientes, estuvieron un tanto dislocadas temporalmente en relación con el núcleo más fuerte de trabajos que se habían inscripto en ese *locus* de discusiones en los años sesenta y la primera mitad de los setenta. Nos referiremos, por tanto, a las *resonancias tardías* del debate sobre la dependencia y el desarrollo en América Latina. Hablamos, así, de reflexiones que marcan un desplazamiento en términos de inquietudes teóricas, signado por cierto abandono de problemáticas conceptuales y políticas tales como las clases sociales, los modos de producción y el imperialismo (tópicos predominantes en los sesenta y la primera mitad de los setenta), para inclinarse hacia un estudio más enfocado sobre las dimensiones de lo político y lo estatal.

Con el propósito de analizar la productividad teórica del desplazamiento señalado en el párrafo, en las siguientes páginas intentaremos recuperar a cuatro figuras del marxismo latinoamericano que en el cruce de los años setenta y ochenta se dedicaron a reflexionar acerca de la cuestión estatal, en su relación con el

fenómeno de la dependencia en América Latina. A continuación, repasaremos los aportes teóricos realizados por Norbert Lechner (alemán, aunque naturalizado chileno), Agustín Cueva (ecuatoriano), René Zavaleta Mercado (boliviano) y Marcos Kaplan (argentino).

Norbert Lechner: el Estado latinoamericano ante la hegemonía externa y la heterogeneidad estructural
Como señalamos en la introducción, las contribuciones teóricas acerca del fenómeno estatal que rescataremos a lo largo de las siguientes páginas fueron parte de un movimiento del universo intelectual crítico de América Latina, que se desplazó hacia un creciente interés por el estudio de la cuestión estatal. Tal es así que, como sostiene Norbert Lechner, en la segunda mitad de los años setenta hasta el comienzo de los ochenta, el Estado se convirtió en el eje aglutinador de la investigación social en América Latina (Lechner, 2006a: 349-350). En la *Presentación* del libro titulado *Estado y política en América Latina* – publicado en 1981, en el que compilara artículos escritos por destacados intelectuales latinoamericanos– el mencionado politólogo chileno-alemán explicaba con claridad la relevancia del estudio del fenómeno estatal en nuestra región en aquel contexto:

Las dificultades por precisar qué y cómo es el estado capitalista sui generis en la región revelan un “déficit teórico” que contrasta con la movida lucha política. Precisamente porque los conflictos en las sociedades latinoamericanas siempre involucran al estado, su insuficiente conceptualización deja de ser un asunto académico. Presumo que a las recientes crisis políticas no les es ajena una crisis del pensamiento político. (Lechner, 2000: 7; énfasis del original).

Pues bien, tomando como marco el contexto de derrota política de las izquierdas en América Latina, en el que germinaba un naciente cúmulo de reflexiones en clave de teoría política, comencemos ahora la tarea de recuperar las distintas contribuciones que se realizaron por aquellos años en materia de conceptualización sobre el Estado.

Podemos iniciar entonces el itinerario de este artículo revisitando uno de los libros más célebres de Norbert Lechner –que constituye además un clásico de la teoría política latinoamericana–, donde desplegó su mirada crítica sobre el dependentismo: *La crisis del Estado en América Latina*, publicado originalmente en 1977. En el segundo capítulo de aquel trabajo, titulado precisamente *La cuestión del Estado en el capitalismo dependiente*, el autor se dedicó de forma específica a realizar un balance sobre los logros y

vacancias de las teorías de la dependencia en sus análisis de las sociedades de la región. Lechner advirtió allí que, a diferencia del “desarrollismo”, los estudios sobre la dependencia no habían logrado una traducción en la arena política, por lo cual se concentró en encontrar una explicación al respecto. Introdujo a modo de balance, transcurridos por aquel entonces diez años de la publicación original del texto seminal de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto *Dependencia y desarrollo en América Latina*, el núcleo de sus críticas al dependentismo. Sostenía Lechner:

Hoy, revisando los múltiples estudios sobre <<situaciones de dependencia>> podemos apreciar la fecundidad del enfoque, pero también sus trabas (...) Los estudios sobre la dependencia, diría yo, no han logrado determinar lo que era justamente la finalidad del análisis: <<las vinculaciones económicas y político-sociales que tienen lugar en el ámbito de la nación>>. Es decir, que no han logrado establecer la mediación entre Sociedad Civil y Estado en América Latina. Plantean el problema político central del continente, pero no lo resuelven. (Lechner, 2006b: 82-83).

Allí, bajo una inspiración eminentemente *gramsciana*, el politólogo chileno-alemán insertaba en el debate sobre la dependencia un problema sustantivo en la tradición marxista, pero también crucial para la comprensión de las singularidades latinoamericanas: la relación Estado-Sociedad Civil. Pues las mediaciones que vinculan lo económico y lo político en el plano nacional resultan un aspecto vital en vistas de producir una intelección precisa de los procesos sociales. Aparecía allí, por lo tanto, una primera insinuación crítica de Lechner hacia el dependentismo. Según su perspectiva, en los enfoques de la dependencia había sido insuficiente el abordaje de las mediaciones características de las sociedades latinoamericanas. Y en particular, había sido escasamente estudiada aquella que se erige como la principal mediación social en nuestras tierras entre lo económico y lo político: el Estado (entendido, nuevamente bajo inspiración *gramsciana*, en un sentido “ampliado”).

Por esa razón, no resultaba casual que uno de los cuestionamientos más importantes de Lechner hacia el dependentismo se hallara en la escasa atención colocada en el Estado, o bien, en la ausencia de un tratamiento específico sobre la estatalidad, asumiendo en su lugar una concepción de su existencia *qua* aparato estatal. La identificación de Estado con aparato de Estado y con acción gubernamental, colocaba una barrera infranqueable a la posibilidad de investigar el rol del Estado en el desarrollo del capitalismo, así como también su naturaleza en la relación Estado-Sociedad Civil, en su especificidad latinoamericana. Así expresaba el propio Lechner tal impedimento:

[...] [en las teorías de la dependencia] se considera la existencia del Estado nacional como un hecho históricamente dado y –desde el punto de vista teórico- anterior al análisis. No se considera que <<el hecho es hecho>> y que falta investigar la constitución del Estado en América Latina en mediación con el desarrollo del capitalismo. Inconsciente del problema de la articulación interna entre la estructura económica y su organización política se toma al Estado por lo que aparece: la burocracia civil y militar. El Estado es visto sea como interlocutor nacional frente al capital extranjero, sea como fortaleza del capital extranjero para dominar el país. En ambos casos el Estado es limitado y cosificado en aparato estatal. No se analiza al Estado como una esfera social, reduciéndolo así a un mero instrumento [...]. (Lechner, 2006b: 96; énfasis nuestro).

Esto significaba que se volvía necesario un ejercicio de conceptualización y comprensión del fenómeno estatal, con el propósito de captar un doble movimiento. Por un lado, el lugar del Estado en economías que se han insertado plenamente y de un modo subordinado en el mercado mundial. Por el otro lado, el de la estatalidad latinoamericana como forma de mediación social que garantiza el ejercicio de la dominación frente a sociedades débiles, constitutivamente dispersas en cuanto a los componentes que las integran.

Ahora bien, tal captación del doble movimiento característico de las sociedades de la región debe radicar, según Lechner, en una reflexión crítica sobre la forma en que la obra de Marx ha sido recuperada por la intelectualidad de izquierdas para el análisis latinoamericano. Pues los supuestos principales de los que partió el autor de *El capital*, no necesariamente se cumplen a la hora de abordar los problemas de América Latina. Eso invitaba al intelectual alemán naturalizado chileno a regresar una vez más a la particular relación Estado-Sociedad Civil que es propia de nuestra región. Decía Lechner:

El análisis de Marx se basa en dos supuestos: 1) delimitación de la Sociedad Civil a un espacio nacional; y 2) implantación total de las relaciones capitalistas de producción (...) En cambio, lo característico de la situación de dependencia es justamente la ausencia de estos supuestos. En América Latina, 1) la estructura económica desborda el territorio nacional, dependiendo del movimiento del mercado mundial, y 2) las relaciones capitalistas de producción, siendo predominantes, reproducen y producen relaciones de producción pre-capitalistas. Ambos elementos, tanto la dependencia del mercado mundial como la heterogeneidad estructural, distinguen sustancialmente la relación entre Sociedad y Estado en América Latina de la situación que tenía en vista Marx. (Lechner, 2006b: 103-104; énfasis nuestro).

Las sociedades latinoamericanas se caracterizan entonces por la combinación de dos elementos que están indisolublemente ligados. Por un lado, en América Latina predomina una *hegemonía externa*, producto de que el motor de su dinámica histórica se encuentra en el proceso mundial de valorización del capital. Por el otro lado, la convivencia de diversos tipos de relaciones sociales de producción constituye, tal como ha sido mencionado en el capítulo anterior, una *heterogeneidad estructural*, que repercute en la ausencia de una praxis social común. *Hegemonía externa* y *heterogeneidad estructural*, así, son las dos características distintivas de las sociedades latinoamericanas. La dificultad que se presenta en el estudio de América Latina es, por lo tanto, la incongruencia provocada por la situación de dependencia, entre el espacio económico y el espacio político (Lechner, 2006a: 85).

Ese dilema tiene consecuencias a la hora de comprender la naturaleza del Estado latinoamericano. Pues ante la *hegemonía externa* y la *heterogeneidad estructural* se puede observar una doble faceta del Estado en América Latina. Afirmaba Lechner al respecto:

En América Latina, el Estado se encuentra a la vez más y menos excluido, más y menos dependiente de la Sociedad Civil, según consideremos uno u otro elemento. Considerando que el proceso de acumulación pasa por el circuito del mercado mundial, el poder político sólo puede ser un organizador y un garante del proceso de producción. El Estado se encuentra más excluido de la Sociedad en cuanto el motor del proceso económico radica fuera del territorio estatal, en el mercado mundial (...) En cambio, si consideramos la heterogeneidad estructural, el Estado aparece menos excluido y menos dependiente de la esfera económica (...) No se ha constituido una burguesía como clase nacional, clase nacionalmente dominante; el proceso económico requiere la tutela política y los grupos sociales actúan mediante la <<intervención estatal>>. De ahí que el Estado aparezca menos dependiente (...) En este sentido, la <<intervención>> estatal es preponderante y de gran autonomía. Si la dependencia del mercado mundial nos muestra un <<Estado débil>> la heterogeneidad estructural nos muestra un <<Estado fuerte>> (Lechner, 2006b: 104-105).

Es decir que se trata de una especie de identidad bifronte propia de la estatalidad autóctona, que, en cierta medida, explica el excesivo nivel de concurrencia estatal que ha singularizado a los procesos políticos en la región. La interpretación de Lechner sobre el Estado en América Latina nos introduce la centralidad de lo estatal y lo político como momento de síntesis de lo disperso. Síntesis que de lo contrario habría encontrado mayores dificultades a la hora de producir su lugar de unificación. Extremando los argumentos,

podríamos afirmar que quizá, aunque sea en parte, Lechner nos propone una justificación de aquella “sobre acentuación” en lo estatal que caracterizara a los propios “desarrollistas”, o bien, nos explica por qué con tanta naturalidad éstos últimos podían vislumbrar, sin perder con ello un apego bastante próximo a la realidad, la posibilidad de depositar concentradamente en el Estado las expectativas de un proyecto alternativo de desarrollo (aun cuando no explicitaran ni problematizaran las razones por las cuales les resultaba factible hacerlo).

Pues bien, para concluir este breve repaso por los aportes teóricos de Norbert Lechner en torno a los problemas de la dependencia y el desarrollo en la región y su vinculación con lo estatal en su libro *La crisis del Estado en América Latina*, debemos señalar que a través de ese trabajo cumplió la tarea de presentar, según nuestro punto de vista, un problema fundamental de la temática que allí aborda. Y lo hizo por medio de un balance crítico de la producción intelectual dependentista. El interrogante que ha dejado planteado se expresa en las siguientes palabras, que le pertenecen al propio politólogo chileno-alemán: “(...) ¿cuál es la mediación entre lo económico y lo político? (...) No se encuentra en los estudios sobre la dependencia la referencia a una totalidad, que permita establecer las mediaciones entre los procesos económicos y los procesos políticos” (Lechner, 2006b: 108; énfasis nuestro). El autor culmina el capítulo del libro al cual nos hemos referido con un recorrido por posibles modos de integración social en América Latina en el marco de sociedades nacionales que frente a su heterogeneidad estructural han encontrado serios obstáculos para construir una identidad colectiva. Creemos que aquella reflexión final no se corresponde con, ni tampoco agota, la riqueza de las preguntas que deja planteadas. En cualquier caso, la profundización de un abordaje más sistemático del vínculo entre Estado-Sociedad Civil y de las mediaciones entre lo político y lo económico en el marco de sociedades atravesadas por una hegemonía externa y una heterogeneidad estructural, resultan indicaciones que pueden abrir lugar a un vasto y necesario programa de investigación sobre las formas contemporáneas de la dependencia en América Latina.

Agustín Cueva: el Estado latinoamericano bajo el prisma leninista del imperialismo

Por su parte, también el sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva elaboró en este contexto, de fines de los setenta y comienzos de los ochenta, algunos ejes de reflexión acerca del Estado que resultan de sumo interés. El primero de esos ejes se vincula con la pregunta acerca de la existencia (o no) de una teoría general del Estado. Esto es: en qué medida lo estatal puede ser conceptualizado en el mismo nivel de

abstracción, por ejemplo, que el modo de producción. El segundo eje tiene que ver con la especificidad del Estado en América Latina, es decir, su naturaleza y sus determinaciones.

Comenzando por el primer eje, Cueva se pregunta si es correcto evaluar la posibilidad de dilucidar la problemática del Estado latinoamericano a partir de una teoría del Estado “en general”. Pues, en definitiva, sostiene, sería como afirmar que a un modo de producción determinado le corresponde un *tipo de Estado*. Es decir, cuestiona la fertilidad teórica de afirmar que al modo de producción capitalista le corresponde un Estado capitalista con el fin de reproducir dicho modo de producción como tal. El interrogante se vincula con el nivel de pertinencia de un grado alto de abstracción, en este caso para el análisis de las superestructuras. Es que ciertamente, la función del Estado capitalista es reproducir en escala ampliada ese modo de producción. En definitiva, ello es lo único que define a dicho Estado como tal. Mas su expresión formal, su presencia concreta, es imposible de deducir en un nivel tan elevado de generalidad.

Al mismo tiempo, el autor de *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, inscribe sus reflexiones sobre el aspecto formal de las superestructuras, en su inserción en el capitalismo como sistema mundial, un punto que guarda una especial vinculación con la temática de la dependencia y el imperialismo (relación para nada casual, ya que Cueva siempre se mantuvo apegado a la concepción del Lenin de 1916). Pues desde su perspectiva, las tareas a cumplir por la dimensión estatal no pueden ser desvinculadas del desarrollo capitalista que se produce al interior de una nación. La cual, por supuesto, se relaciona tanto con la intensidad de la lucha de clases al interior de sus fronteras como con su ligazón al sistema imperialista. En palabras del propio Cueva:

Y es que el Estado capitalista sólo existe en cuanto forma ya concreta, como Estado capitalista de determinada formación económico social, con todas las determinaciones histórico-estructurales allí presentes, resultado tanto de un específico desarrollo interno como del lugar que cada formación ocupa en el seno del sistema imperialista. Y es precisamente la configuración de cada formación la que determina en última instancia la forma del Estado capitalista, de acuerdo con el grado de intensidad y desarrollo de las contradicciones acumuladas en su interior, de la posibilidad objetiva de atenuación o acentuación de las mismas, y de las tareas (funciones concretas) que de allí se desprenden para la instancia estatal. (Cueva, 1981: 259; énfasis del original).

La *forma* concreta del Estado capitalista se vislumbra, según Cueva, al nivel de la formación económico-social. Aparece en ese sentido una cercanía con respecto a las reflexiones que en materia de teoría del Estado realizara René Zavaleta (sobre quien nos detendremos más adelante) en los comienzos de los años ochenta. Dicho intelectual boliviano postula la infertilidad de una teoría general del Estado, pues la considera impertinente en cuanto al nivel de abstracción necesario para analizar ese fenómeno. De tal manera, propone la utilización de categorías intermedias que permitan describir con mayor rigurosidad la autonomía de lo político. En esa sintonía, en su artículo titulado *El Estado en América Latina*, Zavaleta afirmaba:

Ahora bien, el ciclo de rotación, o la generalización de la forma valor, o el desdoblamiento de la plusvalía, nos dan la medida en que se obtienen sus resultados, es decir, el grado del Estado o la dimensión de totalización, pero no nos explican el carácter de los mismos (...) En otros términos, es por esto que las categorías intermedias, predominantemente históricas, como formación económico-social, bloque histórico, superestructura, hablan de la diversidad o autoctonía de la historia del mundo y en cambio el MPC [modo de producción capitalista] considerado como modelo de regularidad se refiere a la unidad de esta historia o mundialización de la historia. Esto mismo es sin duda un obstáculo, no meramente argumental para una “teoría general” (Zavaleta, 1990a: 168-169; énfasis del original).

Por supuesto, este aspecto está vinculado con el segundo eje de reflexión sobre el fenómeno estatal que mencionáramos en la producción de Cueva por aquellos años: el Estado en América Latina. Pues tanto él como Zavaleta, en definitiva, de manera explícita o implícita, cuando señalan la impertinencia de una teoría general del Estado, están pensando en la necesidad de profundizar el análisis sobre lo estatal en función de las características concretas que aquél asume en la realidad latinoamericana.

En esta dimensión, el sociólogo ecuatoriano otorga un papel protagónico al carácter dependiente de las sociedades de la región. Es que para el autor de *Entre la ira y la esperanza*, la definición del Estado y sus características no puede escindirse del rol que esa nación desempeña en el sistema mundial. Pues las reflexiones de Cueva sobre lo estatal se enmarcan en la teoría leninista del imperialismo. La especificidad latinoamericana está dada, en parte, por su inserción en un sistema imperialista, el cual tiene fuertes repercusiones en el establecimiento de funciones estatales.

Al mismo tiempo, existen otros dos factores que van a influir poderosamente en la naturaleza del Estado capitalista en América Latina. Nos referimos, por una parte, a la forma en que en nuestros países se produce la construcción de los Estados nacionales. Esa *vía reaccionaria*, tal como la describiera el propio Cueva (2009) en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, dotada de signos autoritarios y despóticos para garantizar la unificación e integración económica, va a impactar en el desenvolvimiento de las tareas estatales. Por otra parte, hablamos de sociedades heterogéneas donde, al igual que señaláramos junto a Lechner en el apartado anterior, están articulados distintos modos de producción y, por lo tanto, se conforma una compleja estructura de clases.

Pues bien, el carácter dependiente y subdesarrollado de América Latina, repercute en todos los niveles de la sociedad, incluido en la esfera estatal, estructurando sus competencias y funciones. Así lo define Agustín Cueva, inscribiendo sus reflexiones en la tesis leninista de la agudización y acumulación de contradicciones en las áreas periféricas del capitalismo:

[...] las áreas de mayor acumulación de contradicciones (“eslabones débiles”) coinciden con el espacio de los países llamados subdesarrollados y dependientes. Lo que, es más, creemos legítimo sostener que es aquella acumulación la que define el carácter de estos países, no sólo en lo que a su base económica concierne sino también y correlativamente en lo que atañe a su instancia estatal. En efecto, ésta se constituye como una superestructura sobrecargada de “tareas” en la medida en que: a) tiene que asegurar la reproducción ampliada del capital en condiciones de una gran heterogeneidad estructural (...); b) tiene que llevar adelante ese proceso de reproducción en medio de un constante drenaje de excedente económico hacia el exterior (...); y c) tiene que imponer cierta “coherencia” a un desarrollo económico-social inserto en la lógica general de funcionamiento del sistema capitalista imperialista, cuando a veces ni siquiera está concluida la tarea de integración de un espacio económico nacional y de la nación misma (Cueva, 1981: 260; énfasis nuestro).

Resulta de especial interés, desde nuestro punto de vista, cómo el sociólogo ecuatoriano en la cita anterior articula sus aportes sobre el Estado con el problema de la dependencia. Pues, en sintonía con su crítica al dependientismo realizada tempranamente (en 1974, en un artículo titulado *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*), Cueva (1979) supo explorar esa relación (Estado-dependencia), considerando de forma consciente que ella había sido relativamente descuidada, en sus distintas vertientes, por las teorías de la dependencia.

René Zavaleta: el Estado, entre la forma primordial y la determinación dependiente

Nos toca ahora desplazar nuestra atención hacia otro intelectual que destinó grandes esfuerzos teóricos a reflexionar sobre lo estatal en la intersección de los años setenta y ochenta. Nos referimos a René Zavaleta Mercado, ya mencionado más arriba en estas páginas. Este pensador boliviano dedicó numerosos pasajes de sus trabajos –y también artículos completos–, a la comprensión del fenómeno estatal en sociedades dependientes. Si bien muchas de sus definiciones teóricas no tienen exclusivamente un alcance latinoamericano, creemos que de cualquier manera ellas abrevan en una realidad como la de nuestra región, que se mostraba “disponible” frente a los razonamientos zavaletianos.

En un artículo publicado en 1982, titulado *Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial*, Zavaleta sostenía que la dependencia se trata de un “hecho particular”. Es decir, que no existe un único modo de procesar la determinación dependiente, sino de acuerdo con un conjunto de características de cada formación económico-social, en el marco de fluctuaciones en el “grado de emisión” del “flujo externo”, las diversas naciones procesan de formas diferenciadas la dependencia. En ello desempeña un rol sustancial aquello que Zavaleta llamara el “auge democrático de la multitud”, o bien, “el grado de autodeterminación de las masas”. Por eso, según el intelectual boliviano, la potencia democrática del pueblo resulta la *medida negativa de la dependencia*.

Ahora bien, en el marco de esas reflexiones, en un artículo publicado un año después, aparece con centralidad el fenómeno estatal. Nos referimos al trabajo, ya mencionado más arriba, que llevara por título *El Estado en América Latina*. Allí, irrumpe el interrogante por el carácter del Estado en nuestra región y por la medida en que, de acuerdo con nuestras formaciones económico-sociales, la dimensión estatal podía desempeñar un papel progresivo en la lucha de clases. En el artículo de referencia, Zavaleta plantea esa pregunta al detectar, precisamente, la singularidad de que, en diversas ocasiones de la historia latinoamericana, el Estado supiera cumplir un rol tan transformador como los movimientos de masas, cuestionando de esa forma la concepción inmediateista según la cual éstos últimos serían naturalmente portadores de la democracia (Zavaleta, 1990a: 163). Tal interrogante lleva a Zavaleta a plantear teóricamente el problema de aquello que él denomina la “ecuación social”. Una categoría en la que se puede divisar con claridad meridiana el filón *gramsciano* que está presente en los últimos textos del autor de *Lo nacional-popular en Bolivia*:

La manera abigarrada que tienen las cosas al entrelazarse propone por sí misma el concepto de ecuación social o sistema político, que es una de las acepciones que daba Gramsci al bloque histórico: el grado en que la sociedad existe hacia el Estado y lo inverso, pero también las formas de su separación o extrañamiento. El análisis mismo del Estado como aparato y como ultimidad clasista sugiere la forma de su relación con la sociedad civil. Por razones propias de cada caso, hay ecuaciones en las que la sociedad es más robusta y activa que el Estado, ecuaciones donde el Estado parece preexistir y predominar sobre la sociedad, al menos durante períodos determinados y sistemas donde hay una relación de conformidad o ajuste. Esa relación supone un movimiento y por eso es tan absurdo hacer clasificaciones finales sobre ello. La cualidad estatal, no estatal o intermedia de una instancia depende de su momento. (Zavaleta, 1990a: 177; énfasis nuestro).

Zavaleta llama “ecuación social” a las múltiples formas de entrecruzamiento, separación o extrañamiento que existen entre Estado y sociedad civil (o mejor, siguiendo más estrictamente al autor, entre la sociedad civil, las mediaciones y el momento político-estatal). Al igual que lo manifestaba Lechner, este intelectual boliviano hace referencia a la dislocación que produce la determinación externa (en otros términos, la dependencia) en la “ecuación social”. Y ello ocurre en diferentes niveles. Es decir, no solo como producto del “grado de emisión” según la coyuntura internacional, sino también de acuerdo con la forma particular en que se llevan a cabo las constricciones y la injerencia externas en cada plano nacional. Pues como sostiene Zavaleta “(...) el grado de autonomía del acto hegemónico es casi un coeficiente del desarrollo estatal, porque el Estado debe intervenir más donde hay menos desarrollo de la sociedad civil.” (Zavaleta, 1990a: 128). Así, según como fuera procesada la dependencia y en acuerdo con el modo en que ella se produjera, en aquellos países donde existió un mayor despliegue de la sociedad civil, el Estado pudo cobrar mayor autonomía, y viceversa.

De cualquier manera, el énfasis de Zavaleta se coloca en remarcar el carácter aleatorio de las mediaciones y las instancias. Por eso, resulta imposible desde su punto de vista pensar en una idea inmutable de Estado que lo considere desde un elevado nivel de generalidad en cuanto a su accionar en la sociedad, como progresivo o reaccionario. Más bien, el autor de *El poder dual* insiste en que la especificidad de América Latina, en función de las características de sus formaciones económico-sociales, en ciertos contextos ha podido encontrar en el Estado un lugar progresivo. Porque frente a la dislocación provocada por la determinación externa, junto con el fenómeno del abigarramiento social, el Estado se ha erigido en determinadas circunstancias como único lugar de unidad de lo popular. Ante la debilidad del acto

hegemónico, en naciones construidas “desde arriba” y en el marco de una inserción subordinada en el mercado mundial capitalista, ha sido posible que el pueblo encuentre serias dificultades para unificarse a sí mismo. Ello, por tanto, le ha otorgado un espacio singular a la instancia estatal. A contrapelo, una lectura que llegara a hipostasiar el significado de las diversas instancias que componen cada “ecuación social” implicaría, en palabras de Zavaleta, “la ruina del análisis político”, o incluso, “una historia paralizada”.

Esto nos devuelve nuevamente a lo que sosteníamos, en sintonía con ciertos razonamientos de Agustín Cueva arriba reseñados, acerca de la posibilidad (o no) de producir una teoría “general” del Estado. Si las “ecuaciones sociales” resultan divergentes y si son el producto de la complejidad del desarrollo histórico, la construcción de una teoría del Estado reducible a ciertos rasgos efectivamente existentes en las sociedades capitalistas como “modelo de regularidad”, se presenta como una tarea infructuosa. Pues dichos rasgos se estancan en un carácter meramente descriptivo, impotente para avanzar sobre aspectos sustanciales de la estatalidad. En palabras de René Zavaleta:

La ecuación o el bloque, tiene entonces elementos verificables de historicidad y azar, no es una estructura predicha. Es una obra de los hombres materialmente determinados, algo que pudo haber sucedido de manera distinta a cómo sucedió. Como en todo modelo superestructural, podemos obtener algunas series causales o líneas de agregación, pero en último término la teoría del Estado, si es algo, es la historia de cada Estado. Lo que importa, por tanto, es el recorrido de los hechos en la edificación de cada Estado (Zavaleta, 1990a: 180).

Otro aporte interesante en Zavaleta, vinculado al concepto de “ecuación social”, tiene que ver con una preocupación que resulta medular en varios de sus últimos trabajos: el problema de la revolución en sociedades nacionales signadas por situaciones de dependencia. Pues la hipótesis que el intelectual boliviano pretende refutar es aquella según la cual la existencia de un excedente económico permite mejores condiciones para la emergencia de una crisis revolucionaria. Por el contrario, Zavaleta tiende a afirmar que la relación que existe entre excedente y disponibilidad, resulta una “disgresión compleja”. Y en ese sentido, en *Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial*, concluía:

Eso significa que si la reducción de la disponibilidad al excedente económico es una variante pirrónica de corte economicista, su reverso, es decir, la disponibilidad entendida como un acto infuso, nos llevaría a

entenderla como una especie de entrega mesiánica (...) La situación revolucionaria o si se quiere la crisis nacional general como catástrofe propia de nuestra época es una forma típica de disponibilidad determinativa que tiene que ver sólo de manera mediata con su causa económica (...) Es la profundidad de la ruptura de la episteme colectiva y el estado de fluidez consiguiente lo que en verdad importa. (Zavaleta, 1990b: 133; énfasis nuestro).

Afirmábamos antes de la última cita que la relación entre excedente y disponibilidad se relaciona con el concepto de “ecuación social”, pues de lo contrario éste último se presentaría como indeterminado. Para Zavaleta, la relación Estado-Sociedad civil se establece dentro de condicionamientos estructurales, entre los cuales, uno de ellos, es precisamente la disponibilidad del excedente. Entonces, la posibilidad de constitución de mediaciones fuertes, que logren acercarse a la conformación de un “óptimo” entre Estado y Sociedad Civil, no es posible sin la existencia de un excedente (razón por la cual, en Zavaleta, la versión “culturalista” de Gramsci y del concepto de *hegemonía* es sepultada). Así explicaba este aspecto en *Lo nacional-popular en Bolivia*:

Si por mediación se entiende la transformación de la furia del oprimido en una parte del programa del opresor, lo cual es después de todo una relación hegemónica, es obvio que la mediación es tanto más posible cuanto más amplio es el excedente porque representar al Estado ante la sociedad y a la sociedad ante el Estado es algo que contiene dinero, prebendas o gratificaciones. (Zavaleta, 2008: 35).

En síntesis, en la batería conceptual que acuña Zavaleta sobre la base, fundamentalmente, de sus lecturas en torno a la experiencia histórica de América Latina, el análisis de la dependencia no deja lugar para un reduccionismo economicista. Ello repercute en (y a la vez, parte de) un interés especial por lo político y lo estatal. En ese sentido, la categoría de “ecuación social” es una llave teórica imprescindible en Zavaleta para comprender la especificidad de las formaciones económico-sociales. Pero, ante todo, ella permite pensar el lugar de la estatalidad, en tanto lo estatal no ocupa un espacio residual en la intelección del conjunto social, sino que representa un aspecto fundamental en su particular vinculación o extrañamiento con la sociedad civil. El excedente, sin dudas, es una dimensión crucial para comprender las posibilidades y modos de articulación entre Estado y Sociedad Civil, pero no representa una explicación suficiente. En tal caso, en Zavaleta, la conjugación de un análisis del excedente y de la historia de edificación de cada

Estado –como en el ejercicio práctico llevado a cabo en *Lo nacional-popular en Bolivia*–, constituye su aporte teórico y metodológico para reflexionar sobre el fenómeno estatal en sociedades dependientes.

Marcos Kaplan: el “Leviathan criollo”

Pues bien, otro intelectual que dedicó importantes trazos de sus escritos en la bisagra de las décadas del setenta y el ochenta a reflexionar en torno a la dimensión estatal fue el argentino Marcos Kaplan. En varios de sus más importantes trabajos el Estado es un aspecto en el que concentra la atención a la hora de explicar la realidad histórica y la dependencia de América Latina. En ese sentido, en el comienzo de uno de sus textos fundamentales, titulado *Aspectos del Estado en América Latina*, Kaplan es contundente sobre la centralidad del fenómeno estatal en el abordaje de la dependencia y el desarrollo: “Los problemas del desarrollo y la crisis política de América Latina han colocado en el centro del interés y de la discusión la cuestión de las relaciones entre la sociedad y el Estado, la naturaleza y funciones de éste, su dependencia y su autonomía relativa respecto a la primera.” (Kaplan, 1981: 11).

Un primer elemento sobre el que focaliza Kaplan con respecto a lo estatal remite, como punto de partida, a una cuestión extensamente debatida en el seno de la tradición marxista: la relación entre estructura y superestructura. Cuestionando tanto la idea de correspondencia necesaria como la de un condicionamiento unidireccional, Kaplan se encarga de señalar la relación dialéctica que existe entre ambas esferas. Con sus propias palabras:

Es indispensable entonces superar las formas de reduccionismo que otorgan primacía exclusiva y excluyente a lo infraestructural o a lo superestructural, y caen en el punto muerto de la dependencia o de autonomía absoluta de lo político, simplificando groseramente la realidad.

Se trata de explorar la naturaleza de la relación dialéctica entre infraestructura y superestructura como dos momentos igualmente condicionantes y determinantes y, más en general, los lazos e interacciones entre las diversas instancias y polos generadores, estructurado-estructurantes, que en conjunto configuran y mueven una sociedad. (Kaplan, 1981: 23-24; énfasis del original).

Aquel aspecto que Kaplan insiste en remarcar, entonces, es la crítica tanto al “reduccionismo” como al “politicismo”. Es decir, a la hora de analizar la cuestión estatal busca impugnar la noción según la cual la economía tiene inobjetable primacía sobre la política, al punto de concebir esa relación bajo la forma de

una determinación. Pero, al mismo tiempo, rechaza aquellas miradas a partir de las cuales el Estado se presenta como exento de determinaciones. En ese sentido, este intelectual argentino, quien fuera profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México durante largos años de su vida, explicaba la relación entre estructura y superestructura de la siguiente manera:

El condicionamiento y la determinación infraestructurales no se ejercen de manera automática, mecánica, inmediata, sino en última instancia, en grandes líneas, a largo plazo. Se manifiestan como, y se ejercen y despliegan a través de y por intermedio de las múltiples formas y procesos correspondientes a la llamada superestructura: tradiciones históricas, ideológicas, costumbres, prácticas, culturas políticas, profesiones políticas organizadas, papeles políticos determinados, aparatos estatales, circunstancias internacionales. La dependencia de lo superestructural hacia lo infraestructural es siempre relativa. Los componentes e instancias de la superestructura, lo político y el Estado, una vez constituidos, tienden a adquirir autonomía relativa, lógica específica, movimiento propio y papel motriz respecto a la infraestructura socioeconómica, sobre la cual pueden ejercer una acción igualmente determinante y condicionante (Kaplan, 1981: 24-25).

Así, Kaplan considera que la especificidad y la eficacia de cada nivel o instancia de lo social, depende de su ubicación en la totalidad, mas no está determinada por ella. Pues en el seno de la totalidad existe una multiplicidad de posibilidades en cuanto a la articulación de las instancias, que nos hablan de su falta de coherencia.

Este último aspecto nos parece central en el planteo de Kaplan, porque otorga un especial significado al lugar de lo político y lo estatal. Dicho nivel específico guarda en la lectura de este intelectual argentino un papel privilegiado como motor de la dinámica histórica, articulado a una totalidad, pero imposible de ser subsumido plenamente a ella. Así desarrollaba este argumento en *Aspectos del Estado en América Latina*:

La superestructura –y en particular lo político- no es simple reflejo de la infraestructura. Expresa sus caracteres y dinanismos y sus tendencias de desarrollo, pero puede actuar en un sentido de refuerzo o modificación, de aceleración o de bloqueo, y modelar así la forma de la sociedad y el curso de la evolución histórica. Lo superestructural concientiza, organiza y moviliza, ideológica y políticamente, a los grupos, y a través de ello, incide en todo lo que ocurre al nivel de las fuerzas productivas, de las relaciones

sociales, de los conflictos de clases. Lo esencial del movimiento histórico se desarrolla en la superestructura y en la instancia política, que en cierto sentido convierten a la infraestructura en su objeto y en su instrumento de acción (Kaplan, 1981: 25; énfasis nuestro).

En ese sentido, Kaplan subraya en la instancia de lo político un problema también clásico en la tradición marxista, que bien puede remitirnos largamente a *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* del propio Marx. Nos referimos a la *autonomía relativa del Estado*. Al referirse a lo estatal, señala que la identificación absoluta entre Estado y clases dominantes resulta imposible. Afirma que, en lugar de una relación mecánica o inmediata entre ambos, más bien es correcto hablar de la necesidad de su autonomización relativa.

De esa manera, Kaplan cuestiona la visión instrumentalista del Estado. Pues desarrolla una crítica a la idea de manipulación incondicional y exterior de la esfera estatal por las clases dominantes. En sus propios términos:

El Estado no puede presentarse como mero instrumento de una clase dominante y defensor de sus intereses y del sistema. Es indispensable que en parte se presente y en parte realmente se sitúe y opere como instancia autonomizada y superior a las clases y grupos, fuerza dominante de la sociedad, aparato de dominación y administración respecto a todas las clases, potencia extraña a sus preocupaciones inmediatas. (Kaplan, 1981: 109; énfasis del original).

Por otra parte, Kaplan se aproxima a una concepción del Estado que ya estaba presente en Marx. Nos referimos a aquella según la cual éste hacía alusión a “la síntesis de la sociedad civil bajo la forma de Estado”. El intelectual argentino, si bien afirma que lo estatal no es expresión de una racionalidad trascendente o inmanente de la sociedad, sí sostiene que resulta un producto de ella, y que constituye “su resumen oficial y simbólico.” (Kaplan, 1981: 48-49). Pero aun cuando la lucha entre clases y grupos en la sociedad se resume en el Estado, vale aclarar que, para Kaplan, no se trata de un resumen que adopta la modalidad de un *reflejo*, sino que se manifiesta de forma *refractaria y transpuesta*. (Kaplan, 1981: 58). Tal como señalara Zavaleta en *El Estado en América Latina*, lo hace como una “síntesis calificada”, o también, usando sus propias palabras, dando su propio color o señal al mensaje emitido por la sociedad.

Concentrando la mirada más específicamente en América Latina, Kaplan observa la singularidad que caracteriza a la dimensión conflictual de la estatalidad latinoamericana. La conclusión a la que llega se asemeja bastante a la “sobrecarga de tareas” a la que se refería Agustín Cueva. La crisis de hegemonía que signa a la región convierte al Estado, según el intelectual argentino, en un escenario de pujas permanentes. Así lo explicaba en su libro titulado *Sociedad, política y planificación en América Latina*:

En virtud de la crisis de hegemonía, ninguna clase o fracción domina total o exclusivamente al Estado, ni puede usarlo de modo irrestricto en función de una estrategia definida y coherente. Todas las clases, capas y sectores pujan sobre y dentro del Estado, en mayor o menor grado y con fuerza variable, para lograr satisfacer sus intereses sectoriales. La acción estatal parece convertirse a menudo en mera resultante inestable del juego de presiones múltiples, que contribuyen a desgarrarla, irracionalizarla y paralizarla. (Kaplan, 1980: 18-19).

Esa definición acerca de la lucha permanente que libran los múltiples actores de la sociedad “sobre y dentro del Estado” da por tierra con la idea de una manipulación exclusiva de la esfera por una clase o fracción de clase. Y abre lugar a un conjunto de funciones y complejidades, que Kaplan en *Aspectos del Estado en América Latina* retrataba de la siguiente manera:

Asume y ejerce una función de mediación y arbitraje entre los grupos internos y externos, entre la sociedad nacional y las metrópolis, entre la autonomía y la dependencia. Existe y tiene razón de ser en función de las realidades nacionales. Debe tener en cuenta los particularismos de sus matrices y dinámicas sociohistóricas; los requerimientos de su racionalidad de conjunto; las necesidades de reproducción y reajuste del sistema; las relaciones de los grupos hegemónicos y de las clases dominantes del país con sus equivalentes de las metrópolis y con las otras clases y fracciones del respectivo país, y las posibilidades de divergencias, tensiones y conflictos entre todos estos actores (Kaplan, 1981: 102).

De ese modo, si hay algo que parece caracterizar a las “ecuaciones sociales” en América Latina es precisamente cierta debilidad de la sociedad civil frente al vigor del “factor externo”. Y al mismo tiempo, por ende, una hiperactividad estatal, junto con una situación de plena concurrencia de las clases en el Estado para morigerar las consecuencias del flujo exterior. Tal la dislocación causada por las situaciones de dependencia sobre la posibilidad de construcción de un “óptimo” entre Estado y Sociedad Civil. En ese sentido es que Kaplan en *Aspectos del Estado en América Latina* acuña la figura del “Leviathan criollo”.

Y a su vez, es la razón por la cual, desde su perspectiva, el estudio y la comprensión del Estado en nuestra región asumen un papel primordial.

Al mismo tiempo, las “ecuaciones sociales” latinoamericanas repercuten en el problema de la planificación estatal. Pues los desniveles entre regiones, la estructura económica tan polarizada y rígida, y la creciente absorción de tareas por el Estado, contribuyen según su perspectiva, a una “supercentralización y verticalidad”, tanto geográfica como funcional, de la administración pública. (Kaplan, 1976: 38).

Ahora bien, para finalizar este recorrido por los aportes de Kaplan, podemos señalar que, sobre la base de las definiciones arriba reseñadas, este intelectual argentino intenta explicar los motivos por los cuales en muchas ocasiones el Estado asumió en América Latina un rol sustantivo en el direccionamiento de los procesos de desarrollo autónomo. Es decir, busca explicar aquello que para muchos pensadores “desarrollistas” se manifestaba como un elemento *de hecho*. En palabras del propio Kaplan:

El Estado es el único que puede asumir la solución de los problemas de armonía y conflicto del país o de algunos de sus sectores con la potencia hegemónica, sus corporaciones multinacionales y la de otros países desarrollados, y la regulación de las relaciones entre todas ellas. En sus políticas nacionalistas, el Estado busca además canalizar hacia el exterior fuerzas, reivindicaciones y tendencias internas que son o pueden volverse amenazantes para el sistema, y contar con bases nacionales movilizables que refuercen la capacidad de maniobra del grupo gobernante respecto a los Estados y corporaciones de la potencia hegemónica y de los países desarrollados, permitan reducir o renegociar la dependencia, y al mismo tiempo fortalecen la autonomía relativa del Estado y del grupo gobernante respecto a las clases altas nacionales. (Kaplan, 1981: 103-104).

Sin embargo, lo interesante en el planteo de Kaplan es que la “hiperactividad estatal” no se orienta siempre en una misma dirección, sino que depende de relaciones de fuerzas que, en el caso de los países latinoamericanos, no se restringen exclusivamente al plano interno. Más bien, las fluctuaciones en la coyuntura internacional desempeñan un papel sustantivo a la hora de comprender si el Estado es capaz de asumir un rol de dirección del desarrollo autónomo, acudiendo a la movilización de sectores disponibles en el terreno nacional. Aquí el intelectual argentino de referencia coincide con Zavaleta al señalar que la situación local se transforma sustancialmente en función de las variaciones en el “grado de emisión” proveniente del exterior. Cuando éste, por motivos externos, tiende a menguar, se transforman las

relaciones de fuerzas, y con ello, la estatalidad se muestra más permeable ante la puja de las múltiples fuerzas que se enfrentan en el plano interno. De este modo lo planteaba Kaplan en *Sociedad, política y planificación*:

[...] ciertas coyunturas internacionales, independientes a veces de la voluntad de las metrópolis y de los grupos internacionales, pueden crear oportunidades y opciones que son aprovechadas de diferentes maneras por los grupos hegemónicos y dominantes de los países latinoamericanos para asumir un grado relativo de independencia y un poder más o menos autónomo de decisión, y para intentar modificaciones significativas en la orientación y la configuración de las políticas internas y externas. Explican también por qué en América Latina el Estado ejerce a menudo una especie de función mediadora y arbitral entre los grupos internos y externos, entre la sociedad nacional y las metrópolis, entre la dependencia y la autonomía. (Kaplan, 1980: 55; énfasis nuestro).

Reflexiones finales

Para concluir este artículo, nos interesa realizar un señalamiento sobre los vaivenes temáticos sufridos por el marxismo latinoamericano luego de la derrota política sufrida por los sectores populares en la década del setenta.

Vale remarcar que en los años sesenta y en la primera mitad del setenta las teorías de la dependencia se constituyeron como uno de los núcleos centrales de debate en el marxismo latinoamericano. La dependencia, por tanto, se erigió como ariete de un notable cúmulo de discusiones en aquella década y media. No obstante, en la intersección de los años setenta y ochenta las reflexiones acerca la dependencia y el desarrollo aparecen un tanto desplazadas del foco de atención. Sin embargo, ello no significa que esa preocupación teórica desapareciera por completo. Más bien, creemos que tales circunstancias, en un determinado contexto político latinoamericano (el de la derrota), llevaron a un conjunto de intelectuales de la región a analizar críticamente las producciones de los dos decenios precedentes, incluyendo en ello a las teorías sobre la dependencia y el desarrollo. En algunos casos, esos cuestionamientos son formulados como una crítica, y en otros, como una autocrítica. En cualquier caso, lo que vale rescatar es que tal desplazamiento temático coincide y confluye con un abordaje teórico específico acerca de lo estatal.

Así, la dependencia y el desarrollo son inteligidos no sólo bajo la perspectiva de la inserción del “factor externo” y de la debilidad de las clases fundamentales en nuestras tierras, tal como habían sido

predominantemente abordadas por el dependentismo. Son estudiados partiendo de esos elementos, pero pasando también a considerar el lugar trascendente que ha tenido la estatalidad en la dinámica histórica de la región. Lo cual se ha expresado, entonces, en dos sentidos. Por un lado, abriendo interrogantes en torno de lo estatal antes insuficientemente atendidos. Y por el otro, extendiendo esas preguntas hacia la especificidad latinoamericana del fenómeno, estableciendo de ese modo un vínculo con el problema de la dependencia y el desarrollo. De esa forma, la relación entre Estado y Sociedad Civil (conceptualizada por Zavaleta como “ecuación social”), tuvo un papel muy destacado en las producciones teóricas de referencia. Pues la dependencia, precisamente, al producir una dislocación de ese vínculo en América Latina, ameritaba depositar la mirada con mayor atención sobre la cuestión del Estado, en tanto éste asumía “funciones” muy distintas a las de los “modelos clásicos”.

Ya entrados los años ochenta, tal como ha señalado Agustín Cueva (1988), la intelectualidad de izquierdas en América Latina comenzó a sufrir una “amnesia recurrente” en torno al fenómeno de la dependencia. Se trató de una temática que fue perdiendo lugar de forma creciente en las agendas de investigación. De esa manera, el incipiente proceso de vinculación entre los dilemas teóricos y políticos del Estado y la dependencia no pudo ser profundizado. En ese sentido, luego de haber revisado los aportes de Lechner, Cueva, Zavaleta y Kaplan y, por ende, tras haber dado cuenta de la fecundidad de sus aportes teóricos en esa materia, creemos que bien vale la pena releer y discutir ese momento fugaz del marxismo latinoamericano, ubicado en el cruce de los años setenta y ochenta. Pues sostenemos que las reflexiones allí desplegadas acerca de la relación entre Estado y dependencia en América Latina, pueden brindarnos interesantes claves de intelección para comprender más acabadamente algunos enigmas trascendentes de nuestro presente.

Referencias bibliográficas

Cueva, Agustín (1979): “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, en *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México, Edicol.

_____ (1980): “América Latina en el último quinquenio: 1976-1980”, en *Revista Araucaria de Chile*, Madrid, N° 11, pp. 7-18.

_____ (1981): “El Estado latinoamericano en la crisis del capitalismo”, en *Revista Investigación económica*, México, Vol. 40, N° 157, julio-septiembre, pp. 257-271.

_____ (1988): “El análisis ‘postmarxista’ del estado latinoamericano”, en *Ideología y sociedad en América Latina*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

-
- _____ (2009): *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México, Siglo XXI.
- Kaplan, Marcos (1976): *Problemas del desarrollo y de la integración en América Latina*. Caracas, Monte Ávila Editores.
- _____ (1980): *Sociedad, política y planificación en América Latina*. México, UNAM.
- _____ (1981): *Aspectos del Estado en América Latina*. México, UNAM.
- Lechner, Norbert (2000): “Presentación”, en Lechner, Norbert (Comp.), *Estado y política en América Latina*. México, Siglo XXI.
- _____ (2006a): “Los patios interiores de la democracia”, en *Obras escogidas I*. Santiago de Chile, LOM.
- _____ (2006b): “La crisis del Estado en América Latina”, en *Obras escogidas I*. Santiago de Chile, LOM.
- Zavaleta Mercado, René (1990a): “El Estado en América Latina”, en *El Estado en América Latina*. La Paz, Los Amigos del Libro.
- _____ (1990b): “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial”, en *El Estado en América Latina*. La Paz, Los Amigos del Libro.
- _____ (2008): *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz, Plural.

BAJO EL SOL DE CUBA: INFLUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA EN LOS ORIGENES DE LA NUEVA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA CHILENA (1959–1964)

Marco Antonio Álvarez Vergara¹

Resumen/ *Abstract*

Más de seis décadas han transitado desde el triunfo de la Revolución Cubana y, hasta la fecha, no ha existido un estudio que indague la real influencia sobre las izquierdas en Chile. El presente artículo de investigación procura desentrañar tal magnitud en los orígenes de la nueva izquierda revolucionaria chilena (1959 – 1964), esclareciendo las vinculaciones políticas, teóricas y discursivas de esta con el proceso caribeño. Este cometido, lo abordaremos a través de la trayectoria político – orgánica de tres de los principales referentes del proceso de confluencia insurreccional: Clotario Blest, Enrique Sepúlveda y Miguel Enríquez.

Palabras claves: Revolución Cubana, nueva izquierda revolucionaria chilena, lucha armada, revolución socialista.

UNDER THE SUN OF CUBA. INFLUENCES OF THE CUBAN REVOLUTION IN THE ORIGINS OF THE NEW CHILEAN REVOLUTIONARY LEFT (1959 - 1964)

More than six decades have passed since the triumph of the Cuban Revolution and, to date, there has been no study that investigates its real influence on the Chilean left. The objective of this article is to unravel the influence of this historic milestone in the emergence of the new Chilean revolutionary left (1959 – 1964), identifying its political, theoretical and discursive links with the Caribbean process. This task will be addressed through the analysis of the political-organizational trajectory of Clotario Blest, Enrique Sepúlveda and Miguel Enríquez, three of the main referents of the insurreccional confluence process.

Keywords: Cuban Revolution, new Chilean revolutionary left, armed struggle, socialist revolution

¹ Fundación Miguel Enríquez. E-mail: marcoantonioalvarezvergara@gmail.com



Introducción

Emir Sader, destacado sociólogo brasileño, afirma que la Revolución Cubana tuvo más influencia en América Latina que el desarrollo de la Revolución Bolchevique en Europa (2006: 26). De ser cierta esta premisa comparativa, obliga a interrogarnos sobre cuáles fueron los reales alcances de la revolución encabezada por Fidel Castro en el territorio de Chile. El presente artículo de investigación se centrará en el influjo que tuvo la insurrección caribeña en su primer lustro (1959-1964) sobre la “nueva izquierda revolucionaria chilena” (NIRCH).

Las representaciones hegemónicas existentes sobre la relación de la NIRCH con la Revolución Cubana han sido comprendidas en forma de metáfora “espacial”, es decir, como si la construcción de la alternativa revolucionaria en Chile hubiese sido proyectada como un satélite y, mantenida en órbita, por los controles de mando de Fidel Castro y sus hombres. *A contrario sensu*, existe la tesis que relativiza tal influencia, postulando una evaluación natural de la izquierda radical chilena desde la década de 1920 hasta su “despertar” insurreccional en los años 60 (Palieraki 2014). Ambas conjeturas, una caricaturesca, la otra de enfoque de progreso lineal, no han permitido develar la real magnitud de las vinculaciones políticas, teóricas y discursivas que son materia de nuestro estudio.

Como todo novedoso proceso de construcción política, el origen de la NIRCH tuvo un carácter difuso y contradictorio, agudizado por la diversidad política y generacional de los actores partícipes de la confluencia. En tal crisol: trotskistas, estalinistas, maoístas, anarcosindicalistas, excomunistas, ex socialistas, jóvenes guevaristas, etcétera; constituyeron un proceso de reagrupamiento revolucionario, cuestionador de los partidos de la izquierda tradicional, anclando como arquetipo las enseñanzas de la Revolución Cubana (Álvarez 2014).

Para abordar la influencia de la Revolución Cubana en la NIRCH, evocaremos la trayectoria de quienes consideramos fueron sus referentes más emblemáticos en la temporalidad trazada: Clotario Blest, Enrique Sepúlveda y Miguel Enríquez. Representando disímiles tradiciones políticas, cada uno de estos tres militantes serán estudiados en virtud de su carga generacional, trayectoria organizacional y devenir político-ideológico. Blest, el más longevo, sin militancia partidaria orgánica anterior, hasta 1960 realizó

su despliegue político meramente en el campo de la acción sindical. Sepúlveda, en su antípoda, cargaba con más de tres décadas de militancia política en las filas de la izquierda disidentes a los Partidos reformistas de masas. Por último, Enríquez por una cuestión etaria sincronizó su voluntad revolucionaria con la del proceso caribeño.

Revolución Cubana y nueva izquierda latinoamericana

El triunfo de la Revolución Cubana descerrajó indiscutidamente una nueva etapa histórica para los pueblos de “Nuestra América”, desencadenando un flujo y reflujo de lucha armada en el continente entre fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias con disímil intensidad en tiempo y espacio (Regalado 2012: 140). Su originalidad no sólo recayó en una mera autonomía metodológica para la conquista del poder político, sino que al recrearse “bajo el liderazgo ajeno al modelo ideológico del comunismo estalinista” (Löwy 2007: 46), es decir, de la hegemonía soviética imperante por décadas, aportó en la configuración de un innovador marxismo latinoamericano. Aparejado a ello, surgieron estructuras revolucionarias de nuevo tipo con vocación insurreccional. Vania Bambirra las definirá:

Son las organizaciones que se formaron en función de una oposición teórica a la línea política de los PC. Planteaban como objetivo inicial fundamental constituirse en vanguardia contra el reformismo, para posteriormente crear un partido revolucionario que se presentase como alternativa real frente a los partidos reformistas, y agudizar la lucha de clases, preparando las condiciones para la insurrección popular (...) Concebían el carácter de la revolución como socialista (con algunas variaciones si habría o no gobierno de transición) y la vez antiimperialista y anticapitalista, conducida por la alianza obrero –campesina, bajo el liderazgo de la clase obrera. En general, estas organizaciones se compusieron mayoritariamente de jóvenes estudiantes independientes, algunos pocos trotskistas y ex militantes de los PC y de los partidos populistas (en aquellos casos en que se logró una superación más profunda de estos). (1972:58).

Esta nueva izquierda latinoamericana ha contado con distintas periodizaciones desde un ángulo temporal, como la de Claudio Pérez y Pablo Pozzi, que en su trabajo conjunto identifican una primera fase de desarrollo entre 1959 y 1969 la que denominaron «periodo del foco», caracterizada por una medular influencia guevarista (Pozi y Pérez 2012: 129). Sin embargo, siguiendo con Bambirra, nos quedamos con su definición de un “primer momento” de despliegue político–orgánico de este fenómeno revolucionario, el que transitará hasta el año de 1964, destacándose en este ciclo insurreccional: las nuevas formaciones políticas en Brasil, la instalación del movimiento guerrillero en Guatemala, la formación del Frente de

Liberación Nacional de Nicaragua, las experiencias de lucha armada en Venezuela, las acciones revolucionarias en Colombia, etcétera. (Bambirra, 1972: 58).

Por la proximidad geográfica, la NIRCH generó un particular interés por las diversas experiencias guerrilleras surgidas en el Perú: el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR), de un alto componente campesino, siendo liderado por el trotskista Hugo Blanco en el sur de ese país; en fractura con la izquierda tradicional peruana nació el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), encabezado por Luis de la Puente; y, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), nucleado mayoritariamente de jóvenes, los que eran comandados por Héctor Béjar (Letts 1981).

La Revolución Cubana, no solo operó como ejemplo inspirador para las nuevas organizaciones revolucionarias latinoamericanas. Desde sus albores, consagró una estratégica internacionalista de solidaridad para con ellos. Estableció una doble diplomacia: la formal, protocolar, dedicada a mantener las relaciones de Estado. Y la informal, “semi-clandestina”, destinada a vincularse con los partidos de las izquierdas y los movimientos insurreccionales del mundo. Esta última, se institucionalizó en 1961, con la creación de la Dirección General de Liberación (DGL), dependiente del recién creado Ministerio del Interior. En su calidad de viceministro, este organismo de inteligencia exterior fue constituido y liderado por Manuel Piñeiro, conocido como el comandante Barbarroja, quien informaba y respondía directamente a las órdenes de Fidel Castro. (Juan Carretero, entrevista personal, febrero y septiembre 2017).

Todos los nuevos movimientos revolucionarios del continente buscaron la venía de este organismo, que en definitiva constituía el apoyo de la Revolución Cubana a sus proyectos localistas. Juan Carretero, de nombre político Ariel, fue el oficial de la inteligencia cubana encargado de la DGL para América Latina. Cada país latinoamericano, dependiendo del desarrollo de sus luchas, tenía un agente encargado de las relaciones en general, o uno para cada organización específica. El primer lustro de las décadas de 1960, la inteligencia cubana priorizó dos líneas de vinculación en Latinoamérica: la primera, que dice relación con los pasos de preparación de la guerrilla del Che Guevara en el Cono Sur, específicamente en Bolivia y Argentina; y la segunda, orientada a los países que mantenían flujo de lucha armada, como eran los casos de Venezuela, Perú, etcétera. (Juan Carretero, entrevista personal, febrero y septiembre 2017).

La nueva izquierda latinoamericana situó en las categorías políticas de vanguardia obrero–campesina, el impulso de la revolución socialista y conquista del poder por la vía insurreccional. Sin embargo, sus esfuerzos, en muchos casos, se limitaron a sobrevivir ante las puntas de lanzas contrainsurgentes en el continente. Estas nóveles organizaciones, terminaron siendo aniquiladas por las fuerzas del orden en América Latina. A modo de evaluación de esta primera experiencia, Bambirra acusa “dos pecados capitales” de la izquierda ante el descenso de estos movimientos insurreccionales en el lustro 1959-1964: uno, la “inmadurez político–ideológica” de las recién creadas estructuras político–militares. El otro, el rol que tuvieron los partidos reformistas de masas, que intentaban contener a toda costa los causes de lucha armada provenientes del Caribe (Bambirra 1972: 45). Como todo “primer momento”, en este claroscuro continental se fue delineando la resonancia chilena de la nueva izquierda latinoamericana.

Clotario Blest: líder del reagrupamiento revolucionario chileno

Clotario Blest Riffo, comenzó su proceso de politización en torno a las charlas que dictaba Luis Emilio Recabarren en los albores de la década de 1920. En los años 30, como trabajador del servicio público, se incorporó activamente a la lucha sindicalista. En 1943 creó la Asociación Nacional de Funcionarios Públicos (ANEF), asumiendo como presidente. El mismo cargo ostentará una década después, al fundar la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), principal organización de la clase obrera chilena (Barría 1971). Sin militancia partidista, dedicó las primeras décadas de su vida a la acción sindical con énfasis en la unidad de la clase trabajadora chilena. (Orellana 2012).

La victoria de la Revolución Cubana trajo aparejada de inmediato una dantesca campaña internacional de difamación mediática en su contra. Los dardos de la prensa conservadora del mundo alardearon sobre la creación de los tribunales revolucionarios, los que comenzaron a dictar sentencias de fusilamientos contra los responsables de crímenes de guerra en la época de Fulgencio Batista. Para contrarrestar la desinformación, Fidel Castro, convocó al ejercicio de lo que denominó “Operación Verdad”. Bajo ese mandato, emisarios del nuevo gobierno revolucionario viajaron por diferentes países del mundo narrando detalles del proceso cubano. A Chile, la segunda semana de marzo de 1959 llegó una delegación encabezada por Violeta Casal, emblemática combatiente guerrillera en la Sierra Maestra, reconocida por haber sido la voz de “Radio Rebelde”.

Gracias a ello, Clotario Blest tuvo la oportunidad de empaparse a través de una de sus protagonistas de los alcances de la reciente victoriosa Revolución Cubana. Aprovechando la estadía de la delegación visitante, la tarde del 13 de marzo de 1960 la CUT, la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y el círculo de periodistas, organizaron un homenaje en la Plaza Artesanos. Uno de sus principales oradores fue Blest, quien dijo:

En nombre de los trabajadores chilenos, obreros, empelados y campesinos, doy el saludo más cordial a este puñado de revolucionarios cubanos que pusieron fin a una de las tiranías más oprobiosas de América. Este pequeño grupo de héroes de las montañas es un ejemplo para América Latina, donde las tiranías económicas siguen siendo el flagelo de sus pueblos. Ellos supieron derrotar un régimen sangriento, sostenido por el oro norteamericano, y demostraron que se puede vencer a los tiranos, por fuertes que estos sean, cuando se está guiado por ideales de libertad y justicia, como está impregnada la revolución liberadora de Cuba.

Junto con ser reelegido presidente de la CUT en el II Congreso Nacional efectuado en diciembre de 1959, se estampó en el evento congresal “un apoyo incondicional a la Revolución Cubana” (Barría 1971: 97). A su accionar sindical, Clotario Blest acoplará un protagónico despliegue en Chile de solidaridad con la Revolución Cubana. Encabezó mítines, redactó proclamas, llegando a constituir y encabezar junto a importantes actores políticos de la izquierda el “Comité Chileno de Solidaridad con Cuba”. El influjo del proceso caribeño en Clotario hasta mediados de 1960 se redujo a exacerbar su internacionalismo y antiimperialismo, cualidades que anclaba con anticipación al triunfo de los barbudos comandados por Fidel Castro.

Esa activa solidaridad con Cuba llevó al presidente de la CUT a ser uno de los invitados de honor por el régimen revolucionario al Primer Congreso Latinoamericano de la Juventud, a realizarse en la ciudad de La Habana. El día inaugural, un 28 de junio de 1960, las palabras de cierre estuvieron a cargo del comandante Ernesto Che Guevara, quien al iniciar su discurso hizo un distingo para saludar “al representante del pueblo de Chile, Clotario Blest, cuya voz juvenil ustedes escucharon hace un momento, y cuya madurez, sin embargo, puede servir de ejemplo [...]”

Admiración mutua surgió del encuentro entre Clotario Blest y Ernesto Guevara. “Le acompañé a varias charlas que les dio a los campesinos”, dirá Clotario, “mantuvimos largas conversaciones. Me di cuenta

que era un hombre cautivante que a todos nos impregnaba de sus ideales y de espíritu de lucha” (Echeverría 2013). Además, en sus días en Cuba le tocó vivir un momento importante de la historia de la Revolución Cubana: la nacionalización de las empresas norteamericanas. Luis Vitale, compañero de Blest en la CUT, añade: “allí en plena Sierra Maestra, junto a los guajiros, se ha convencido plenamente de la necesidad de la Revolución” (1961: 9). Óscar Ortiz, su secretario personal durante años, sobre los efectos de su viaje a la isla caribeña, dice que un nuevo optimismo reposará sobre Blest (2008: 252).

A su regreso a Chile, Clotario Blest no volverá a ser el mismo, arengando en un acto público que “la Sierra Maestra se ha trasladado a todo el macizo andino”. Además, cuestionó la falsa democracia, proponiendo “permanecer con el arma al brazo y formar las milicias del pueblo para defender a la Revolución Cubana y a nuestra propia revolución, cuya llegada es inevitable...” (26 de agosto de 1960). De estas palabras, se desprende un giro en la discursividad política de Blest, donde las ideas de “acción directa de masas” y de la “Revolución Chilena” comienza a destacarse en su repertorio político. En consecuencia, transitará por el “momento más radicalizado y revolucionario de su extensa trayectoria sindical” (Orellana: 656).

En su espacio natural, la acción sindical, incorpora de inmediato los preceptos de la radicalidad política. Clotario Blest logró convencer al resto de la directiva de la CUT de realizar un mitin de protesta contra las alzas del gobierno de Alessandri el día 3 de noviembre de 1960 en la Plaza Artesanos. Luego de convocar a una huelga general para el día 7 de noviembre, los más de 30 mil trabajadores lo escucharon llamar a “levantarse en armas y derribar a este gobierno reaccionario”, haciéndose eco de dirigirse en dirección a La Moneda para pedir la destitución del presidente Alessandri (Ortiz: 251-254). En su discurso, evocaría el ejemplo de la Revolución Cubana, declarando que “Nosotros los chilenos debemos responder a este llamado y ser capaces de tener nuestra Sierra Maestra. Debemos desde este instante luchar con nuestras armas, con nuestros puños, con nuestro esfuerzo y valentía. Cuando el pueblo se lanza a la calle nadie lo detiene” (Vitale 1961: 10).

La histórica jornada combativa deja un saldo represivo para los trabajadores de 35 heridos y 2 muertos. En los días siguientes, Clotario Blest será tomado detenido por su presunta responsabilidad en las revueltas. Sin embargo, no serán sólo las fuerzas del orden las que pongan freno a las protestas populares. Los partidos hegemónicos dentro de la CUT, particularmente el Partido Comunista (PC), no tolera la actitud revolucionaria de Blest (Vitale 1998: 363). Su nueva impronta “subversiva”, sobrepuesta a su

conciliador accionar en las filas del movimiento sindical, le trajo como consecuencia ser blanco de permanente hostigamiento por parte de los comunistas chilenos, lo que se extrapoló a un áspero ambiente al interior de la más grande plataforma obrera del país.

Al recobrar su libertad, Luis Vitale cuenta que Clotario emplazó a los sectores revolucionarios del sindicalismo chileno, con el objetivo de formar una estructura clandestina al interior de la clase trabajadora (Vitale 1998: 365). Se llamó “Movimiento 3 de Noviembre” (M3N), en homenaje a las jornadas de protestas de aquel día. Si bien esta organización tuvo como fin meramente la articulación sindical para hacer frente a las agresiones del hegemónico sector reformista dentro de la CUT (Álvarez 2014: 50), se convirtió en el primer germen de reagrupamiento revolucionario tras el triunfo de la Revolución Cubana en Chile. Asimismo, constituye un nuevo punto de quiebre en la trayectoria de Blest, ahora desde la dimensión militante. Aunque el M3N no fuera un partido, dejaba atrás su accionar apartidista, pues esta agrupación se desenvolvería bajo las mismas lógicas conspirativas del quehacer político–orgánico.

Este proceso de reagrupamiento de sindicalistas revolucionarios se nos presenta como un naciente antecedente en la configuración de lo que será la NIRCH. Variadas matrices ideológicas se fundieron en su interior, cohabitando el disgregado trotskismo², el anarcosindicalismo liderado por Ernesto Miranda³, socialistas revolucionarios, comunistas disidentes⁴, etcétera. Clotario Blest tomó las riendas de este proceso unitario.

Para hacer la revolución en Chile, Clotario Blest y sus compañeros, consideraron que no era suficiente mantener una mera coordinación sindical dentro de la CUT. Si bien no estaban las condiciones para crear un nuevo partido revolucionario, la superación del M3N por una nueva plataforma de carácter multisectorial, imperaba como tarea por aquel entonces. El 25 de septiembre de 1961, Blest, junto al dirigente anarcosindicalista Ernesto Miranda, hicieron circular una “Carta–Invitación a la asamblea de

² Es importante destacar la participación de Luis Vitale y Humberto Valenzuela, que desde una de las referencias del POR chileno, fueron una de las fuerzas más activas en el proceso de unidad. Esta organización, en 1960, declaró en una resolución congresal que la acción sindical y la acción en los Comités de Defensa la Revolución Cubana, eran las tareas principales del periodo. (“Resoluciones del primer congreso latinoamericano del trotskismo: por el camino de la revolución mundial y latinoamericana” (1960). Específicamente, el apartado: “Chile: la situación general. Perspectivas y tareas”).

³ Destaca la participación de Ernesto Miranda, líder del Movimiento Liberatorio 7 de julio. Tal fue el poder que ejerció la Revolución Cubana en este sector, que el mismo Miranda habría viajado a conocer Cuba en el año de 1959. (Del Solar, Felipe y Andrés Pérez. 2018: 58).

⁴ Ver siguiente acápite concentrado en la figura de Enrique Sepúlveda y “Vanguardia”.

fuerzas revolucionarias a realizarse el 22 de octubre a las 9 horas. en el Teatro Princesa”. La misiva convocaba a superar “la mentalidad legalista y electorera, burocrática, rutinaria y economista”, estipulando que la “acción del nuevo movimiento será eminentemente revolucionaria en todos los órdenes de la vida sindical y política del país”. El folleto, en su contraportada, termina diciendo: “Unidos indestructiblemente a los intereses de los trabajadores de Chile, el movimiento defenderá las proyecciones históricas de la Revolución Cubana para la emancipación de los pueblos de América Latina frente a todo ataque imperialista [...]” (Septiembre de 1961).

De aquella cita, surgió el Movimiento de Fuerza Revolucionario (MFR), donde cada una de las estructuras federadas mantenía su independencia política de la macroestructura, aunque, en el trabajo multisectorial desplegaron sus esfuerzos mancomunados (Álvarez 2014: 54). La renuncia de Clotario Blest a la presidencia de la CUT⁵ no trajo consigo un abandono por la disputa de la hegemonía de ese espacio de lucha.⁶ Se crearon los “Consejos Revolucionarios Estudiantiles”, agrupando a los jóvenes secundarios y universitarios bajo una misma plataforma (Movimiento de Fuerzas Revolucionarias, 1962). Una de las principales tareas del nuevo movimiento fue la activa solidaridad con Cuba. Luis Vitale, escribe en su sexto tomo de “Interpretación Marxista de la Historia de Chile”: “El MFR se convirtió en motor de los Comité de Defensa de la Revolución Cubana y se opuso decididamente a la resolución de Alessandri de romper relaciones diplomáticas con la Cuba socialista” (Vitale 1998: 366).

Con un: “En representación del MFR de nuestra patria”, partirá la carta que le escribió Clotario Blest a Fidel Castro con fecha 25 de enero de 1962. Blest, en nombre del reagrupamiento revolucionario, declara su irrestricto apoyo a la Revolución Cubana. A su vez, le deja ver a Castro la principal dificultad de emprender la lucha revolucionaria en Chile: “Los amortiguadores de un artificial y engañoso régimen político de representación popular, hacen extraordinariamente difícil nuestra acción, pero ello no arredra a nuestro pueblo que sabrá cumplir su misión histórica, así como lo hicieron los heroicos luchadores de la Sierra Maestra hasta alcanzar el triunfo final y definitivo” (Salinas 1980: 263-264).

⁵ Clotario Blest renunció a la presidencia de la CUT el 28 de agosto de 1961.

⁶ En el 3º Congreso Nacional de la CUT, a efectuarse los días 1 a 5 de agosto, el MFR participó con un 13% de los delegados. Desde esa elección, nunca más contó con un miembro en el directorio.

A través del liderazgo de Clotario Blest, la NIRCH inició un proceso de reagrupamiento entorno a las ideas de la revolución y camino insurrecto, sin embargo, esta radicalidad quedó en el plano discursivo, pues “los amortiguadores” que le hacía referencia a Fidel Castro siguieron primando en la praxis de los grupos convergentes. En la antesala de la elección presidencial de 1964, Blest cuenta que Salvador Allende convocó a la directiva del MFR para solicitarle su apoyo en el proceso electoral. Allende, con su habilidad política, habría comprometido incorporar elementos programáticos revolucionarios en su campaña. Blest, Miranda, Sepúlveda, Valenzuela y Vitale, aceptaron apoyar una vez más la cuestión electorera (Echeverría 2013).

Enrique Sepúlveda: por la razón y la fuerza

A diferencia de Clotario Blest, Enrique Sepúlveda siempre fue un hombre “partidario”, mimetizándose su trayectoria política con los orígenes y desarrollo del trotskismo chileno. En la década de 1920, mientras cursaba sus estudios de medicina en la Universidad de Chile, se afilió a la Federación Juvenil Comunista (FJC). Fue expulsado del PC en 1933 por trotskista (Partido Comunista 1933). Ese mismo año se adhirió a la Izquierda Comunista (IC), sección precursora de la IV internacional en Chile. En 1936, constituyó el Grupo Bolchevique Leninista, sector minoritario dentro de la IC, que resistió el ingreso en masa al PS. En 1937, se fundó el Partido Obrero Revolucionario (POR), convirtiéndose en su Secretario General (Valenzuela 2008: 124–125), cargo que ostentará hasta la división de esta organización a fines de la década de 1940 (Álvarez 2014: 37). Aunque en la década del 50 su trayectoria política se vuelve difusa: una versión nos dice que luego del quiebre se habría replegado de la contingente política, apoyando meramente la formación de dirigentes sindicales (Enrique Sepúlveda Marshall, entrevista personal, 23 de septiembre de 2014); y otra, más consistente con su propia biografía, lo vincula a los sectores de izquierda que apoyaron el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (Valdés 2006), quien encarnaba un cierto ideario “nacional populista”⁷.

El Dr. Enrique Sepúlveda, reapareció públicamente como flamante Secretario General de la Vanguardia Nacional Marxista (VNM), la que surgió en diciembre de 1960. La “Vanguardia”, fue el primer partido político de la izquierda radical chilena emergido por los efectos de la Revolución Cubana, agrupando entre

⁷ Bania Bambirra dice que el peso del “nacional populismo” en América Latina amortiguó la construcción de una nueva izquierda. En esa misma dirección, es importante destacar la figura de Oscar Waiss, una de las principales figuras del reagrupamiento revolucionario luego de su expulsión del PS en 1961. Waiss, habría sido uno de los tantos elementos de la izquierda que fue parte del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo.

sus filas a disidentes de los partidos comunista y socialista, más novatos militantes, que se sentían atraídos por el reciente triunfo de los barbudos caribeños. Desde su manifiesto constituyente, llamado “Por la razón y la fuerza”, los “vanguardistas” dejaron entrever que los vientos insurreccionales provenientes desde el Caribe redibujaban el nuevo sendero que conduciría a la Revolución Chilena, exigiéndose para aquello el reagrupamiento de los auténticos comunistas y, vigorizando de paso, aquella vieja idea de la conquista del poder a través de los métodos revolucionarios (Diciembre de 1960).

Si bien la Revolución Cubana inspiró la constitución de la “Vanguardia”, las coordinadas internacionalistas de su sector fundador y mayoritario seguían oscilando dentro de la órbita socialista hegemónica, no ocultándose su simpatía por las dos grandes revoluciones rojas: Soviética y China. Esta inclinación al comunismo moscovita, específicamente al legado de Stalin, que además legitimaba en alguna medida la Revolución China de Mao Tse Tung, respondió a que el grueso de sus militantes provenían de uno de los desprendimientos más emblemáticos de la historia del PC, constituyéndose un grupo que luego se llamará “Movimiento Revolucionario Antiimperialista” (MRA).

EL MRA operó en el trayecto de la década de los cincuenta, con cuadros de base al interior de la cantera comunista, más un sector que ya había sido expulsado. Este grupo era liderada por Luis Reinoso, tercer hombre en importancia en la dirigencia comunista hasta 1951 (Loyola 2008), quien fuera acusado de “violencia y terrorismo” (Lafertte 1971: 351-352). Los reinosistas, en tiempos de la “Ley Maldita”, se abocaron al trabajo de inteligencia, con el objetivo de poder sortear la investida represiva. Además, utilizaron las herramientas de “acción directa” y “autodefensa de masas”, enmarcadas dentro de una estrategia defensiva, que tenía como corlario final la mera recuperación de las garantías democráticas (Álvarez 2015: 103); no siendo homologable su accionar a las leyes de la “violencia revolucionaria” que acentará posteriormente la Revolución Cubana: la conquista del poder político por la vía insurreccional.

Ernesto Benado, miembro del MRA, declaró que el nombre de la organización fue ocurrencia del mismo Luis Reinoso, quien utilizó la nomenclatura “antiimperialista” para frenar las acusaciones que lo difamaban desde su ex organización de ser un agente del imperialismo (Ernesto Benado, entrevista personal, 5 de junio de 2014). Pocas veces se observó tanta beligerancia del PC contra una de sus disidencias políticas y, tal animadversión, tuvo su resonancia en la apertura de relaciones de la “Vanguardia” con las autoridades de la Revolución Cubana.

El primer intento de la VRM por estrechar vínculos con los cubanos fue a través del viaje que realizó Ernesto Benado y Jorin Pilowsky a La Habana en 1962. Estos ex destacados cuadros del MRA, en su afiliación social al “Instituto Popular de Profesionales y Técnicos”, aprovecharon la oportunidad de sumarse a la delegación de esa institución que viajó a Cuba. Siempre bajo la mirada atenta de los comunistas chilenos, que hegemonizaban la delegación, tuvieron la posibilidad de participar activamente de la agenda que incluyó entrevistas con las principales autoridades de la Revolución Cubana. Benado recuerda:

Tanto Jorin como yo mismo fuimos entrevistados varias veces por personeros que se identificaban como integrantes del G2 [inteligencia cubana]. Era tal la presencia del PC chileno, que parte de las entrevistas revelaban la desconfianza de algunos sectores cubanos hacia nosotros. Pero en general, las conversaciones terminaban con una manifestación de interés hacia VRM y la promesa que la Revolución Cubana, que tenía brazos muy largos, tomaría contacto con nosotros en Chile. (Ernesto Benado, entrevista electrónica, 28 de febrero de 2018).

¿Se cumplió la promesa de los cubanos? Según Ernesto Benado, sí. Esto habría sucedido a través de Pedro Martínez Pérez, miembro del servicio diplomático cubano, quien se estableció en Chile entre 1962 y 1964. Relativizamos la intensidad del “contacto” con la VMN que declara Benado, pues, Martínez Pérez se caracterizó en su estadía en el país por su estrecha vinculación con los comunistas chilenos, llegando a desempeñarse como periodista en su periódico oficial, “El Siglo” (EcuRed).

Benado y Pilowsky, a su regreso a Chile dictaron dos charlas inspiradas en su viaje a Cuba denominadas: “La lucha contra el sectarismo y la formación de un Partido Único Revolucionario” y “Trasendencia de la Revolución Cubana para América Latina” (Agosto de 1962). Se deduce de los nombres de estas ponencias los aprendizajes extraídos del proceso caribeño, apostando con ello al robustecimiento partidario a través de un proceso de unificación con otras organizaciones chilenas con vocación revolucionaria; reservándose esta tradición de corte stalinista sus principales intransigencias ideológicas⁸.

⁸ Es importante destacar que el mismo Luis Reinoso, de nombre real Benedicto Rebeco Montecino, no estuvo dispuesto a cohabitar con otras expresiones ideológicas del marxismo, particularmente, con el la del trotskismo. Fundamentado en lo anterior, algunas versiones declaran que se marginó tempranamente de la construcción de la “Vanguardia”, mientras que otras, sitúan su continuidad en una cierta calidad de mero asesor.

Sin Reinoso, los reinosistas siguieron siendo mayoría dentro de la “Vanguardia”, no obstante, desde su fundación la responsabilidad de Secretario General recayó en la figura del Dr. Enrique Sepúlveda. Probablemente el liderazgo de Sepúlveda, más la cruzada antisectaria en la que se encontraban sus camaradas “stalinistas”, habrían configurado las posibilidades para que a mediados de 1962 la VNM se fusionara con el Partido Revolucionario Trotskista (PRT), que como bien lo enuncia su nomenclatura, se reconocía en la tradición política fundada por León Trotsky. El primer número del periódico “El Rebelde”, como medio oficial de la formación, traía en su portada una foto de “Fidel Castro y guajiros en armas”, anunciando además, un artículo sobre “Cuba y su revolución” (25 de julio de 1962). Sin duda, que las diferencias en materia de política internacional que mantenía estas disímiles dos almas eran aplacadas por la simpatía mutua que les generaba la Revolución Cubana (Álvarez 2014: 73).

Esta particular simbiosis stalinista/trotskista trajo consigo un pequeño cambio en el nombre de la vieja “Vanguardia”, que pasó a llamarse Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM), por exigencia de los recién llegados, quienes sostenían que lo “nacional” distaba de su característico espíritu político “internacionalista”. Los nuevos “vanguardistas”, provenían de la tradición trotskista que mayor inspiración encontró en los métodos insurreccionales de la Revolución Cubana. Uno de sus líderes, el ingeniero Reinaldo Muñoz, hablando en tercera persona a través de su nombre político “Zapata”, cuenta: “En el PRT, organización a la cual se había integrado un ex dirigente de la juventud comunista (el compañero. Lautaro), se elabora una propuesta de estrategia revolucionaria, inspirada en la experiencia cubana” (Reinaldo Muñoz, entrevista electrónica con Pedro Valdés).

Si el PRT fue la organización trotskista que mayor influencia tuvo de la Revolución Cubana, Lautaro, de nombre Carlos Ramos, fue de sus dirigentes el que más se vinculó con el imaginario de lucha armada. El Dr. Ramos, fue el más voluntarista del grupo, siendo apresado en los meses y años siguientes por la colocación de artefactos explosivos. Este tipo de “acción directa” no fue la única dimensión que trabajaron los “vanguardistas trotskistas”, sino que también comenzaron a realizar escuelas de guerrillas en la montaña, por tanto, adhirieron a la estrategia insurreccional de guerra de guerrillas convocada en sus inicios por la Revolución Cubana. Distanciándose de los métodos de sus compañeros “vanguardistas estalinistas”, para operar con mayor holgura dentro de la VRM, crearon una estructura secreta denominada

“Ejército Revolucionaria de Trabajadores y Estudiantes” (ERTE), lo que atrajo a jóvenes encantados con la idea de la revolución (Álvarez 2015: 106).

Independiente de las diferencias, el triunfo y desarrollo de la Revolución Cubana les exigió a los disidentes del reformismo chileno llevar adelante un proceso de reagrupamiento revolucionario, que superara el abismo del sectarismo. Uno de sus textos de 1963, declara:

Es indudable que a partir de la revolución cubana, del carácter socialista en el que devino la lucha del pueblo cubano, de la denuncia del sectarismo por el camarada Fidel Castro y de la proclamación hace un año, de la Segunda Declaración de La Habana, que todo un nuevo periodo de reorganización y de orientación vitalizadora, recorre a América Latina. Lenta pero firmemente frente a las organizaciones tradicionales de la clase obrera, que vivían en el marasmo del reformismo y el revisionismo, se han ido creando nuevas organizaciones dinámicas y revolucionarias, que poco a poco van jugando su rol de dirección en las luchas de masas de América. (1 de mayo de 1963)

Reivindicando el ejemplo de la Revolución Cubana, la VRM dirigió sus objetivos de reorganización desde una doble dimensión. Una, resquebrajar las bases militantes de los partidos reformistas de masas. Desde las filas del PC, vinculó a un reducido grupo de jóvenes descolgados que se nucleaban en una organización llamada Movimiento Revolucionario Comunista (MRC), los que eran liderados por Gabriel Smirnow (Gabriel Smirnow, entrevista personal, 19 de mayo de 2014). Su estrategia rupturista tuvo mejor suerte en las juventudes del PS, logrando atraer a más de un centenar de cuadros de Santiago y Concepción⁹. La otra arista, era seguir sumando desde los márgenes de la izquierda radical, donde afiliaron a algunas individualidades (René Parra, entrevista personal, 14 de junio de 2014) y colectivos trotskistas disgregados, como el Grupo Revolucionario Marxista (GRM) de Concepción.

El Dr. Enrique Sepúlveda, en representación de la VRM, a mediados de 1963 fue invitado al décimo aniversario del asalto al Cuartel Moncada, “a las festividades del 26 de julio, gracias a la generosa invitación del gobierno Revolucionario Cubano” (Septiembre de 1963). Sobre su viaje a La Habana, el Secretario General de la “Vanguardia” se limitó a enumerar en el órgano de difusión oficial de su Partido las conquistas más sobresalientes de la revolución, no precisando en sus anotaciones el desarrollo de otras

⁹ Ver acápite siguiente.

actividades de carácter político formal, posiblemente, porque no existieron¹⁰. El hijo de Sepúlveda, del mismo nombre y profesión, recordará en entrevista con este autor la frustración de su padre al no poder establecer relaciones políticas de mayor solidez con la administración de Cuba (Enrique Sepúlveda Marshall, entrevista personal, 23 de septiembre de 2014). Ernesto Benado, a su vez, recordará que en la isla tuvo mayor contacto con la delegación China que con los dirigentes de la revolución caribeña (Ernesto Benado, entrevista electrónica, 28 de febrero de 2018).

Con la misma intensidad que influyó su constitución, la cuestión internacional gravitó en el resquebrajamiento de la “Vanguardia”. Los primeros días de mayo de 1964, la VRM se dividió en dos: un grupo encabezado por los excomunistas, quienes respaldaron sus posicionamientos políticos en las ideas de la Revolución China; y, otro sector, encabezado por Enrique Sepúlveda, quienes se referenciaron en las ideas de la Revolución Cubana. Sepúlveda, más los trotskistas y la mayoría de la juventud del partido, pasaron a denominarse “VRM–El Rebelde”, al mantener en su poder el periódico de la organización. Más que afectarles numéricamente la división, a este fragmento vanguardista la ruptura le otorgó mayor coherencia ideológica, pudiendo resolver una de las principales diferencias estratégicas que mantenía con los pro-chinos: el carácter de la revolución. Desamarrados de la idea maoísta de la “Revolución Democrática Popular”, alzaron de inmediato las banderas de la “Revolución Socialista” (Álvarez 2014: 77).

Los pro-chinos chilenos, como hemos contemplado, los primeros años fueron seguidores de la Revolución Cubana, pero tiempo después asumirán la misma posición crítica contra Cuba que su centro ideológico internacional. A pie de página, Bambirra en su libro “Diez años de insurrección en América Latina”, identificó en su clasificación de la “izquierda revolucionaria” a la “Vanguardia” como una de las organizaciones perteneciente a la “nueva izquierda” (Bambirra: 58); sin embargo, quien será continuadora de esta tradición será la VRM–El Rebelde.

La VRM–El Rebelde, fue el sector que mantuvo su ligazón al MFR. Asimismo, dentro del espacio mancomunado fue la organización que utilizó con mayor intensidad el imaginario insurrecto de la Revolución Cubana como eje central de su orientación política. Una forma de medir esto, se desprende de que casi la totalidad de los ejemplares del periódico “El Rebelde” publicara en disímil medida sobre el

¹⁰ En la prensa oficialista cubana no existen registros de la estadía del Dr. Enrique Sepúlveda en Cuba.

proceso revolucionario en Cuba: notas periodísticas, análisis políticos y palabras de homenaje. En las páginas de su órgano de difusión oficial (incluso antes del quiebre), la “Vanguardia” decía representar fielmente en Chile los postulados de la Revolución encabezada por Fidel Castro. Esto atrajo la simpatía de aquella nueva generación de militantes formados al calor de los acontecimientos provenientes del rojo Caribe, quienes, en la búsqueda de una alternativa política con vocación insurreccional, encontraron entre sus filas un fértil espacio para la construcción de una referencia revolucionaria.

Miguel Enríquez: una nueva generación de revolucionarios chilenos

Miguel Humberto Enríquez Espinosa, reconocido por haber liderado el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), nació el 27 de marzo de 1944 en el Puerto de Talcahuano, a 13 kilómetros de la ciudad de Concepción. De “pequeña burguesía intelectual” (Álvarez 2019), identificó su proceder familiar, pues su padre fue el reconocido médico y académico Humberto Enríquez Frödden, quien a fines de la década de 1960 se convirtió en el rector de la Universidad de Concepción, para luego asumir como ministro de educación del Gobierno de la Unidad Popular (Enríquez, 1994). Asimismo, fue sobrino de dos destacadas figuras políticas de la época: Inés Enríquez Frödden, la primera mujer intendenta y diputada de la historia de Chile.

Siendo espectador de las protestas populares de abril de 1957, la efervescencia de la campaña electoral de Salvador Allende en 1958 y el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 (Álvarez 2019), el despertar político Miguel Enríquez se caracterizó en esta primera etapa esencialmente por la (auto)formación política, la que ejercía con un grupo de compañeros del “Liceo de Hombres”. Será recién en 1961, al ingresar a la Universidad de Concepción, donde asumirá el camino del activismo político.

Para Miguel Enríquez y sus compañeros de generación el punto de ebullición con la Revolución Cubana no fue su triunfo propiamente tal, ni sus dos primeros años marcados aún por las indefiniciones en el campo ideológico, sino se produjo con los acontecimientos de abril de 1961 al vencer el Ejército Rebelde la invasión promovida por el imperialismo norteamericano en Bahía Cochino y, con ello, la declaración del carácter socialista de la revolución proclamada por Fidel Castro (1961). “Esa no era una frase oratoria, sino una definición”, escribió Fernando Martínez Heredia, para referirse al tipo de socialismo que surgía en Cuba, el cual se sostenía bajo la consigna del “vencer o morir” (2017:34).

Aclaradas las coordenadas político-ideológicas de la Revolución Cubana, la del socialismo revolucionario, Miguel Enríquez da sus primeros pasos militantes. Beatriz Allende, hija de Salvador Allende, cursando por aquel entonces un año superior en la carrera de medicina en la Universidad de Concepción, evoca en sus recuerdos aquellas jornadas de protesta y solidaridad contra la invasión a Cuba:

*Tuve compañeros muy lúcidos, muy intrépidos. Miguel Enríquez entre ellos. Todavía no era Secretario General del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MIR. Todavía no había nacido el MIR cuando lo conocí. Pero aflo-
raban sus condiciones de líder. Estudiaba medicina como yo. Afianzamos una amistad definitiva. El triunfo de la Revolución Cubana nos identificó de idéntica manera. A partir de esta hazaña, determinante en el devenir de América Latina, vivíamos enardecidos día a día. Cuando intentaron invadir a Cuba por Playa Girón, los estudiantes de la Universidad de Concepción asaltamos el consulado yanqui y prendimos fuego a la bandera de Estados Unidos. Miguel marchaba en la primera línea. Y con los estudiantes, hermanados, los mineros del carbón se congregaron elevando el clamor de condena al imperialismo agresor, paralizando minas y abriendo la convocatoria para acudir en calidad de combatientes internacionalistas a pelear en defensa de Cuba contra el enemigo común. (Febrero de 1977).*

“¡Cuba Libre!”», partió escribiendo Miguel Enríquez en su diario de vida esa misma noche de abril de 1961 que rememoró Tati Allende, agregando:

El mundo se agita, los pueblos del mundo entero claman por el cese de la intervención yanqui en Cuba. Chile, sus estudiantes y obreros ya salieron a la calle. Hoy y ayer apedreamos el consulado. Hoy robamos la bandera del consulado. Hoy fui apaleado por primera vez. Siento el odio al órgano represor de la burguesía el “Cuerpo de Carabineros”. (Álvarez, 2019).

Miguel Enríquez terminó de escribir esa noche: “Viva Cuba, Viva la Revolución Socialista”. Enríquez recién había cumplido los 17 y Beatriz Allende (Álvarez, 2017) sólo tenía 18. Con este “bautizo político”¹¹, al calor de las jornadas de movilización y solidaridad con el pueblo caribeño una nueva generación de militantes se sumaba a la acción política apelando al ejemplo de la Revolución Cubana.

¹¹ Fernando Martínez Heredia, en entrevista con el autor, febrero de 2017, recuerda en sus conversaciones con Miguel Enríquez, que este le habría contado sobre aquellas jornadas de solidaridad con el pueblo cubano, declarándole que este habría sido su “bautizo político”.

Miguel Enríquez dejaba su primera etapa del “despertar político”, donde según sus propias palabras: “En mis años de Liceo me dedico a leer marxismo [...]. No desempeño labor práctica. Soñamos” (Álvarez 2019). Junto a sus amigos más cercanos de la era escolar: Bautista van Schouwen¹², Claudio Sepúlveda (Claudio Sepúlveda, entrevista personal, 26 de marzo de 2016) y Marcelo Ferrada (Marcello Ferrada, entrevista telefónica, abril de 2016), decidieron ingresar a militar en una organización política que diera cuenta de sus inquietudes revolucionarias ¿Dónde? En Concepción tres estructuras de izquierda los podrían albergar. Enríquez, desechó de plano al PC, por ser acérrimo defensor de la “vía pacífica”. Dirá: “No puedo entrar a un Partido que ya no es revolucionario”. El POR, que para su opinión tenía “la mejor posición ideológica”, fue descartado por su débil influencia en las masas. Consiente de sus contradicciones internas, terminará por incorporarse al PS, considerando que podrán: “allí aprovechar toda la estructura de ese partido, su base, su organización; etc. Madurarlas y prepararla, para el momento decisivo, el día de la gran revolución. Para que en ese entonces no sucumbe a su caduca y corrompida burocracia, que los tratará de vender.” (Álvarez 2019).

Su militancia se desarrollará en las Juventudes Socialistas de la Universidad de Concepción, espacio que era liderado por el estudiante de leyes Ariel Ulloa (Ariel Ulloa, entrevista telefónica, 27 de febrero de 2017). En la Escuela de Medicina crearon la base “Sierra Maestra”, nombrada así, en homenaje a las montañas donde Fidel Castro y los suyos desplegaron la lucha armada contra la tiranía de Fulgencio Batista. Crearon la Revista Revolución, espacio teórico de agitación “insurreccional”. En el trayecto del año de 1962, solidarizaron activamente con las luchas de los mineros de Lota y Coronel. Fueron miembros activos de la solidaridad con Cuba, participando Marcelo Ferrada en el Instituto Chileno-Cubano de la Cultura (Marcelo Ferrada, entrevista telefónica, abril de 2017).

Desde el punto de vista ideológico, los acontecimientos de Playa Girón tuvieron importantes repercusiones en Miguel Enríquez y sus compañeros: una vez declarado por Fidel Castro el carácter socialista de la revolución, esta nueva generación de militantes imbricará esta categoría política en su acervo teórico. Lo importante de destacar, es que este ensamblaje doctrinal, tiene simultaneidad con los orígenes de su militancia. Esto quiere decir que, desde el inicio de su praxis revolucionaria, no estuvieron sometidos a la estrategia hegemónica de las décadas anteriores: “el socialismo por etapas”.

¹² Asesinado y desaparecido por la dictadura militar en diciembre de 1973.

En el campo de las ideas revolucionarias, 1963 fue esencial para la comprensión de la nueva izquierda latinoamericana. Ese año comenzarán a circular por Latinoamérica dos libros estratégicos: la traducción al castellano del Fondo de la Cultura Económica de la obra más célebre de Frantz Fanon, “Los condenados de la tierra”, donde estableció que la violencia revolucionaria era la única forma poder liberar a los pueblos oprimidos. Asimismo, en septiembre de ese año, se publicará el texto de Ernesto Guevara, “Guerra de Guerrillas. Un método”, el que afirmará que “no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas”. Con los manuscritos de Fanon y Guevara, la idea del “foco” o “foquismo” se robustecerá teóricamente.

Volviendo a Concepción: “Desde septiembre de 1963 existimos como [Movimiento Socialista Revolucionario] (MSR)” (Álvarez 2019), escribe Miguel Enríquez en sus diarios de vida, para referirse al trabajo fraccional que comenzaron a realizar al interior de la Juventud Socialista. La autodenominación “socialista revolucionario”, tenía para los jóvenes como objetivo cumplir un rol diferenciador para con las tendencias conservadoras al interior del PS, que insistían en no cuestionar la política de “vía pacífica al socialismo”. A fines de ese mismo año, Marcelo Ferrada será el primer miembro del grupo original que viajará a Cuba. Edgardo Enríquez, hermano de Miguel y alumno de ingeniería de la Universidad de Chile, será el encargado de constituir el MSR entre los estudiantes socialistas de Santiago.

Paralelamente, Miguel Enríquez, en otro pasaje de su Diario de Vida aludiendo a 1963, anotó: “conocimos a Lautaro de la VRM” (Álvarez 2019). La línea estratégica insurreccional del sector de la “Vanguardia” que, estructuró el ERTE, inspirada en la Revolución Cubana, comenzó a seducir a este grupo de jóvenes. Hasta que lograron incorporarlos a las filas de la VRM” (Vitale 1999: 7). Por tanto, Enríquez y sus compañeros, con ello ingresaron al proceso de confluencia que desarrollaba la NIRCH.

En febrero de 1964, luego del XX Congreso Nacional de los socialistas chilenos, los jóvenes publicaron un folleto dando a conocer las razones de su alejamiento del PS, más su adherencia al proyecto político de la VRM. El documento se denominó “Insurrección Socialista”, y termina diciendo:

“Enteramente responsable de nuestros destinos como revolucionarios fieles a la bandera que hemos defendido en el Partido Socialista en nombre de 140 militantes nos hacemos un deber LLAMAR A NUESTROS CAMARADAS Y AMIGOS, a los trabajadores que han alentado dentro y fuera del Partido Socialista nuestra conducta política, a INCORPORARSE

A LA VANGUARDIA REVOLUCIONARIA MARXISTA, que se ha transformado en el núcleo aglutinante del futuro y gran partido marxista-leninista de masas que conducirá a los trabajadores a la revolución, el poder político y al socialismo para levantar otra estrella solitaria que diga ¡presente! a la gran bandera estrellada que ondea orgullosamente en manos de Fidel Castro en Cuba (1964).

El ejemplo de la vía revolucionaria de Cuba era preponderante. Sin embargo, en el documento “Insurrección Socialista” también declararon su apoyo a la candidatura presidencial de Salvador Allende ¿Apoyaban las dos vías: la pacífica y la insurreccional? Al igual que los cuadros de la vieja izquierda revolucionaria que impulsaban la NIRCH, los jóvenes rupturistas no tenían del todo solucionado el problema de acceso del poder. Consideraban que ambas se podían unir en un proceso revolucionario. Quizás, solo fueron arrastrados por la coyuntura política y correlación de fuerzas al interior de las izquierdas, la que no mostraba otra alternativa.

Al mes que el grupo de Miguel Enríquez se incorporó a la Vanguardia, esta realizó su primer Congreso Nacional y, como contemplamos en el acápite anterior, se quebró en dos bloques. Como todas las rupturas, sus razones radicarón en una mezcolanza de componentes ideológicos, como de discrepancia en materia de afinidades personales. No obstante, la cuestión internacional tuvo un alto nivel de implicancia en la fisura. El mismo Enríquez avalará esta idea en sus anotaciones: “El MSR ingresó a la VRM, y aquí crecimos. Después en marzo esta se dividió entre estalinistas y otro sector de izquierda, que se guiaba no por China, sino por Cuba. Nos fuimos.” (Álvarez 2019).

Una de las últimas resoluciones Jorge Alessandri antes de terminar su mandato de presidente, fue cesar las relaciones diplomáticas con Cuba. La izquierda en su amplitud salió a cuestionar la decisión tomada por el gobierno. Ante los ojos de Miguel Enríquez y sus compañeros, este apoyo tuvo menguada intensidad en la dirigencia política de la izquierda chilena. Derechamente, consideraron que la actitud de Salvador Allende, el FRAP y la CUT, no fue lo suficientemente enérgica para defender a la Revolución Cubana. Para ellos, lo correcto habría sido convocar a una movilización permanente: “Huelga General”, pues, lo que estaba en juego no eran solo las vinculaciones consulares entre los dos países, sino que la subyugación a las ordenanzas del intervencionismo imperialista. Tomando como ejemplo Brasil¹³, los jóvenes creyeron

¹³ El Golpe de Estado de Brasil de marzo de 1964 que depuso como presidente a Joao Goulart, fue el inicio de la política golpista en América Latina impulsada desde el gobierno norteamericano.

que esta se expresaría para Chile en forma de Golpe de Estado, en el caso de salir electo Allende como presidente en los días siguientes.

En palabras del mismo Enríquez, esta fueron las acciones que realizaron en Concepción con sus compañeros más cercanos al enterarse de la noticia del cese de las relaciones diplomáticas con la Revolución Cubana:

Los acontecimientos se han sucedido en forma acelerada. El 14 – VIII – 64 el gobierno rompió relaciones con Cuba. Nuestra reacción fue inmediata, aunque fuimos sorprendidos en la misma noche. Viriato¹⁴ redactó un panfleto, Atacama¹⁵ lo escribía a máquina y fue sacado en el mimeógrafo del “Cabezón”¹⁶. No en forma muy cauta. 3.000 ejemplares. Se repartió en la noche misma en el Hogar [Universitario]. Al día siguiente en toda la Universidad. Esa noche se hizo rayado mural nocturno clandestino. En la asamblea de Federación al día siguiente se pidió paro general indefinido. Tuvimos que fundirlo con el del FRAP. Son 24 horas. Tratamos de hacer desfile, fue imposible. Al día siguiente en cesión de centro volvimos a hablar. Bauchi, aclaró que a la contrarrevolución, opondremos la revolución. (Álvarez, 2019).

Si bien las palabras de Miguel Enríquez demuestran un total compromiso con lo que consideraban una agresión de los tentáculos imperialista a la Revolución Cubana, estas acciones de solidaridad se enmarcan en el escaso margen de incidencia política que tenían con su grupo, reducido principalmente al campo universitario.

Ya sabemos que Allende holgadamente fue derrotado en las elecciones presidenciales de septiembre de 1964. Miguel Enríquez, junto a Bautista van Shouwen, escribieron un artículo, denominado “Los fariseos gobernantes y los generales y reclutas de la derrota”, apuntando al reformismo como responsables de la estrepitosa capitulación. Para los jóvenes estudiantes de medicina de Concepción, el triunfo de los democratacristianos en las urnas correspondió sobre todo a la actitud vacilante de las direcciones de los partidos reformistas, a quienes llamaban los generales del FRAP. Asimismo, los acusaron abiertamente de haber abandonado la solidaridad con Cuba en virtud de la captación de sufragios. (Álvarez 2018).

¹⁴ Nombre político de Miguel Enríquez.

¹⁵ Nombre político de Marcello Ferrada.

¹⁶ Apodo de Sergio Sepúlveda.

A sazón de la derrota, esta nueva generación de militantes no pudo estar más de acuerdo con la política de la “bancarrotta electoral” impulsado por los sectores de la NIRCH. Se abría la oportunidad de eclipsar definitivamente con la característica sobresaliente de la nueva izquierda revolucionaria latinoamericana: la conquista del poder por la vía insurreccional¹⁷. Se confirmó, lo que ellos siempre postularon, la revolución había que hacerla a lo cubano.

Conclusión

La influencia de la Revolución Cubana permitió un camino de reagrupamiento revolucionario inédito en la historia de Chile, amparando sin sectarismos diversas matrices político-ideológicas en su interior. Además, diversas generaciones militantes participaron de este proceso.

Si bien la NIRCH (1959-1964) arraigó la estrategia de revolución socialista a través de la vía insurreccional emanada desde la Revolución Cubana, esta, no terminó siendo más que un discurso, pues finalmente su política se encontró sujeta a los vaivenes de la cuestión electoral, es decir, a las directrices de la izquierda reformista. Por tanto, tuvo un desarrollo disímil a las organizaciones del “primer momento” de la nueva izquierda latinoamericana.

La holgada derrota de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1964 provocó que las fuerzas del reagrupamiento revolucionario dieron por caducada una la larga tradición electoral, acordando salir del campo de la discursividad, para concretar la construcción de un partido político militar de vanguardia que impulsara una estrategia insurreccional en Chile. Lo anterior, se expresará en que la mayoría de las agrupaciones participes de la NIRCH, exceptuando a los maoistas, fundaron el MIR en agosto de 1964. Con esto, también podemos concluir, que los procesos electorales fueron una condicionante medular para las decisiones estratégicas de la izquierda rupturista.

Los principales actores del reagrupamiento revolucionario en sus viajes a Cuba intentaron establecer vinculaciones con las autoridades de la Revolución, sin embargo, no se pudieron concretar relaciones formales, constituyéndose en este periodo una especie de “amor platónico” de la NIRCH con la

¹⁷ Miguel Enríquez comenzará a trabajar un documento que llevará es nombre: “La conquista del poder por la vía insurreccional”, el que será presentado como tesis político militar en el congreso fundacional del MIR acaecido en los meses siguientes.

Revolución Cubana, no existiendo una reciprocidad desde los hombres de Fidel Castro. La candidatura de Allende, el poderío de los partidos socialista y comunistas, la desconfianza al trotskismo, entre otros, serán elementos medulares para que los cubanos no “apadrinaran” a quien se declaraban los auténticos legatarios de la insurrección caribeña en Chile.

Referencias bibliográficas

Álvarez Vergara, Marco (2019), *Mi felicidad es la lucha. Antología inédita del joven Miguel Enríquez*. Santiago, Chile: Editorial Pehuén.

_____ (2018), *Bautista van Schouwen. Que la dignidad se haga costumbre*. Santiago, Chile: Editorial Pehuén.

_____ (2017), *Tati Allende. Una revolucionaria olvidada*. Santiago: Editorial Pehuén.

_____ (2015), *La constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

_____ (2014), *La ruta rebelde. Historia de la izquierda revolucionaria*. Concepción, Chile: Editorial Escaparate.

Bambirra, Vania (1972), *Diez años de insurrección en América Latina*. Santiago, Chile: Editorial Prensa Latinoamericana.

Barría, Jorge (1971), *Historia de la CUT*. Santiago, Chile: Ediciones Prensa Latinoamericana.

Castro, Fidel, “Discurso de Fidel Castro”. *CubaCu*, [La Habana, Cuba]: 16 de abril de 1961. Web: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f160461e.html>

Del Solar, Felipe y Andrés Pérez (2018), *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*. Santiago, Chile: Ril Editores.

Echeverría, Mónica (2013), *Anthistoria de un luchador. Clotario Blest 1823-1990*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

Enríquez Frödden, Edgardo (1994), *En el nombre de una vida*. DF, México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Fanon, Frantz, (2011), *Los condenados de la tierra*. La Habana, Cuba: Fondo Editorial Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. “Discurso al Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes”. 28 de julio de 1960. Web:

https://www.archivochile.com/America_latina/Doc_paises_al/Cuba/Escritos_del_Che/escritosdelche002.2.PDF

Lafertte, Elías (1971), *Vida de un comunista*. 2 ed. Santiago, Chile: Editorial Austral.

Letts, Ricardo (1981), *La izquierda peruana. Organizaciones y tendencias*. Lima, Perú: Mosca Azul Editores.

Loyola, Manuel, 2008, “Los destructores del Partido: notas sobre el reinosismo en el Partido Comunista de Chile”. *Revista Izquierdas*, N°2.

Löwy, Michael (2007), *El Marxismo en América Latina. Antología, desde 1909 hasta nuestros días (edición actualizada)*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

Martínez Heredia (2017), Fernando, *Cuba en la encrucijada*. La Habana, Cuba: Ruth Casa Editorial.

Orellana Valenzuela, Gilda (2012), *Clotario Blest: sindicalista revolucionario y político de clase: por la emergencia del poder popular (siglo XX)* (Tesis Magister Historia). Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Ortiz, Óscar, (2008), *Nuevas crónicas anarquistas de la subversión olvidada*. 2 ed. Chile: Editorial La Semente, 2008.

Palieraki, Eugenia (2014), *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*. Santiago, Chile: Editorial LOM.

Pozzi, Pablo y Claudio Pérez, ed. (2012), *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. Santiago, Chile: LOM ediciones.

Regalado, Roberto (2012), *La Izquierda latinoamericana en el gobierno ¿Alternativa o reciclaje?*. DF, México: Editorial Ocean Sur.

Sader, Emir (2006) *La venganza de la historia. Hegemonía y contrahegemonía en la construcción de un nuevo mundo posible*. DF, México: Ediciones ERA.

Salinas, Maximiliano (1980), *Clotario Blest*. Santiago, Chile: Arzobispado de Santiago, Vicaría Pastoral Obrera.

Valenzuela, Humberto (2008), *Historia del Movimiento Obrero Chileno*. Santiago, Chile: Editorial Quimantú.

Valdés, Pedro (2006), *Elementos teóricos en la formación y desarrollo del MIR durante el periodo 1965-1970*, (Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia). Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile.

Vitale, Luis (1961), *Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena*. Santiago, Chile: Editorial POR.

_____ (1998), *Interpretación Marxista de la Historia de Chile. De Alessandri P. a Frei M. (1932-1964). Industrialización y modernidad. Tomo VI.* Santiago, Chile: LOM Ediciones.

_____ (1999). *Contribución a la historia del MIR (1965-1970).* Santiago, Chile: Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic. Web.

Partido Comunista de Chile (julio 1933). *Hacia la formación de un verdadero partido de clase. Resoluciones de la Conferencia Nacional.* Santiago, Chile

14 de marzo de 1959. A plaza llena “barbudos” recibieron vibrante homenaje de Chile a la Revolución Cubana. *El Siglo.*

26 de agosto de 1960. Se efectuó concentración que fue organizada por el comité de ayuda a Cuba, *El Mercurio: 20.*

1960. “Resoluciones del primer congreso latinoamericano del trotskismo: por el camino de la revolución mundial y latinoamericana”. Santiago, Chile: Editorial Prensa Latinoamericana.

Diciembre 1960. Manifiesto de la Vanguardia Nacional Marxista Santiago, Chile: S/E.

Septiembre de 1961. Carta de invitación a la Asamblea de Fuerzas revolucionarias. Santiago, Chile: Sin Editorial.

25 de julio de 1962. Cuba y su revolución. *El Rebelde*, N°10, Santiago de Chile.

Agosto de 1962. “Conferencia. Vanguardia Revolucionaria Marxista”. Panfleto. Santiago, Chile. Consultado en el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, fondo Marcelo Segal.

1

1962. Por la Unidad de los Estudiantes Revolucionarios. Manifiesto a los estudiantes chilenos. Santiago, Chile: Movimiento de Fuerzas Revolucionarias – Consejo Revolucionario Estudiantil.

1 de mayo de 1963. Un nuevo combate se ha iniciado contra el reformismo”. *El Rebelde*, N°14, Santiago de Chile.

Septiembre de 1963. Vanguardia Revolucionaria Marxista invitada a Cuba. *El Rebelde*. N°17, Santiago de Chile.

1964. “Insurrección socialista”. Manifiesto.

Febrero de 1977. Entrevista a Beatriz Allende, Revista *Mujeres*, n°2, órgano de la Federación de Mujeres Cubanas. La Habana, Cuba.

“Pedro Martínez Pérez”. *EcuRed*, [La Habana, Cuba], s/f: s/p. Web: https://ecured.cu/Pedro_Mart%C3%ADnez_P%C3%ADrez

EL MARX DE GUDYNAS: SOBRE LA IDEA DE MODOS DE APROPIACIÓN Y MODOS DE PRODUCCIÓN

Javier Enrique Zúñiga Tapia¹

Resumen/*Abstract*

El artículo se propone abordar críticamente una argumentación presentada por Eduardo Gudynas: el concepto de "modo de apropiación" complementa y a la vez critica al concepto de origen marxiano de "modo de producción", siendo además más útil a la hora de dar cuenta de las realidades de los extractivismos en América Latina. Sin embargo, nuestra perspectiva considera que Gudynas opera sobre una idea restringida de lo que es "modo de producción" para Marx, por lo que proponer un "complemento", basándose en falsas ausencias, es incongruente con su crítica. Sugerimos en cambio una lectura atenta a algunos elementos teóricos del pensador alemán referidos al modo de producción que, estimamos, puede ayudar a orientar la crítica a los extractivismos y captar sus especificidades.

Palabras clave: Gudynas, Marx, modos de apropiación, modos de producción.

THE MARX OF GUDYNAS: ON THE IDEA OF APPROPRIATION MODES AND PRODUCTION MODES

The article intends to critically address an argument presented by Eduardo Gudynas: the concept of "mode of appropriation" that complements and criticizes the Marxian concept of "mode of production", which is more useful when accounting for extractivist in Latin America. However, our perspective considers that Gudynas operates on a restricted idea of what is a "mode of production" for Marx, so proposing a "supplement" based on false absences is inconsistent with his criticism. Instead, a close reading of some theoretical elements of the German thinker referring to the mode of production can help guide the critique of extractivist and capture their specificities.

Keywords: Gudynas, Marx, mode of appropriation, mode of production.

¹ Universidad Católica de Chile. E-mail: jqzuniga@uc.cl



Introducción

La situación es apremiante: el planeta, y regiones enteras en él, viven los estragos de la degradación socio ambiental provocada por la actividad humana. Cada vez más urgencia y menos tiempo para reaccionar. Sobre sus causas se han dicho toda clase de cosas, desde los diversos negacionismos hasta las teorías más optimistas sobre lo que el colapso ambiental depararía. El mundo académico y de activistas del mundo académico han tomado también partido en el debate, constatando que se trata de un problema que no sólo es económico, político, socio ambiental, y tal vez todo ello junto, sino también epistemológico.

Se discute no solo las formas de explicar los impactos de esta actividad humana que socava la vida social y ambiental, sino también los puntos de partida conceptuales que permiten captar esta realidad, representarla en discursos críticos y convertirse en un instrumento teórico de acción, resistencia, reconstrucción. Allí emergen diversas corrientes, configurando distintas premisas de interpretación. Más allá de las diferencias, es necesario que esta pluralidad de posicionamientos exista, pues justamente habilitan la posibilidad de refinar los mecanismos críticos puestos en función del debate y la acción.

Sin embargo, entre ellas no solo debe haber debate, sino, principalmente, conocimiento recíproco. Discutir para esclarecer puntos de vista y, sobre todo, explicar mejor la realidad. Lamentablemente, tiende a primar otra lógica: la negación de otras posiciones sin siquiera indagar en los elementos de fondo que las construyen. Circulan entonces caricaturas, torsiones mediocres e incluso en ocasiones malintencionadas. Evidentemente, hay suficientes excepciones a esa tendencia. Con todo, quisiéramos llamar la atención de que tales actitudes clausuran la deliberación y contienen un germen, al menos potencial, pero preocupante desde el punto de vista académico y político, de “autoritarismo epistemológico”, pues representan una versión suave, pero insistente, de exclusión de otras corrientes de pensamiento crítico en los propios movimientos sociales.

Quisiéramos ilustrar esto con un ejemplo. Tomemos un artículo de Eduardo Gudynas, conocido pensador crítico y activista cuyo trabajo, sin duda alguna, ha sido de utilidad para organizaciones que se encuentran confrontando los efectos del deterioro socio ambiental y a sus responsables (Gudynas, 2016). Es importante dejar en claro quién es Gudynas, destacar ese aporte. Únicamente, se pretende debatir los límites que presenta a la hora de sostener lo que él considera el legado teórico de Marx. Por supuesto, no

se trata de una defensa doctrinaria, pues reconocemos que efectivamente muchas corrientes que se denominan a sí mismas marxistas, son de hecho productivistas y/o desconocen el sentido radical de la crítica de sectores antiextractivistas no marxistas o la propia profundidad de la situación de emergencia socio ambiental. Sin embargo, extender esas críticas a Marx no hacen justicia a lo planteado por él y, más aún, a los contenidos propuestos por él que, a nuestro juicio, permiten una lectura radical de la crisis ambiental y que sugieren elementos para transformarla. No los únicos, insistiremos en ello; se puede estar en desacuerdo con ellos.

No suponemos en este artículo que en Marx se encuentren respuestas unívocas, definitivas, para una teoría ecológica, eso está relativamente claro tanto para detractores y afines al pensador socialista. El propósito es más modesto: identificar y argumentar sus proposiciones de forma más sistemática que lo hecho por Gudynas y poner en su lugar, en cambio, el momento específico de la trayectoria teórica en que Marx produjo.

Modo de producción/ modos de apropiación

En el artículo referido, Gudynas se refiere a la existencia y proliferación de múltiples “extractivismos mineros, petroleros, agrícolas” (Gudynas, 2016: 96). Con ello pretende dar cuenta de la pluralidad de modos de organizar la producción e incluso de las multifacéticas experiencias al interior de cada rama productiva. Actividades cuya intensidad y extensión además muestran que el “extractivismo” es en verdad un conjunto de realidades variables según tipos de yacimiento, condiciones geográficas y geológicas, modos de organizar la fuerza de trabajo en cada enclave, variantes de prácticas institucionales, producción de metabolismos socio ambientales, etc.

En relación a todo lo mencionado anteriormente hay cierto acuerdo entre las corrientes críticas del extractivismo e incluso más allá de ellas. Ahora bien, para examinar estas realidades diversas, Gudynas propone el concepto “Modos de Apropiación” (MA), abstracción que no obstante él considera con el potencial de enriquecerse con determinaciones concretas. En ese sentido, se podría catalogar como un concepto mucho más “histórico” que el de “Modo de Producción” (MP), por lo tanto, con mayor rendimiento analítico a la hora de captar y explicar las realidades extractivistas. Con todo, según Gudynas, el MA se basa en el MP, se complementa en términos lógicos e históricos. Técnicamente, lo que él propone es que la interacción entre “sociedad y naturales” se articula a través de modos de apropiación entre

distintos modos de producción, siendo el capitalista uno entre tantos, como el comunismo primitivo, modo de producción asiático, antiguo, feudal y el capitalista (Gudynas, 2016: 97).

El alto nivel de abstracción del concepto MP, habilitaría a Gudynas a complementarlo con el de MA, para explicar la particularidad, por ejemplo, de una realidad como la americana. Sin embargo, consideramos que esa es una forma muy simple de desplazar la relevancia del concepto de MP. No porque este explique todo, sino que su forma de *abstracción* no tiene que ver con un nivel de *generalidad*, sino con un modo de analizar los núcleos constitutivos de la sociedad movilizadora por el capital: mecanismos en que el *valor se valoriza* y las categorías que permiten construir un andamiaje teórico que explica ese proceso (se volverá sobre el punto). De esta manera, omitir esta perspectiva a la hora de buscar anclar conceptos supuestamente complementarios, resulta una opción teórica analíticamente inconsistente. Una opción entre muchas, pero que, como se argumentará, no es la opción más congruente con lo planteado por Marx.

Modo de producción tiene que ver en Marx con formaciones tendenciales que la vida social organiza y reproduce para su supervivencia y prolongación como especie. Es cierto que Gudynas releva y discute con una de las nociones más difundidas al respecto, con los “grandes modos de producción”, pero es necesario destacar que ella es un producto sistematizado por la ideología-propaganda oficial del Estado Soviético, en la cual el evolucionismo y la linealidad histórica coronada por el estado burocrático, era el centro legitimador de la argumentación. Por el contrario, en Marx era otro el enfoque. Huelga decir que más que explicar conceptos, para Marx lo principal era la captación de los mecanismos concretos de interacción social, tarea a la que se subordinaban los conceptos. Este objetivo lo privó de producir grandes modelos explicativos o reeditar viejas/nuevas filosofías de la historia, las que, por cierto, fueron permanentemente desmontadas por él. Gudynas, en cambio, parece tomar otra versión, una orientación mucho menos enfatizada por Marx, para constatar un supuesto límite analítico desde donde construir nuevas proposiciones, como los MA.

Así, el problema no son las proposiciones de Gudynas, él tiene todo el derecho y libertad de hacerlo, sino las premisas incongruentes desde donde arranca. Muestra de la historicidad no lineal, de la que no da cuenta Gudynas, de la producción en sociedad en Marx:

En la producción, los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un

intercambio de actividades. Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es como se relacionan con la naturaleza y como se efectúa la producción.” (Marx 1968: 37).

En el artículo que estamos usando de ilustración, Gudynas propone una separación analítica, como se dijo, entre “producción” y “apropiación”. A primera vista, tiene sentido en tanto se construye su articulación recíproca en el tránsito de lo abstracto a lo concreto. Pero en realidad no es así. Lo que plantea Gudynas es una articulación de lo general (MP) a lo particular (MA), desconsiderando el problema metodológico respecto del cual la abstracción (que no es lo mismo lógicamente que una generalización) cumple un papel relevante e inamovible en Marx.

La distinción que sugiere Gudynas, si se quiere plantear desde una complementariedad con Marx, no se sostiene. Por ejemplo, en la famosa *Introducción* de 1857, se establece la unidad entre producción y apropiación, al mismo tiempo que arremete contra quienes operan analíticamente esa separación:

Toda producción es apropiación por parte del individuo en el seno y por intermedio de una forma de sociedad determinada. En este sentido, es una tautología decir que la propiedad (la apropiación) es una condición de la producción. (Marx 1968: 7).

Por otro lado, Gudynas no repara en las diferencias conceptuales y de cambio de problemática a lo largo de la trayectoria teórica de Marx, como si el significado de la “producción” hubiese tenido el mismo sentido en “La Ideología Alemana” (1846) que en “El Capital” (1867) (Althusser, 1967). Sobre estos cambios en Marx se ha discutido bastante, lo importante, consideramos, es el reconocimiento de que los conceptos no son meros significantes transferibles sin modificar la sustancia de la *problemática* en la que ellos adquieren un sentido determinado.

En *El Capital*, MP es la unidad cuyo examen exhibe el conjunto de categorías que develan el secreto de la producción de capital: mercancía, valor de uso, valor de cambio, valor, trabajo abstracto, trabajo concreto, trabajo privado independiente, fetichismo de la mercancía, el secreto del dinero, etc. Trasplantar el concepto MP como si fuera únicamente una forma general, sin considerar la complejidad de la constelación de categorías que lo acompañan, o no argumentar su no uso, desdibuja en realidad lo propuesto por Marx y no se aborda su obra, por lo tanto, en diálogo crítico con ella.

Marx: ¿un marco conceptual de países industrializados?

Otro punto a examinar dentro de los límites que Gudynas adjudica al concepto de MP de Marx, es la idea de que estos se originan desde “marcos conceptuales propios de países industrializados” (Gudynas, 2016: 99). Esa visión de Gudynas tiene un contenido muy apropiado cuando se trata de dar visibilidad crítica a una multitud de epistemologías que claramente desdibujan o socavan los conocimientos producidos en otras latitudes que no sean Europa o EEUU. Podría, a partir de ello, discutirse si es que Marx es o no eurocéntrico o hasta qué punto consideraba la realidad de otros pueblos que no sean los europeos. No obstante, no es lo que nos interesa discutir aquí.

Desde el punto de vista de lo que se está debatiendo acá, lo problemático es el hecho de que la pura constatación de provenir de países industrializados exima a Gudynas de presentar una argumentación más acuciosa respecto de los elementos que deja de lado por tener un objeto de estudio ajeno a América. Además, tampoco se evidencia en el artículo por qué no servirían para analizar a fondo la realidad de Latinoamérica: ¿cuáles serían esos elementos de marco conceptual insuficientes para países no industrializados? ¿A qué discusiones teóricas se está remitiendo Gudynas para descartar esos marcos, sea cuáles sean? No están explicitados, ni siquiera a pie de página.

Uno de los elementos que se mencionan, o solo desde su acepción economicista, es el de “renta”. Generalmente, en este y otros textos, se la equipara a un *Commodity* o a una simple ganancia por “ventaja comparativa”. Sin embargo, es sabido que, en Marx, y en un largo debate que siguió tras su muerte, hasta hoy, la categoría es más compleja que un mero concepto económico. No es él quien la inventa, pero es con él con quien adquiere una alta densidad. No es posible desarrollar aquí por qué la renta de la tierra es un elemento central en el pensamiento marxiano, hay abundante literatura reciente que busca argumentarlo (Caligaris 2014). Lo que sí se debe destacar, es que las distintas formas de renta de la tierra (diferencial I y II, absoluta y de monopolio) son indispensables e ineludibles para entender la conflictividad socio ambiental en América, de hecho, permite comprender la influencia social de un tipo particular de empresario capitalista, el *rentista*.

No nos podemos extender, pero una definición posible de la renta propiamente capitalista es “La forma social históricamente específica que emerge de esa base material en tanto los condicionamientos particulares en cuestión son objeto de apropiación privada en el modo de producción capitalista. Y la

forma de esta apropiación privada es a potestad jurídica de ejercer el monopolio sobre la porción del suelo en que dichos condicionamientos operan” (Iñigo Carrera 2017: 5).

Esta tendencia general es apreciable en territorios avocados a la producción de mercancías de las cuales brota el beneficio de la renta de la tierra: petróleo, productos agrarios, minería, etc. La búsqueda incesante de este beneficio produce formas de control territorial y de organización del trabajo, modos de metabolizar ecosistemas para producir espacios de acumulación de capital y el fortalecimiento de grupos económicos y políticos que operan como personal que viabiliza la reproducción del *rentismo*.

Así, el rentismo se extiende como realidad social y en tanto mecanismo para constituir poderes (empresariales, políticos, ideológicos, etc.) que se organizan en función de la captación de los distintos tipos de renta de la tierra. Los regímenes a los que se refiere Gudynas, los avatares del llamado “ciclo progresista”, están marcados por la influencia de la renta de la tierra. En ese sentido, ¿es posible impugnar esta categoría por el hecho de haber sido elaborada en el marco europeo industrializado? ¿No logra explicar una parte importante de las realidades de América Latina? Por supuesto, no quiere decir que explican todo o son el único mecanismo general que se reproduce en esta región, pero sí permiten explicar dinámicas fundamentales. ¿Acaso no son útiles los modos concretos de generación y apropiación de renta de la tierra, y todo lo que ello provoca, para comprender los extractivismos? Es posible que por el hecho de haberse pensado en Europa requieran una actitud crítica, pero también reconocimiento de aquello que es útil.

Extractivismo: ¿relación social distinta al capital?

Otra arista sobre el problema de los modos de producción es que Gudynas les vuelve a asignar una dimensión preponderantemente económica, en su sentido más literal: “la complejidad de emprendimientos, como la gran minería, los monocultivos de soja o la explotación petrolera en la Amazonia, no puede ser analizado únicamente desde una mirada económica, sea convencional o incluso heterodoxa.” (Gudynas 2016: 100). Ante ello, argumenta que las complejidades de los extractivismos revelan otros nudos de conflicto (propiedad, Estado, rol de las empresas o de las comunidades, etc.) y que, según él, “expresan distintas relaciones sociales”, que el concepto de MP no alcanza atender políticamente.

Nuevamente, es difícil estar en desacuerdo con el *sentido* de la afirmación, por simple que sea: *la realidad es compleja y multidimensional*. Es cierto. Pero la generalidad de su afirmación se basa en una idea errónea en la que MP sería un concepto solo económico, en su acepción más reducida, lo cual no es efectivo. Por otro lado, para Gudynas, el concepto no daría cuenta de otras relaciones sociales, o sea, que la producción capitalista tiene exterioridades que operan con autonomía (él no distingue si de forma absoluta o relativa ni en virtud de qué criterios son “otras relaciones”). Nos referiremos a estas dos problemáticas.

Respecto al modo de producción como concepto económico. Marx se refiere a él principalmente como una relación social, incluso como una configuración socioambiental: “el trabajo es, en primer término, un proceso entre el hombre y la naturaleza, proceso en que el hombre realiza, regula y controla, mediante su propia acción, su intercambio orgánico con la naturaleza.” (Marx 2010: 185). Es factible decir que el concepto MP es económico por su contenido, pero su examen expresa una relación y un proceso social que se moviliza por actores sociales con agencia e intereses. Es cierto que los manuales marxista-leninistas, el *diamat*, dicen lo contrario, pero de ello no se puede hacer responsable a Marx. MP no es exclusivamente económico por hablar de “producción”, sino que es una abstracción que muestra un contenido económico específico, formas de producir y reproducir la vida material de la sociedad, pero siendo al mismo tiempo y articuladamente un modo de relación social históricamente específica.

Al mismo tiempo, esta visión economicista sobre el MP, conspira contra la posibilidad de articular perspectivas de conjunto, con visión de totalidad, de la sociedad. Al ser considerado fundamentalmente como un concepto económico, quedan fuera de él un amplio arco de dimensiones de la sociedad. La idea de que hay “otras relaciones” no es exacta. Por supuesto, no porque no existan estados, regímenes de propiedad, comunidades en conflicto, etc., sino porque i) el capital es una relación social general, por lo tanto, tiende a englobar en su dinámica al conjunto de vínculos y conflictos sociales, sin implicar necesariamente una jerarquía ii) esas “otras” relaciones que presenta Gudynas, no son entendibles, en los marcos históricos actuales, sin señalar su unión con la relación social general que es el capital. Esta relación, según Marx, tiende a subordinar el conjunto de vínculos sociales al proceso de *valorización del valor* y, desde ese plano, es un principio organizador del Estado o la propiedad (Caligaris 2012). No es que estas sean “esferas” separadas o abstracciones funcionales, tales como las “comunidades”, “extractivismos”, “regímenes”, etc.

Extractivismos: ¿un sector productivo?

Otra afirmación de Gudynas: “los extractivismos en sentido estricto no son un sector ‘productivo’, ni tampoco una ‘industria’, tal como plantean los defensores de estos emprendimientos” (Gudynas 2016: 100). Aquella tendencia tal vez es cierta si se la mide desde el punto de vista de los indicadores de “crecimiento y desarrollo” convencionales, como el PIB, balanzas de pago, etc. Hablar de los extractivismos, en ese caso, sería otra forma de dar cuenta de asimetrías de América Latina respecto de otras zonas del mundo que, bajo este parámetro sí estarían industrializadas. Es evidente que existen asimetrías indisimulables y su origen, carácter, tendencias y proyecciones suscitan hasta el día de hoy un debate. Ahora bien, lo que nos interesa poner en el centro es que la idea de que “industria” es algo así como equivalente a “sector secundario” de la economía, que enseñan en los manuales, es ajena a Marx. Como en todo, en realidad, Gudynas puede no estar de acuerdo con Marx, pero no es lícito pretender montar su concepto de MA sobre una categorización torcida de lo que para Marx es industria, concepto a su vez vinculado al de MP.

En ese plano, no se trata de que Marx no distinga en su análisis las especificidades de *las industrias*, bancos, comercio, etc., y sus formas de obtener renta, interés, ganancia en tanto capitales concretos. En cambio, para él el hecho de que el capital sea industrial tiene que ver, en primera instancia, con la capacidad de generar valor, en cualquier cantidad. Tomemos una cita que bien podría aplicarse a las mercancías de uso extractivistas, las “materias primas”:

Al transformar el dinero en mercancías, que sirven de materias primas para la creación de un nuevo producto o de factores del proceso de trabajo, al incorporar a su objetividad muerta fuerza de trabajo viva, el capitalista convierte el valor, el trabajo pretérito objetiva, muerto, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo, en un monstruo animado que se lanza a ‘trabajar’ cual si tuviera dentro del cuerpo el amor. (Marx 2010: 202).

No es una afirmación poética, sino que describe el proceso general del paso del valor, como actividad humana cristalizada, hacia la valorización, la creación de capital. En esa dirección: ¿produce valor el considerado por Gudynas sector extractivista, no industrial? Pareciera posible inferir que la “industria extractiva”, como es denominada en *El Capital*, en tanto sea parte del proceso de valorización, del “consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista” (Marx 2010: 193), sí está en condiciones de generar valor y/o de apropiarse plusvalía proveniente de otras actividades por medio del mecanismo de renta de la tierra:

La apropiación de renta tiene en su base el monopolio sobre la tierra. Pero como cualquier otra porción de riqueza social, no brota de este monopolio. Brota del trabajo social realizado de manera privada e independiente, bajo el comando del capital, por los obreros vendedores de fuerza de trabajo. Más concretamente aún, en tanto se trata de una porción de dicho trabajo social que excede a la reproducción de la fuerza de trabajo que la produce, la renta de la tierra es una porción del producto del plus trabajo rendido por los obreros. El monopolio sobre la tierra da a los terratenientes títulos sobre una parte de la plusvalía en cuya producción, como ya lo remarcamos, no han tenido parte.” (Carrera 2017: 85).

En otras palabras, en la imposibilidad de reconocer en el extractivismo un sector productivo, desde el punto de vista de su participación en la generación de valor, se encuentra latente el riesgo de no captar formas históricas y cursos de explotación identificables únicamente a través de la afirmación del extractivismo como actividad capitalista y, por lo tanto, analizado como tal.

Nuevamente: Gudynas no está obligado a compartir la misma idea de industria o sector productivo que Marx. Lo que no puede hacer es construir propuestas desde ausencias o confusiones inexistentes en Marx. Otra vez una visión de raíz economicista sobre lo que es “producción” le impide ver los potenciales analíticos expuestos explícitamente en Marx.

Sobre el valor como categoría complementaria al modo de producción capitalista

Volvamos una vez más sobre el valor. En el artículo que estamos comentando, Gudynas afirma que el concepto de MP de Marx permite considerar las múltiples “formas de asignar valor”. Detengámonos en este punto. En primer lugar, en la variante económica más convencional del vocablo: “el valor se asigna”, como si se tratara de una magnitud puramente económica. En segundo lugar, detenerse en el tratamiento del MP como si fuera una categoría que pudiera operarse o desecharse sin mediaciones ni exponer modalidades sumamente concretas de “asignar valor”. Por último, Gudynas pareciera adjudicar a Marx una confusión entre valor y valor de cambio, refiriéndose en su artículo como “valor” a lo que en realidad es “valor de cambio”. De hecho, es muy difícil no distinguir el secreto del valor de cambio una vez leído *El Capital* (Marx 2010: 52).

Muy por el contrario, lejos de ser una categoría económica en su sentido restringido, el valor es una forma de organización social, un núcleo del concepto de MP en Marx. En el capítulo I de *El Capital*, se exponen

claramente sus fundamentos: una sociedad de productores privados independientes cuyos trabajos se conectan e intercambian entre sí porque comparten una sustancia social común, el tiempo de trabajo abstracto socialmente necesario que se requiere para producir determinadas mercancías: el valor, con todo el entramado histórico que supone que la sociedad tienda a organizarse preponderantemente para producir mercancías con tales atributos sociales. Las mercancías del extractivismo, que se configuran en todo momento *a través* de la naturaleza extra-humana, no escapa a esta tendencia. (Moore 2014).

Con todo, no es solo la constatación del valor, su magnitud y sustancia social, lo que aporta Marx, sino la demostración de que el motor de la sociedad actual es producir y apropiar más valor, activar procesos que lo acrecienten, valorizar el valor. De hecho, este sujeto autónomo de la vida social, el valor que se valoriza, es el proceso de producción de capital, un *sujeto* que se produce a sí mismo ampliándose como una relación social general, conformando un *modo* de producción. Así, la generación de capital es esencialmente la reproducción de una relación social que involucra en todo momento tipos de metabolismos-interacciones-sociedad-naturaleza.

¿Por qué entonces Gudynas le asigna en su artículo un papel tan poco relevante al potencial analítico del MP? Marx inicia *El Capital* tomando como punto de partida “las sociedades en que impera el modo de producción capitalista”, tarea que iba a ocupar seis tomos similares al que él vio terminado, solo el primero, pero que, sin embargo, hoy se conocen otros dos tomos y además cuadernos preparatorios de redacción, como los *Grundrisse*. Para Gudynas estas fuentes disponibles no parecen relevantes a la hora de justificar su propuesta de “complementar” con su propuesta de MA.

El modo de producción como proceso “esencialmente entre humanos”

Por último, pero ya señalando una idea a nuestro juicio totalmente rebatible, Gudynas argumenta que los “modos de producción lidian con procesos que se dan esencialmente entre humanos” (Gudynas 2016: 102). Esta opción que toma, ya no se trata de una simple omisión, como en los otros casos, sino de un planteamiento derechamente falso. No sólo inválido para un momento particular de la trayectoria teórica de Marx, sino falso para casi la totalidad:

-
- a) 1844: *En la práctica, el hombre vive solo de estos productos naturales, ya sea en forma de alimentos, calor, vestido, vivienda, etcétera. La universalidad del hombre, aparece en la práctica en la universalidad que constituye toda la naturaleza en su cuerpo inorgánico.* (Marx 2012: 110).
- b) 1846: *La producción real de la vida se revela como algo protohistórico, mientras que la historicidad se manifiesta como algo separado de la vida usual, como algo extra y supraterrrenal. De este modo, se excluye de la historia el comportamiento de los hombres hacia la naturaleza, lo que engendra la antítesis de naturaleza e historia. Por eso, esta concepción solo acierta a ver en la historia los grandes actos políticos y las acciones del estado, las luchas religiosas y las luchas teóricas en general, y se ve obligada a compartir, especialmente, en cada época histórica, las ilusiones de esta época.* (Marx & Engels, 2011).
- c) 1847: *En la producción los miembros de la sociedad hacen que los productos de la naturaleza resulten apropiados a las necesidades humanas (los elaboran, los conforman); la distribución determina la proporción en que el individuo participa de estos productos; el cambio le aporta los productos particulares por los que él desea cambiar la cuota que le ha correspondido a través de la distribución; finalmente, en el consumo los productos se convierten en objetos de disfrute, de apropiación individual* (Marx 1968: 9).
- d) 1867: *En su producción el ser humano puede proceder únicamente como la naturaleza misma, es decir, solo puede alterar la forma de las materias. Y aún más: incluso en este trabajo de transformación se apoya constantemente en las fuerzas naturales. El trabajo no es, por consiguiente, la única fuente de los valores de uso que produce, de la riqueza material.* (Marx 2010: 57).
- e) 1872: *La vida a costa de trabajo ajeno será cosa del pasado. ¡No habrá más Gobierno ni Estado separado de la sociedad! La agricultura, la minería, la industria, en fin, todas las ramas de la producción se organizarán gradualmente de la forma más adecuada. La centralización nacional de los medios de producción será la base nacional de una sociedad compuesta de la unión de los productores libres e iguales, dedicados a un trabajo social con arreglo a un plan general y racional. Tal es la meta humana a la que tiende el gran movimiento económico del siglo XIX.* (Marx 2019).

f) 1875: *El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!), ni más ni menos que el trabajo que no es más que la manifestación de una fuerza natural, la fuerza de trabajo del hombre*” (Marx & Engels 1984: 420).

g) 1881: *Han pasado ya los tiempos en que la agricultura rusa no necesitaba más que tierra y agricultor parcelario pertrechado con aperos más o menos primitivos. Estos tiempos han pasado con tanta rapidez porque la opresión del agricultor contagia y esteriliza su campo. Le hace falta ahora el trabajo colectivo organizado en gran escala*” (Marx 2019).

Conclusión

No parece lícito entonces, proponer una apuesta complementaria en base a falsas ausencias o, lisa y llanamente, torsiones. Es discutible hasta qué punto es productivista la trayectoria de Marx, el rendimiento y límites del concepto de modo de producción; la relevancia que tienen conceptos como “metabolismo”, “naturaleza inorgánica”, etc.; lo prometeico de su visión entre otras problematizaciones posibles. Pero negar el reconocimiento a la potencia de un concepto tan fundamental como el modo de producción (y sus múltiples implicaciones), no permite el diálogo, clausura y limita el aporte que puede hacer Marx a las actuales discusiones sobre la situación socio ambiental del mundo. Que Gudynas proponga marcos conceptuales, los cuales sirven a muchas agrupaciones en lucha socio ambiental, pero que no lo haga desestimando por omisión, o tal vez sin conocer a fondo, la obra de otros pensadores.

Referencias bibliográficas

Althusser, L. (1967). *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Caligaris, G. (2012). Clases sociales, lucha de clases y Estado en el desarrollo de la crítica de la economía política. En G. Caligaris, & A. Fitzsimons, *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx* (págs. 72–91). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

_____ (2014). Dos debates en torno a la renta de la tierra y sus implicancias para el análisis de la acumulación de capital en la Argentina. *Razón y Revolución*, 63-83.

Gudynas, E. (2016). Modos de producción y modos de apropiación. Una distinción a propósito de los extractivismos. *Actual Marx*(20), 95-122.

Carrera, I.. (2017). *La renta de la tierra. Formas, fuentes y apropiación*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Marx, K. (1968). *Trabajo Asalariado y Capital*. Madrid : Ricardo Aguilera.

_____ (1968). *Introducción general a la crítica de la economía política*. Córdoba: Pasado y Presente.

_____ (2010). *El Capital*. Santiago: LOM.

_____ (2012). *Manuscritos económico-filosóficos*. México: FCE.

_____ (2019). *Proyecto de respuesta a la carta*. Obtenido de Marxists.org: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/81-a-zasu.htm?fbclid=IwAR2Yv1hwYkh2S8kpBkogJKsspR-l-hjirWJe4V6hs-lEfy_W84RjvXyAqyo

_____ (2019). *La nacionalización de la Tierra*. Obtenido de Marxists.org: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/lndI72s.htm?fbclid=IwAR35VBRZ-h7qB5ST1J1uWmAFMj3SGmUg2Y2HTPXRC5i9bRpK9KceXGI8IHM>

Marx, C., & Engels, F. (1984). Observaciones al Programa del Partido Obrero Alemán. En C. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas volumen 2* (págs. 420-436). Buenos Aires: Editorial Cartago.

_____ (2011). La Ideología Alemana. En C. Marx, & F. Engels, *Textos escogidos* (págs. 15-23). México DF: Ocean Sur.

Moore, J. (2014). Crisis: ¿ecológica o ecológico-mundial? *Actual Marx Intervenciones*(17), LOM.

EL CARIBE Y EL NACIMIENTO DE LA ESCLAVITUD CAPITALISTA. APUNTES SOBRE EL MARXISMO NEGRO DE ERIC WILLIAMS

Perla Patricia Valero Pacheco¹

Resumen/*Abstract*

Este trabajo analiza la obra *Capitalismo y esclavitud* del marxista negro Eric Williams, donde se objetan las explicaciones tradicionales sobre el desarrollo del capitalismo, al valorar el papel de la esclavitud colonial y la trata negrera. A partir del trabajo de Williams se esboza una interpretación sobre la esclavitud colonial como una nueva forma de esclavitud netamente capitalista forjada en un Caribe global.

Palabras claves: Caribe, esclavitud, capitalismo, Eric Williams, marxismo negro

*This work analyzes the book *Capitalism and slavery* by the black Marxist Eric Williams, where challenge traditional explanations about the development of capitalism when assessing the role of colonial slavery and the slave trade. Williams's work outline an interpretation of colonial slavery as a new form of clearly capitalist slavery forged in a global Caribbean.*

Key Words: Caribbean, slavery, capitalism, Eric Williams, Black Marxism

¹ Universidad Autónoma de México. E-mail: perlapvalero@gmail.com

La esclavitud no nació del racismo; más bien [...] el racismo fue la consecuencia de la esclavitud. El trabajador no libre en el Nuevo Mundo fue moreno, blanco, negro y amarillo, católico, protestante y pagano.

Eric Williams



Introducción. Williams y la tradición negra radical

En 1938, en pleno ascenso del fascismo y a punto de eclosionar la segunda gran conflagración mundial, se defendía en la Universidad de Oxford una tesis doctoral titulada “*The Economic Aspects of the Abolition of the West Indian Trade and Slavery*”. Su autor era el trinitario Eric Eustace Williams², hijo rebelde del colonialismo inglés en el Caribe y lucero de la pléyade de pensadores y militantes de la tradición radical negra atlántica.

A contracorriente de la historiografía anglófona de su época, su trabajo cuestionaba los motivos y el rol del humanitarismo inglés en la abolición de la esclavitud colonial en las Antillas, señalando como motor a los intereses económicos británicos, especialmente aquellos reunidos en torno a la abolición del monopolio. Su tesis doctoral sería publicada en 1944 bajo el título de *Capitalism and Slavery*, convirtiéndose en el primer estudio sistemático de la relación entre el desarrollo económico de Gran Bretaña y el sistema esclavista en el Caribe colonial. Causó gran polémica tras su publicación en la academia anglófona, mientras que en el mundo hispano hablante fue prácticamente ignorada. Sería traducida al español casi 30 años después de su publicación original, por Ediciones Siglo Veinte Argentina en 1973, por la cubana Editorial de Ciencias Sociales en 1975 y, en fechas recientes, por la española Traficantes de Sueños (2011).

² Además de ser historiador, Williams (Trinidad, 1911-1981) fue un anticolonialista convencido y militante en favor de una confederación pan-antillana que nunca lograría concretizarse. Fundó el Movimiento Nacional del Pueblo (MNP) en 1955 en su natal Trinidad y Tobago cuando era aún una colonia británica. Tras la independencia en 1962, Williams fungió como primer ministro de la pequeña nación bi-insular durante 25 años, hasta su muerte.

Considerada la “obra maestra” de Williams, *Capitalismo y esclavitud* se propone demostrar que la esclavitud, promovida y organizada por los europeos, no fue un hecho accidental ni un fenómeno marginal felizmente superado por la marcha triunfante del progreso capitalista y su régimen de trabajo libre. Por el contrario, argumenta que la trata de 12 millones de africanos esclavizados y empleados preponderantemente en plantaciones azucareras fue una pieza crucial en el desarrollo mundial del capitalismo temprano y en el arranque de la acumulación en Inglaterra, al hacer crecer el volumen del comercio intercontinental y estimular el desarrollo de las industrias de transformación. En realidad, las llamadas “tesis Williams” ponían en tela de juicio a las explicaciones clásicas de la revolución industrial, que la planteaban como proceso endógeno inglés y minimizaban el papel de la producción de las colonias y el rol de la trata. Asimismo, se confrontaban con las explicaciones de los marxismos ortodoxos de la época, que pensaban el desarrollo del capitalismo en etapas sucesivas de modos de producción bajo una narrativa esquemática que se alejaba de los trabajos del propio Marx³ y se cobijaba bajo el *Diamat* de corte estalinista. Valorar la esclavitud colonial como uno de los presupuestos históricos para el desarrollo capitalista era una afrenta a esta lectura teleológica del llamado materialismo histórico, que convirtió a Williams en un hereje de los discursos del marxismo dominante de su época.

Por ambas razones, las tesis Williams se tornaron blanco de críticas e intentos de refutación, especialmente durante los años 70 y 80 cuando historiadores económicos con abordajes tan distintos como el institucionalista Charles Kindleberger, el neofisiócrata de la *École des Annales* Paul Bairoch y el marxista Robert Brenner atacaron el argumento de que las colonias y el comercio colonial hubiesen tenido alguna contribución decisiva para la formación del capital inglés durante la revolución industrial (Blackburn, 2003). Además, por esos mismos años, comenzaba a aparecer una explicación alternativa que cuestionaba la existencia histórica de una supuesta revolución industrial para, en su lugar, hablar de una dilatada proto-industrialización iniciada desde la Edad Media, teoría propuesta por Franklin Mandel (Bayly).

Williams fue alumno de otro brillante historiador trinitario, el también marxista C.L.R. James, autor de *Los jacobinos negros*, un estudio publicado en 1938 que se tornó un clásico sobre la Revolución haitiana.

³ En una carta dirigida a Annenkov datada el 28 December 1846, Karl Marx escribe que la esclavitud fue el “momento principal de la acumulación originaria”, y que se trata de “una categoría económica de la mayor importancia” (Robinson: 113). Mientras que, en *El capital*, se argumenta que “Los diversos factores de la acumulación originaria [...] En Inglaterra, a fines del siglo XVII, se combinan sistemáticamente en el sistema colonial, en el de la deuda pública, en el moderno sistema impositivo y el sistema proteccionista [...] Liverpool creció considerablemente gracias a la trata. Ésta constituyó su método de acumulación originaria” (Marx, 2009: 940, 949).

Fue el primer trabajo histórico que puso a las masas esclavas de Saint-Domingue como hacedoras de su propia historia al restituirles el papel de sujetos revolucionarios que la historiografía europea les había negado por más de un siglo (Trouillot). El propio Williams reconocería a los africanos esclavizados del Caribe inglés su rol como hacedores de su propia historia de liberación, al rescatar la importancia de las revueltas esclavas en el proceso de abolición de la trata y de la esclavitud. Williams no sólo siguió los pasos de su maestro en el reconocimiento de la “agencia” negra, sino que profundizó en la relación entre esclavitud colonial y desarrollo capitalista que el mismo James ya había develado en *Los jacobinos negros*, pero para el caso francés (2003).

Tanto Williams como James formaron parte de una red de intelectuales y activistas negros que se extendió por todo el mundo Atlántico, con lazos tejidos dentro del propio universo caribeño y entre los muy diversos mundos caribes con los Estados Unidos, la madre África y Europa. Estos vínculos forjaron lo que Cédric Robinson llamó una “tradición radical negra”, que fue crítica de los modelos históricos eurocentrados, incluidos los del marxismo, que minimizaban la importancia de la explotación de las poblaciones negras en el desarrollo del capitalismo e ignoraban su agencia como sujetos en resistencia y hacedores de una tradición de radicalismo negro que fue reivindicada por estos intelectuales y militantes que crearon su original interpretación del marxismo, de un marxismo negro y anticolonial (2000).

El propio Williams formó parte de esta tradición radical negra que era, ella misma, producto del Atlántico negro, ese espacio global producido por los circuitos coloniales de la trata negrera y la comercialización del azúcar, el tabaco y el algodón; pero creado también por los levantamientos esclavos, las resistencias negras, el cimarronaje y la diáspora africana. Y es dentro de esta tradición desde donde debemos leer su trabajo, en un diálogo con otras importantes figuras como los norteamericanos W.E.B. Dubois (2007) y Richard Wright (1957), así como sus compatriotas anglo caribeños George Padmore, editor del diario *Negro Worker* y Oliver C. Cox (1948). Estos últimos, al igual que Williams y James, fueron hijos de las clases medias de Trinidad y se formaron en la metrópolis británica y después en Estados Unidos, donde pudieron nuclearse en torno a los movimientos sociales y sindicales afroamericanos e incorporarse en las universidades negras, como la Universidad Howard en Washington D.C., la llamada “Harvard negra”, donde Williams fue profesor.

Los planteamientos de estas figuras fueron cruciales para pensar críticamente la esclavitud, el colonialismo, el racismo, la resistencia negra y su relación con el desarrollo del sistema capitalista, y así lo hizo Williams. Es por ello que este texto versará sobre su trabajo, específicamente en torno a cuatro elementos que aparecen planteados en su obra: el Caribe como un espacio global, la esclavitud colonial como una nueva esclavitud capitalista, la plantación como industria capitalista y la invención del “negro” y el racismo moderno como resultado del colonialismo basado en la plantación.

Caribe: mediterráneo global

La obra de Williams no versa sobre el capitalismo británico y la esclavitud en el Caribe inglés, o no solamente. Nuestro autor era consciente de que lo característico del capitalismo británico era típico también de otros capitalismos coloniales. De manera que las páginas de su libro están atravesadas constantemente por las relaciones inter-imperiales e inter-coloniales que engarzaron todo el espacio atlántico e incluso más allá, pues también presta atención a la India como parte del sistema colonial británico. Al observar estas relaciones inter-coloniales, las reflexiones de Williams abonaron a las interpretaciones posteriores que han pensado en un Atlántico global, ese que algunos historiadores han llamado “Atlántico variopinto” que nació de la mano de un proletariado atlántico multiétnico (Linebaugh, Rediker). Ese que otros autores han bautizado como “Atlántico negro”, como un espacio histórico que se forjó con la diáspora africana, la trata negrera y los aportes políticos y culturales de los africanos esclavizados que desplegaron sus trayectorias a lo largo y ancho de dicho océano produciendo una “doble conciencia” (Gilroy).

El trabajo de Williams puede situarse también dentro de una novedosa forma de historia atlántica. Hacia los años 40, a la par de la publicación de su obra, se desarrollaba el enfoque de la llamada “historia atlántica”, un producto de la guerra fría. Historiadores europeos como Jacques Godechot (1947) y estadounidenses como Michael Kraus (1949) y R.R. Palmer (1959) escribieron trabajos sobre la historia de la “civilización atlántica” cuyo mito de origen se remontaba a las revoluciones del siglo XVIII (la francesa y la norteamericana) que calificaban como “revoluciones atlánticas”, en un intento de producir una suerte de historia común para los amos del bloque occidental capitalista. El resultado fue la lectura de una civilización atlántica que se desbordaba en ambos lados del océano, pero restringida al Atlántico norte y anglosajón, resultando en la creación de un Atlántico blanco y moderno como espacio histórico y

cultural, donde los esclavos, los indígenas y la gente de color quedaba borrada de la historia y de los orígenes de la modernidad, tal como la pensaban estos autores.

A pesar de ser contemporáneo de estos trabajos, el de Williams ofrece una nueva visión que supera al Atlántico blanco y anglosajón, y dibuja un Atlántico negro que muestra la contracara colonial de la modernidad capitalista. Asimismo, el historiador trinitario logra demostrar que este fue un espacio producido por y para el capital, donde la trata negrera tuvo un papel fundamental.

El océano Atlántico fue el paso literal y figurado, la condición necesaria para la primera mundialización de carácter capitalista, remontada en un inicio por navíos ibéricos. No olvidemos que desde el siglo XVI los españoles ya se encontraban empujando la frontera atlántica para llegar al Pacífico, mientras que los portugueses lo hicieron circundando África rumbo al océano Índico. Ambos imperios tenían como objetivo la conquista de China y para ello organizaron fracasadas expediciones (Gruzinski). A pesar de este revés, el proceso iniciado en 1492 permitiría el paso de un Atlántico-aventura a un Atlántico-comercio, convirtiéndolo en un lago europeo (Céspedes). Pero pensar al Atlántico como un lago europeo y blanco es borrar la presencia de otros actores históricos que lo forjaron como océano variopinto y verdaderamente global, que se fundía en un núcleo donde convergieron múltiples procesos y presencias que cimentaron un corazón criollizado: el Caribe.

Escenario del comercio triangular, en el Caribe se inicia una historia de conquistadores y colonos europeos que robaban y acumulaban las tierras de los indios. Convertidas en plantaciones, eran trabajadas por africanos esclavizados por la trata negrera europea, obligados a producir azúcar que terminaba refinado en la metrópoli. Allí, era consumido por la familia proletaria que lo vertía en sus tazas apenas pintadas con hojas de té, traídas a su vez de las plantaciones de la India colonial donde el té y el opio se producían con trabajo semiesclavo. El complejo del té-azúcar permitió que la clase trabajadora inglesa en formación adquiriese los requerimientos calóricos suficientes que le permitirían ser curtida en la pujante y revolucionaria industria textil (Mintz). Ésta empleaba algodón americano manchado con sangre de esclavos para producir manufacturas que serían colocadas en el mercado mundial y resultaban en grandes fortunas que eran invertidas en otras industrias, convirtiéndose en el capital que se vendía y se compraba en los bancos ingleses, con el que se financiaba la trata negrera y se compraban las tierras en las Antillas para la producción azucarera, reiniciando un ciclo que no tenía fin.

De esto da cuenta Williams cuando analiza las inversiones del capital inglés que se hacían con los lucros de la trata. “Fue el capital acumulado por el tráfico de las Antillas el que financió a James Watt y la máquina de vapor” (2011: 158) y el que también se invirtió en operaciones bancarias, en las compañías de seguros para los barcos negreros. El que fertilizó todo el sistema productivo inglés, desde la industria de la pizarra en Gales que proveía material para techados, pasando por la industria pesada, hasta la industria textil algodonera.

El espacio atlántico fue una invención de la modernidad capitalista, producto de una concatenación de mundos y del ensamblaje de economías intrincadas, que daría lugar al surgimiento de una nueva conciencia planetaria (Mbembé). Este gran océano sería forjado por el comercio triangular que aceitaba sus engranajes con sangre de esclavos. Mientras los ojos del lector recorren las páginas del libro de Williams, no se puede evitar pensar que la industria moderna del tráfico humano nació con la trata europea de africanos esclavizados, piedra angular del comercio triangular: esa estructura que forjó al mercado mundial capitalista.

En su obra, Williams se preocupa por trazar una genealogía del trabajo esclavo en el Nuevo Mundo, en la que los africanos no aparecen como los primeros ni los últimos esclavizados. Esta historia debe comenzar por la oculta esclavitud indígena y continuada con la olvidada esclavitud de los blancos pobres, grupos que constituyeron las primeras y segundas víctimas del trabajo cautivo y que embalsaron el camino de la subsecuente trata negrera y culí⁴. De allí que Williams afirme que “El trabajador no libre en el Nuevo Mundo fue moreno, blanco, negro y amarillo, católico, protestante y pagano” (2011: 34), adelantándose a la propuesta del proletariado variopinto de Linebaugh y Rediker (2005). Williams ya observaba que el Atlántico no fue blanco, negro, rojo ni amarillo, sino todo ello al mismo tiempo, emergiendo el papel de la esclavitud en la historia oculta del Atlántico y de su núcleo caribeño.

⁴ Transliteración del inglés *coolie*, este era el nombre que se daba a los trabajadores asiáticos, principalmente chinos e indios, que migraron a América a partir de la década de 1850 con contratos de trabajo para laborar en diversas industrias, principalmente en la minería, la construcción de vías férreas y las plantaciones. Originalmente se empleó como un término peyorativo y racista por parte de la opinión pública, aunque en los contratos los trabajadores asiáticos aparecían bajo el término “colonos”, un eufemismo para ocultar las condiciones de semi-esclavitud a las que eran reducidos una vez que ponían pie en el Nuevo mundo (Young).

El historiador trinitario atribuye la necesidad del trabajo esclavo en el Nuevo Mundo a la escasez de mano de obra. Como el propio Marx señaló, “en las colonias [...] el mercado de trabajo está siempre insuficientemente abastecido. La ley de la oferta y demanda de trabajo se desmorona” (2009: 961), reflexión que hacían los propios funcionarios coloniales y economistas de la época, como Herman Merivale, conscientes de que, sin mano de obra abundante, la tierra y el capital resultaban inútiles y que son recuperadas en la obra de Williams.

El trabajo esclavo era considerado más caro, no especializado y menos productivo; por ello Adam Smith señalaba que, en igualdad de condiciones, o en circunstancias ideales, debería preferirse el trabajo libre (Williams, 2011). Sin embargo, nuestro historiador caribeño bien hace en apuntar que en los siglos XVI y XVII no existía ninguna igualdad de condiciones entre trabajo libre y esclavo, pues la población europea libre era muy limitada y su trabajo no permitía la producción a gran escala. De allí que los colonos se vieran obligados a recurrir al trabajo forzado, primero de los convictos y más tarde de los *servants* o siervos blancos por contrato, los cuales continuaron resultando insuficientes para las demandas de la plantación. “Cuando se optó por la esclavitud, no se adoptó como una elección frente al trabajo libre, no hubo elección en absoluto” (2011: 32) enfatiza Williams, argumentando que este tipo de esclavitud no fue producto de circunstancias morales sino económicas. Esta explicación no debe verse como un determinismo económico, pues en realidad recoge los testimonios de los propios funcionarios coloniales, como Edward Gibbon Wakefield, que pensaban bajo los imperativos del productivismo liberal de su época, bajo el lenguaje del capital. Es decir, si existe un determinismo económico lo ha puesto el capital mismo, no Williams.

La hipótesis toma consistencia cuando nuestro autor observa que al mismo problema de la escasez de mano de obra se enfrentaron todas las otras fuentes de trabajo cautivo empleadas en las colonias antillanas. Primero se recurrió a los indios, que constituyen el primer momento del tráfico de esclavos y de la esclavitud en el Nuevo Mundo. En las Antillas, la fuerza de trabajo indígena resultó ser una fuente de abastecimiento limitada y por ello se sustituyó por los *servants* blancos. Sin embargo, Williams observa que la esclavitud indígena en las colonias inglesas y francesas en realidad nunca fue prohibida legalmente, y lo mismo ocurrió en las colonias españolas.

Investigaciones recientes señalan que las Leyes nuevas de 1542 sólo prohibieron la esclavitud indígena en papel mas no en los hechos. David Reséndez ha calculado un total aproximado de 2.5 a 5 millones de esclavos indios (en su mayoría mujeres y niños) en todo el continente entre los años que van de 1492 hasta 1900 (2019). Mientras que Éric Taladoire ha rescatado las tímidas cifras del tráfico ilegal de esclavos indígenas enviados de América a Portugal y España, con la colaboración criminal de comerciantes ibéricos y de la alta nobleza (2017). En Brasil, la esclavitud indígena sería prohibida hasta 1845 después de haber sido legal durante el primer reinado independiente (1822-1831) y a lo largo del periodo colonial, con excepción del periodo pombalino ilustrado (1755-1798), cuando el *Directório de Indios* legisló sobre la libertad indígena y fomentó el establecimiento de poblamientos indios en las fronteras como formas de ocupación y defensa del territorio al tiempo que fungían como parte de un proyecto de integración y blanqueamiento cultural (Álvarez Iglesias).

A la esclavitud indígena le siguió la esclavitud blanca de los convictos y de los *servants*, conocidos como *engagés* en las colonias francesas. El siglo de los *servants* fue de 1640 a 1740, periodo marcado por la crisis política y social en Inglaterra donde las leyes de pobres y de vagancia proveían convictos y migrantes para el trabajo en las plantaciones. Williams observa que el tráfico de *servants*, que rebasó el cuarto de millón, se convirtió en una verdadera industria que desarrolló el comercio regular entre la metrópoli y las colonias. Con ellos se inauguró la travesía media (*middlepassage*) y los horrores de la trata: los secuestros en las calles de Londres y Bristol, el hacinamiento humano y las enfermedades a bordo de los “sepulcros vivientes”, los barcos. El gobierno inglés fue reticente en regular el lucrativo negocio y optó por cambiar el nombre a “prestadores de servicios”, para ocultar la mancha del tráfico y de la esclavitud a la que eran reducidos al llegar a las colonias.

Antes de su partida en los barcos, los *servants* firmaban un contrato legalmente autorizado que los obligaba a prestar servicios por un tiempo estipulado –7 años aproximadamente– como pago por su pasaje y manutención. Al final del contrato podían recibir una pequeña parcela de tierra y convertirse en colonos libres, pero en los hechos los contratos eran violados frecuentemente. Se alargaban por años y durante ese lapso eran tratados como esclavos, llamados por sus amos “miserable ganado” y “basura blanca”. Sin embargo, Williams considera que los *servants* no eran esclavos, pues la pérdida de su libertad era limitada y no perpetua, su estatus no se heredaba, sus amos no tenían poder absoluto sobre su persona y su libertad,

y poseían derechos limitados de propiedad. Sin embargo, llega a referirse a ellos como “bienes mueble”, carentes de cualquier libertad civil... ¿esclavos en los hechos?

Esto nos obliga a abrir la discusión sobre el concepto de esclavo, el cual sólo aparece de manera tangencial en el trabajo de Williams cuando señala las características de las que el *servant* carece. Esto resulta problemático, pues en una obra titulada *Capitalismo y esclavitud* se extraña la presencia de una definición clara del concepto de esclavo y esclavitud –así como de capitalismo–. Omisión en la que caen muchos otros trabajos que tienen a la trata negrera, la esclavitud y los esclavizados como temas de estudio.

La nueva esclavitud capitalista: génesis caribeña

¿Qué es un esclavo? Parece una pregunta obvia, pero ¿realmente lo es? La idea nos remite inmediatamente a la falta de libertad y al encierro, pero esto no es lo específico de la relación de esclavitud. La definición clásica de Orlando Patterson se refiere a una muerte social, caracterizada por la dominación permanente y violenta de personas desarraigadas desde su nacimiento y que generalmente han sido deshonradas –es decir, carentes de autonomía (1940). Como persona retenida contra su voluntad mediante violencia o amenazas para ser explotada económicamente la describe el sociólogo norteamericano Kevin Bales en un trabajo en que la definición resulta crucial para calcular el número de esclavos contemporáneos a nivel mundial. La cifra calculada por Bales en 1999 oscilaba entre los 27 millones (si consideraba a las y los trabajadores forzados en la agricultura, minería, prostitución, talla de piedras preciosas, fabricación de joyas, confección de telas y servicio doméstico) y los 90 millones (si sumaba a esto los matrimonios forzados de mujeres y niñas y el trabajo forzado de los convictos).

Para sostener su estimación de 27 millones, Bales añade un elemento más a su definición: la cuestión de propiedad. No una sancionada por la autoridad, sino como una relación de propiedad de facto, aunque jurídicamente ilegal⁵. Bales distingue entre “antigua esclavitud” y “nueva esclavitud” cuyas características se han sintetizado en el siguiente cuadro:

⁵ Esto es problemático para hablar de los matrimonios forzados que Bales excluye de su estimación final y de su análisis. ¿Acaso no se puede hablar de una cuestión de propiedad, en el caso de las mujeres que se convierten, en términos fácticos, en propiedad de sus maridos? Quizás por ello la teórica feminista Gerda Lerner señalaba que los primeros esclavos fueron las mujeres, al referirse precisamente a la relación de propiedad implícita y a completamente explícita en el matrimonio desde la Antigüedad (Lerner).

Antigua esclavitud	Nueva esclavitud
Característica del periodo colonial en América (siglos XVI-XIX)	Característica de los siglos XX y XXI en todo el mundo, resultado de las políticas neoliberales de despojo y miseria generalizada
Reivindicación de la propiedad legal	Evitación de la propiedad legal
Alto costo al ser sujetos esclavizados trasladados desde África a América; considerados “ganado de lujo”; costos de su mantenimiento	Bajo costo al ser sujetos esclavizados a menudo traídos del mismo país o de territorios cercanos; esclavos desechables por su bajo costo
Control absoluto y violencia para la explotación económica (obligados a ganar dinero para otro)	
Encarecimiento = costos altos	Superabundancia = bajo costo
Relación a largo plazo y estatus heredable	Relación a corto plazo (periodos cortos que pueden ir de cuestión de días hasta llegar a los 10 años)
Escasa rentabilidad	Elevadísima rentabilidad
Importancia de las diferencias étnicas (esclavitud racializada)	Nula importancia de las diferencias étnicas (denominador común: pobreza y vulnerabilidad)
12 millones de africanos empleados en servicio doméstico, minería y principalmente en plantaciones	27 millones en todo el mundo, de los cuales entre 15 y 20 millones se encuentran en India, Pakistán, Bangladesh y Nepal empleados en la agricultura (plantaciones modernas)

De este cuadro puede decirse lo siguiente: la esclavitud nunca desapareció y continúa siendo empleada de manera preponderante en las “plantaciones modernas”; sus altos números nos hablan de una industria de trata de seres humanos, “producidos” masivamente, elemento compartido por la “antigua” y la “nueva esclavitud”; la esclavitud constituye, en esencia, una relación de propiedad y explotación económica, que en su época antigua era legal y en la nueva es ilegal mas no inexistente, de modo que para hablar de esclavitud como relación social no se precisa necesariamente de la existencia de un contrato legal. Puede concluirse, entonces, que la condición esclava que en un primer momento recayó sobre los africanos se ha masificado, siendo “democratizada” por el capitalismo neoliberal. Esta es la tesis del filósofo senegalés Achille Mbembé, en su propuesta del “devenir-negro del mundo”:

En primer lugar, los riesgos sistémicos a los cuáles sólo los esclavos negros fueron expuestos durante el primer capitalismo constituyen, de ahora en adelante, si no la norma, cuanto menos el destino que amenaza a todas las humanidades subalternas. En segundo lugar, esta universalización tendencial de la condición negra es simultánea a la aparición de prácticas imperiales inéditas, que adoptan tanto las lógicas esclavistas de captura y de depredación, como las lógicas coloniales de ocupación y de extracción (30).

Es decir, en el capitalismo de nuestros tiempos todos nos volvemos negros potenciales. Por primera vez en la historia de la humanidad la palabra negro no remite solamente a la condición que se les impuso a las personas de origen africano durante el primer capitalismo (Mbembé), sino que dicha condición se institucionaliza como nueva forma de existencia y se propaga al resto del planeta. El capitalismo neoliberal ha logrado desvirtuar completamente la reivindicación revolucionaria haitiana de igualitarismo radical vertida en la consigna de “Todos somos negros” de la constitución de 1805 para convertirla en un destino de miseria generalizada que persigue a toda la humanidad. No es casual que el “negro” sea también una invención capitalista como señala Mbembé, pero como antes señaló Williams, punto sobre el que volveremos más adelante.

Ahora bien, Kevin Bales no alcanza a observar que lo que él llama “antigua esclavitud”, refiriéndose a la que recayó sobre los africanos en los siglos XVI-XIX, sería en realidad la “nueva esclavitud”, mientras que aquella que denomina “nueva esclavitud” sería una “esclavitud contemporánea” que no rompe con la anterior sino es su resultado lógico. Al ser un trabajo sociológico y no histórico, Bales pasa por alto completamente esas formas de trabajo forzado y de relación social que los historiadores han denominado precisamente “esclavitud antigua” refiriéndose a aquella que existió en el mal llamado mundo “premoderno”: el Egipto antiguo, la Hélade, Roma antigua, el mundo árabe, Europa medieval⁶, China antigua, América precolombina y África precolonial, por mencionar algunos casos. Los historiadores la

⁶ La europea constituyó un resabio de la esclavitud de la Roma antigua, fue preponderantemente doméstica, y no se abolió con la Modernidad. De hecho, convivió durante siglos con la esclavitud colonial de los africanos en las plantaciones americanas, aunque cada una en su respectiva costa del Atlántico. La esclavitud doméstica en Europa fue abolida legalmente cuando los imperios manumitieron a los esclavos de las colonias, hasta 1848 en el caso de Francia –en el marco de la revolución de la primavera de los pueblos– y en 1833 en el caso de Inglaterra, donde hubo un antecedente importante: el caso James Somerset de 1772. Somerset, un esclavo africano trasladado por su amo de las Antillas a la metrópoli, huyó y demandó a su amo por su libertad, objetando que en Inglaterra no existía la esclavitud, quizás pensando en la esclavitud de plantación colonial. El juez, Lord Mansfield, resolvió a su favor con el argumento de que el aire de Inglaterra era “demasiado puro” para la esclavitud, mostrando la segregación del mundo colonial respecto del metropolitano (Losurdo).

denominan “esclavitud antigua” para distinguirla de la llamada “esclavitud moderna”, esa que es racializada y que recayó sobre los africanos embarcados al Nuevo Mundo (Blackburn, 2003).

En realidad, es muy difícil poner bajo el epíteto monolítico de “esclavitud antigua” a una serie de muy diversas formas de trabajo y de relaciones sociales que pasan por figuras como la esclavitud punitiva, la esclavitud colectiva por conquista sobre un pueblo, la esclavitud por deudas y la esclavitud ritual, por mencionar algunas. Para Moses Finley, historiador marxista especializado en la Antigüedad grecolatina, esto denota nuestra falta de imaginación para conceptualizar formas de trabajo que no encajen en el concepto tripartita clásico de trabajo: esclavo–servil–libre. Esta trinidad conceptual, a su vez, toma como modelos a experiencias históricas europeo-occidentales: el de la esclavitud africana colonial, la servidumbre de gleba feudal y el trabajo libre asalariado proletario, como bien observa Finley, denunciando el eurocentrismo de este modelo conceptual. ¿Cómo conceptualizar el ilotaje en Esparta? ¿cómo denominar a la encomienda, el repartimiento, la mita y el peonaje de los indios en Latinoamérica? ¿qué decir del trabajo culí en las Antillas? ¿y del colonato en América del sur? ¿qué concepto dar al trabajo de los *servants*? Quizás de allí derivan las dificultades del pensamiento latinoamericano, incluso entre los marxistas, para conceptualizar la especificidad de la economía colonial americana: feudalismo subdesarrollado, capitalismo dependiente, capitalismo distorsionado, modo de producción despótico, modo de producción asiático, modo de producción híbrido, etcétera.

Para aclarar categorías, Finley intenta demostrar que el concepto general debiera ser el de “trabajo forzado”, el cual ha adoptado una considerable variedad de formas a lo largo de la historia, siendo una de ellas la esclavitud. Esto concuerda con las teorizaciones de Karl Marx, quien se refería a la esclavitud como “trabajo forzado directo” distinguiéndola del trabajo libre asalariado al que denominaba “trabajo forzado indirecto” (1971). Forzados porque, para Marx, ninguno de los dos es libre: “El esclavo negro estaba sujeto por cadenas a su propietario; el asalariado lo está por hilos invisibles” (2009: 706), de manera que él encuentra una continuidad entre el trabajo esclavo y el libre, al que piensa como una suerte de esclavitud perfeccionada.

Finley observa que las llamadas formas de “esclavitud antigua” a menudo son confundidas con formas particulares de trabajo forzado, y señala la existencia hasta de errores de traslación en la tendencia de los ciertos historiadores a traducir ilotaje como esclavitud, cuando en realidad son significantes y significados

distintos. Finley prefiere distinguir entre “sociedades con esclavos” y “sociedades esclavistas” pues, en términos más precisos, lo que encontramos en la historia humana son múltiples sociedades con presencia de esclavos y de otras formas de trabajo forzado. Mientras que sociedades esclavistas como tales, es decir, con sistemas institucionalizados de utilización a gran escala de trabajo esclavizado tanto en el campo como en la ciudad, Finley solo contabiliza cinco: Grecia antigua, Roma antigua, el Caribe, Brasil y Estados Unidos⁷.

Para Finley, estas sociedades esclavistas se caracterizan por la presencia de monocultivo a gran escala como ocurre en el mundo grecorromano, donde toda producción mayor a la unidad familiar, a la agricultura de subsistencia y a la pequeña producción artesanal y el pequeño comercio tendía a emplear mano de obra preponderantemente esclava. Sin embargo, esto debe matizarse para el caso de la Hélade que parece haber sido, más bien, una “sociedad doméstica” que incorporaba a los esclavos y otros dependientes para completar la fuerza de trabajo familiar, tanto para el autoconsumo como para la producción de excedentes viables (Gallego). En el caso romano, el uso de trabajo esclavo en las haciendas agrícolas es mucho más claro, en viñedos y olivares, así como campos de cultivo de cereales, a donde los esclavos eran llevados a trabajar en cuadrillas de 3 a 10 individuos, bajo la supervisión de un vigilante (Weber).

Es decir, por lo menos en Roma antigua, la gran producción destinada al mercado tendía a emplear trabajo esclavo. ¿Podríamos encontrar allí los inicios de la plantación, como forma incipiente de agrocultivo industrial?⁸ Si la definimos como esa finca agrícola a gran escala especializada en cultivos destinados al

⁷ Grecia y Roma antiguas no constituyeron unidades económicas y sociales como tales, como sistemas o modos de producción, sino que dentro de ellas existieron diversos regímenes de trabajo e incluso diversos modos de producción plurales que coexistían y se vinculaban políticamente. La esclavitud fue una forma tardía e infrecuente de trabajo involuntario o forzado que se puede encontrar en zonas centrales de Grecia, Italia y Sicilia y generalmente convivía con otras formas de trabajo, incluso con el trabajo libre, constituyendo en realidad sistemas mixtos de trabajo (Finley).

⁸ Podríamos encontrar en el mundo árabe otros episodios de la historia pre-moderna de la plantación, donde existieron fincas agrícolas de gran escala de caña de azúcar: “E. Asthor no duda en definir la industria del azúcar en Siria y Egipto en la época fatimí como una empresa capitalista. Desde entonces su carácter intensivo ha sido un rasgo de la producción de caña de azúcar” (Phillips: 120). Pero, ¿empleaban trabajo esclavo? “La esclavitud fue una característica permanente del mundo musulmán. Sin embargo, debemos reconocer que el Islam no fue una sociedad esclavista [...] les asignaban [a los esclavos] principalmente tareas no productivas [...] Los esclavos sólo se dedicaron ocasionalmente a la producción azucarera” (Phillips: 99). Los patrones de tenencia de la tierra y formas de trabajo empleado en las plantaciones islámicas del Mediterráneo fueron muy variados, pero los autores coinciden en que, en un inicio (siglos XI y XII), el uso de trabajo esclavo fue inusual e infrecuente, aunque sí se llegaba a contratar trabajo libre. La caña en el mundo islámico, tendió al requerimiento de grandes inversiones de capital, a ser cultivada en tierras heredadas y a emplear trabajo forzado de campesinos, acercándose a una forma parecida al trabajo servil. Sin embargo, hacia los siglos XIV y XV, la escasez de trabajo servil en lugares como Creta y Chipre obligó al uso de trabajo esclavo (Galloway).

mercado, es probable que así sea. En el caso del Caribe, Brasil y Estados Unidos es evidente que el uso de trabajo esclavo dominó la producción industrial de monocultivos comerciales, encarnada en la institución de la plantación, siendo este rasgo precisamente el que le otorga su especificidad a la nueva esclavitud, esa que es establecida por el mundo moderno capitalista que encontramos ya plenamente desarrollada en las colonias, como parece darse a entender en el trabajo de Williams.

Para enunciarlo con tediosa precisión, hablaríamos estrictamente de una “nueva esclavitud de plantación–industrial–capitalista–moderno colonial–americana”. Y esa nació en el Caribe. Es la que recayó, a lo largo de distintos momentos de un mismo desarrollo, en el indígena, en el *servant* y el convicto blanco, en el africano y en el culí, todos ellos empleados en el trabajo industrial de la plantación y la mina. Esta última operaba igualmente como una producción industrial –concepto sobre el que abundaremos más adelante–, pero otorgándole al capitalismo su carácter extractivista desde el siglo XVI, donde se emplearon sistemas de trabajo mixto que mezclaban, a veces en la misma mina, trabajo esclavo africano y libre español, así como labor de castas de color y formas de trabajo forzado indígena, como la mita.

El trabajo esclavo, el libre y otras múltiples formas de trabajo forzado convivieron en la América colonial y en el periodo independiente. Coexisten dentro del capitalismo y así lo han hecho durante 500 años. Tenemos mundos mucho más complejos y ricos en su diversidad de relaciones de trabajo que los que caben en la reducida definición tripartita de la labor esclava–servil–libre. Aunque es cierto que estos tres conceptos pueden ser útiles como faros, como referentes para colocar otras formas históricas de trabajo forzado y enriquecer el panorama. En el caso de la nueva esclavitud capitalista, ésta convivió con formas de esclavitud antigua que se trajeron del Viejo Mundo, como ocurrió con la esclavitud doméstica.

La historia de esta nueva esclavitud capitalista que nació en el Caribe, primero con los indígenas, después con los *servants*, más adelante con los africanos y finalmente con los culís, no implicó una explotación por etapas que desechaba el trabajo anterior mientras se incorporaba el nuevo. Todas estas formas que tomó la esclavitud capitalista coexistieron e incluso convivieron en las mismas plantaciones. Así lo recoge Williams cuando describe el caso de la cosmopolita plantación cubana de Santa Susana, donde la escasez de esclavos negros obligó a emplear culís chinos y 34 esclavos indígenas traídos de Yucatán (presumiblemente yaquis), que trabajaban codo a codo con los africanos cautivos.

Esta nueva esclavitud capitalista también coexistió y convivió con el trabajo libre, produciendo una suerte de simbiosis, una relación de co-dependencia mutua, de interconexiones e imbricaciones que aún no están del todo exploradas y clarificadas. De allí lo descollante del trabajo de Williams, al observar las íntimas relaciones existentes entre los esclavos en las colonias y los proletarios asalariados en la metrópoli. Y esta simbiosis prevalece en la dialéctica que se establece entre el capitalismo central y el periférico: entre las formas de trabajo del sur global que tienden hacia la explotación vía plusvalía absoluta, y las del norte global que tienden hacia la explotación vía plusvalía relativa, si observamos la división del trabajo desde un punto de vista geopolítico.

Si bien algunos autores contemporáneos como Dale Tomich y Robin Blackburn (2016), coinciden en que la esclavitud desarrollada en América es ya de corte capitalista, matizan el hecho de que las plantaciones del periodo colonial –propio de lo que denominan “primera esclavitud” moderna– no pueden considerarse industrias ni capitalistas todavía, o no de manera completa. Estos adjetivos los reservan para las plantaciones brasileñas, estadounidenses y cubanas decimonónicas, esas donde se desarrolló lo que llaman “segunda esclavitud”, esa que es ya plenamente capitalista, más moderna y más productiva, pues se emancipa de los obstáculos del monopolio colonial y se inserta en un mercado mundial marcado por el libre comercio.

Los argumentos de Williams difieren con este planteamiento, pues nuestro autor considera a las plantaciones del Caribe colonial como industrias ya capitalistas. Veamos a qué se refiere.

La plantación del rey azúcar: industria capitalista

Williams plantea que la esclavización de los africanos fue una solución económica, bajo ciertas circunstancias históricas, del problema de escasez de mano de obra en el Caribe. Y no podemos pasar por alto que esta mano de obra encarecida e insuficiente era requerida para un trabajo concreto, el de la plantación de caña: “El azúcar significaba trabajo; en ocasiones ese trabajo lo realizaban los esclavos; otras veces lo hacían los hombres nominalmente libres; unas veces eran negros, otras eran blancos o morenos o amarillos” (Williams, 2011: 60). Es decir, cuando las circunstancias históricas cambiaron, la mano de obra también mudó. Cuando el trabajo esclavo elevó sus costes y la población proletaria metropolitana aumentó, junto con su oferta en el mercado de fuerza de trabajo, la mano de obra empleada en las plantaciones sufrió variaciones. Comenzó a sustituirse a los esclavos con culís indios y chinos, así

como con trabajadores libres que llegaron a América en la segunda mitad del siglo XIX, momento en que se inauguran las migraciones masivas europeas y en menor medida asiáticas. Los trabajadores iban y venían, esclavos, *servants* y libres, africanos, indígenas, europeos y asiáticos, pero la plantación permaneció. Y aún lo hace.

Así como Williams sentencia que la esclavitud no nació del racismo, sino que el racismo nació de la esclavitud –punto sobre el que volveremos–, puede decirse que la plantación no nació de la trata de esclavos, sino que la trata negrera moderna nació de la plantación. Como apunta Finley, la demanda de esclavos siempre es anterior al suministro (1982). Fue precisamente el desarrollo de la plantación, incluso en la Roma antigua, lo que exigió el uso de trabajo esclavo de manera preponderante, frente a la escasez del trabajo libre. Tomich y Blackburn se dan cuenta que lo que tienen en común la llamada primera esclavitud capitalista en la colonia y la segunda en la América independiente: el estatus del esclavo como propiedad mueble, su trabajo en cuadrillas, y la racialización de la esclavitud (2016). Pero el primer elemento también lo encontramos en la esclavitud romana en general y el segundo en las fincas romanas de producción a gran escala en particular. Esto no es casual, pues el mundo romano poseía un mercado desarrollado –aunque no de manera planetaria–, empleaba dinero –forma de valor desarrollada– y existía también el trabajo asalariado de los proletarios que nació en los ejércitos de mercenarios –pero no era la forma de trabajo preponderante y masificada. El propio esclavo como bien mueble, como propiedad privada individualizada que se compraba y se vendía como mercancía en los mercados romanos, denota la presencia de una suerte de forma esclava del valor. Todo ello se parece mucho al capitalismo, pero aún no es. O, dicho de otra manera, están presentes las condiciones necesarias mas no las suficientes: un mercado mundial desarrollado a escala planetaria –donde la invención del Atlántico a través del comercio triangular tras la conquista de América será fundamental–, y fuerza de trabajo libre asalariada de manera desarrollada y mundial.

Para que se desarrollara el mercado de trabajo libre, primero en la metrópoli, fue fundamental la esclavitud colonial de plantación y la trata negrera, tal como lo demuestra Williams en su trabajo al rastrear las inversiones de estos dos negocios que nutrieron a la industria británica. Además de que la producción colonial de azúcar le otorgó los requerimientos calóricos necesarios a los trabajadores europeos, como señalamos anteriormente de la mano de Sidney Mintz.

La historia de la plantación tiene otro antecedente entre Roma y las colonias americanas: las primeras plantaciones europeas de caña de azúcar, establecidas por españoles y portugueses en el Atlántico africano insular hacia el siglo XV, en las islas Canarias, Azores y Madeira, Sao Tomé y Cabo Verde. En Canarias, los nativos guanches fueron esclavizados y puestos a laborar en las plantaciones que después emplearon trabajo esclavo africano (Klein, Vinson). El objetivo era competir con el mercado árabe que había introducido el consumo de azúcar, ese “lujo hindú”, en Europa en el siglo VIII (Mintz). Después de 1492 las plantaciones de caña intentaron ser establecidas el Nuevo Mundo fracasando inicialmente en las colonias españolas, pero teniendo gran éxito en el mundo colonial portugués que convirtió al siglo XVI en el siglo del azúcar brasileño, relevado en los siglos XVII y XVIII por el mundo colonial francés con Saint-Domingue como la perla del Caribe. Pero, tras la revolución haitiana (1791-1804) llegaría el turno de del mundo colonial español, convirtiendo al siglo XIX en el siglo del azúcar cubano (Mintz).

La plantación, como institución moderno colonial, nunca fue un complejo social desarrollado orgánicamente. Se trata de una unidad productiva artificial con organización carcelaria, establecida en zonas deshabitadas adonde eran llevados los esclavos de manera coercitiva para trabajar forzosamente en grupos homogéneos bajo mandos individuales y absolutos en función de una gran producción agrícola o minera (Moreno Friginals). El historiador cubano Manuel Moreno Friginals se da cuenta de que en la plantación ya se practicaba la producción en serie –al igual que en las minas–, que reducía el gran abanico de capacidades humanas a la repetición tediosa de una sola tarea, aunque sin la automatización característica de la famosa línea de montaje que inventaría el fordismo del siglo XX. La plantación, con todas las características de una fábrica incipiente, fungió como la base de lo que después sería el complejo industrial carcelario, como lo ha observado Angela Davis para los Estados Unidos (1998).

En el análisis de Friginals hay que subrayar el elemento de la producción a gran escala, que no es para autoconsumo, sino se da en función de un mercado mundial. Para Marx, esto es precisamente lo “industrial”: la producción en masa (1982), esa producción excedentaria que ya no se consume en formas comunitarias y rituales, sino que se acumula para ser vendida en el mercado y realizar ganancias. Esta producción industrial masiva, que puede hacerse con composición orgánica alta (mayor intervención de máquinas y menor de trabajo vivo) o baja (menor intervención de máquinas y mayor de trabajo vivo), deja una huella ecológica mayor y mucho más dañina. Produce una nueva forma de crisis ambiental, elemento

que Williams ya observa cuando analiza el funcionamiento de la plantación y sus impactos medioambientales.

El rey azúcar, depredador de hombres y tierras, así lo describe Williams, cuando apunta que la sola presencia de la plantación traía consigo la desaparición de los pequeños granjeros libres, que se veían obligados a migrar en búsqueda de nuevas tierras. El mito de que el blanco no resistía los climas tropicales del Caribe se elaboró a partir de la observación empírica de la cada vez más mínima presencia de trabajadores blancos libres. Pero Williams señala que el culpable no era el clima, ni la anatomía de los blancos, sino la plantación esclavista. Debido a su naturaleza de monocultivo, la plantación tendía a agotar el suelo cada 30 o 40 años obligada a duplicar su tamaño y engullendo a la pequeña propiedad en el proceso. Para el cultivo extensivo de caña, se desmontaban hectáreas enteras de bosque que también eran ocupadas como tierras de ganado, ese que movería los trapiches y proveería de alimento a los esclavos en la forma de carne salada. Los árboles talados se empleaban, a su vez, como leña para la industria de los astilleros y como combustible para la plantación, modificando profundamente el paisaje antillano de bosque tropical (Williams, 2011). Este patrón energético basado en el carbón vegetal que devastó los bosques antillanos, cambiaría sólo hasta la década de 1840 con la aparición del ferrocarril y la transición energética al carbón mineral y, más adelante, en los albores del siglo XX se mudaría al patrón energético basado en petróleo como combustible para los molinos de las plantaciones.

Williams, al igual que Friginals, no duda en caracterizar a la plantación como una empresa capitalista, por las operaciones agrícolas industriales de producción masiva que implicó, así como las etapas primarias de refinado que proveía, todo ello con el fin de venderse en el mercado mundial. Fue precisamente la plantación con su producción masiva la que logró que el azúcar pasara de ser una rareza en 1650, a convertirse en un lujo hacia 1750 y finalmente en una necesidad para 1850 (Mintz), y parte de la canasta básica hoy, produciendo en el camino una verdadera revolución mundial en términos de la dieta que continúa determinando nuestra alimentación y nuestra salud.

Para Williams, la historia del Caribe es la historia de la plantación y esta se desarrolló, en su primera fase, bajo el signo de la esclavitud; pero no terminó con ella. La plantación dependía menos de la esclavitud de lo que la esclavitud dependía de la plantación. De allí que la abolición del tráfico negrero y del trabajo

esclavo no significase la destrucción de la plantación misma, la cual todavía existe como monocultivo agroindustrial que, en el sur global, y aún tiende a emplear trabajo forzado semiesclavo.

Estudiar la plantación nos lleva a pensar en la esclavitud y ésta inmediatamente nos remite a la idea del “negro” que nace con el capitalismo colonial, como también apunta Williams, punto final que abordaremos a continuación.

La invención del negro y del racismo

La modernidad capitalista produjo el discurso de la razón negra, ese saber que versaba sobre una nueva figura económica, social y cultural, que encarnaba el concepto del ser cooptado por otros, del ser humano transformado en cosa, en un hombre y mujer mercancía, en cuerpo de extracción y en cripta viviente del capital (Mbembé). Antes de la modernidad capitalista que eclosionó en el siglo XVI, las muy diversas etnias que conformaban al continente africano no eran “negras” como tal, sino que fueron vueltas negras a través de la imposición de una identidad homogeneizadora inventada por y para el capital; esa es la invención del negro, un concepto moderno colonial capitalista.

El negro y el indígena fueron inventados como categorías de la economía política capitalista para referirse al trabajador explotado en el mundo colonial. Son una consecuencia de la empresa colonial capitalista y, en el caso particular del negro como concepto, es resultado de la esclavitud, pero no de la esclavitud en general sino de una específica: la nueva esclavitud de plantación–industrial–capitalista moderno-colonial–americana. Así lo plantea Williams: la esclavitud no nació del racismo; el racismo fue consecuencia de la esclavitud.

El autor demuestra esta aseveración al señalar los límites del trabajo del *servant* cuyo pasaje y mantenimiento representaban altos costos, constituían un riesgo de fuga constante y al término de su contrato debían recibir tierra y ser reemplazados y su sustitución resultaba cada vez más difícil en un mercado donde escaseaban. Por el contrario, el negro, que comenzó a ser importado desde el siglo XV⁹, era extraño y ajeno a la cultura del Nuevo mundo, de tal modo que podía ser mantenido en divorcio

⁹ El primer viaje negrero directo, desde África a América, ocurrió en 1525 pero sus números se mantuvieron bajos durante todo el siglo XVI. El siglo de oro de la trata negrera despuntó hacia mediados del siglo XVIII y declinó hacia mediados del siglo XIX, cuando ya había sido abolido el tráfico negrero en Inglaterra y se presionaba para que esta prohibición fuera adoptada por los otros imperios europeos y por los Estados Unidos (Morgan).

permanente de la tierra y su trabajo era más barato. Esto aparece en el propio testimonio de los colonos que Williams recoge, donde la predilección por el trabajo esclavo de los africanos tenía que ver con los bajos costes y no particularmente con el color de la piel o con una idea de inferioridad, develando un fundamento económico y no racial de la esclavitud y de la trata. Williams enfatiza que esto no era una teoría, sino una conclusión práctica que se deducía de la experiencia personal del colono.

El colono “hubiera ido a la Luna si fuera necesario para obtener mano de obra. África se hallaba más cerca que la Luna, más cerca aún que las regiones más populosas de India y China, pero su turno no había llegado aún” (Williams, 2011: 50). Pero su turno llegaría para relevar a la trata africana, con el nacimiento de la era del tráfico culí que tuvo su apogeo entre 1847 y 1874, cuando 1.5 millones de chinos migraron con sistemas de contratas a todo el continente americano (Young). A las Antillas llegaron entre, 1833 y 1917, 145.000 culís indios a Trinidad, 238.000 a Guyana, 39.000 a Guadalupe, 34.000 a Suriname y 22.000 a las Indias Orientales Holandesas (Williams, 2011). La era del tráfico culí coincide con el inicio de las guerras del opio en China impulsadas por Inglaterra, la gran contrabandista de opio, que lo cultivaba en la India en plantaciones que empleaban trabajo semi-esclavo, para ser consumido, coercitivamente y a través de la industria de la guerra y del contrabando, por los súbditos del imperio chino. El resultado de las guerras del opio fue la apertura forzada del mercado chino a Inglaterra y la pérdida de la soberanía económica del gigante asiático, hecho que bien pudo estar conectado con el despegue del tráfico culí chino que tenía como destino principal las Antillas.

La diferencia epidérmica entre los grados de melanina sumada a las diferencias étnicas entre colonos blancos y trabajadores forzados de color hacían más fácil la justificación de la esclavitud de los africanos y de los culís (Williams, 2011). La “racionalización” de la esclavitud basada en las supuestas diferencias raciales y en las descripciones bíblicas fue una elaboración posterior, aunque retomaron elementos previos. La invención de la raza en su sentido moderno operó como un medio de cosificación y racialización del trabajo explotado (Mbembé) de los pueblos vencidos por el colonialismo capitalista. Pero no olvidemos que el trabajo forzado esclavo de otros colores fue primero; lo encontramos desde el siglo XV en Canarias, mientras que el discurso del racismo científico corresponde al largo siglo XIX histórico, desde la Ilustración, y se extendió hasta 1950, cuando fue condenado con el consenso de la UNESCO como una política global para transitar hacia un mundo supuestamente pos-racial. Cosa que nunca ocurrió del todo.

Si este argumento de Williams se lleva a sus consecuencias lógicas, abre la puerta a la idea de que el racismo moderno, ese fundado en las diferencias raciales culturalizadas, es una invención capitalista y, como tal, habría que distinguirlo de otras formas de racismo. Estos argumentos de Williams resuenan con las tesis de Frantz Fanon sobre el racismo (Valero Pacheco 2018), cuando el médico y revolucionario martiniqués apunta que el racismo no es causa sino consecuencia.

Para Fanon, el racismo no es un descubrimiento accidental ni un elemento oculto o disimulado que exija esfuerzos sobrehumanos para evidenciarlo. “Salta a la vista porque está, precisamente, en un conjunto característico: el de la explotación desvergonzada de un grupo de hombres por otro que ha llegado a un estadio de desarrollo técnico superior” (45). Constituye el elemento más visible y más cotidiano de una estructura dada que sólo es posible por la opresión militar y económica que lo precede y lo legitima. Para que quede más claro: “El racismo, lo hemos visto, no es más un elemento de un conjunto más vasto: el de la opresión sistemática de un pueblo” (Fanon: 40), y esta no es una opresión sistemática en general, sino específica. Lo que entendemos por racismo en la modernidad, para Fanon, no es común a todas las culturas y sociedades; es decir, no es un fenómeno universal ni transhistórico que haya acompañado a la humanidad desde que existe la civilización y no es resultado de “sesgos cognitivos” inherentes a los cerebros de los mamíferos. Es un fenómeno histórico concreto de la modernidad colonial capitalista. De allí que la esclavitud antigua no posea el rasgo de haber sido racializada, como tampoco ocurre con otras formas de trabajo forzado “pre-modernas”, lo que no implica que no se encuentren en ella otras formas de discriminación que se rigen con otros parámetros.

El negro es el explotado. Así lo asumían los martiniqueses contemporáneos de Fanon que no se consideraban a sí mismos como negros, sino como blancos franceses casi metropolitanos, porque habían asumido la lengua y cultura del colonizador. Reservaban este vocablo para los africanos, a los que consideran los “verdaderos negros”. Fanon se da cuenta que, dentro del imaginario colonial de los oprimidos, el negro, identificado con el africano, se encuentra ontológicamente más lejos del colonizador, y así lo expresaban recurrentemente sus hermanos trabajadores antillanos cuando decían a sus patrones: “si usted quiere un negro, vaya a buscarlo a África” (30) y él mismo expresa: “[en el ejército francés] ¡qué drama si, de pronto, el antillano era tomado por un africano!” (30).

Al observar el colonialismo inglés en Irlanda y la discriminación “racial” y étnica que sufrían los migrantes irlandeses, católicos y pelirrojos, en las ciudades industriales británicas, Marx y Engels se dieron cuenta que el racismo se originaba como una competencia en el seno de la propia clase obrera que dividía al proletariado en dos campos enemigos, y era incitada por los capitalistas y por el Estado (Valero Pacheco 2018). El racismo se devela como parte de la dinámica colonialista, que no es otra cosa que la misma explotación capitalista de la clase burguesa sobre la obrera, pero llevada a una escala mayor. Por ello, sostenía Marx, una nación que oprime a otra no puede ser libre (Valero Pacheco 2018).

Reflexiones finales

En este texto presentamos y desplegamos algunos planteamientos puestos en *Capitalismo y esclavitud* de Eric Williams: el Caribe como espacio global producido por el comercio triangular; el concepto de nueva esclavitud de plantación–industrial–capitalista–moderno–colonial–americana que nace en el Caribe con sus especificidades que la distinguen de la esclavitud antigua y de otras formas históricas de trabajo forzado; la plantación azucarera como industria capitalista al producir masivamente para un mercado mundial; y el racismo como producto de la nueva esclavitud que implicó la invención del concepto moderno de “negro” como una categoría no sólo del discurso racista sino también de la economía política del capitalismo. Sin embargo, ninguno de estos temas está agotado como tampoco los que se desprenden de ellos.

Quizás el punto más importante de los cuatro expuestos es el segundo, que versa sobre la caracterización conceptual de la esclavitud desarrollada bajo el capitalismo, el cual no aparece del todo resuelto en el trabajo de Williams, o por lo menos no en términos lógicos. Y es este precisamente el *quid* de la discusión.

Sobre este asunto hemos puesto a discutir a Williams con otros autores que han abordado el tema, como Dale Tomich, cuya preocupación por caracterizar la esclavitud capitalista lo ha llevado a proponer el término “segunda esclavitud”. Sin embargo, en la propuesta de Tomich, la primera esclavitud parece ser un momento de transición entre la esclavitud antigua del Viejo Mundo y la plenamente moderna y capitalista en el siglo XIX, que el autor identifica con la llamada segunda esclavitud que el autor encuentra desarrollada de forma plena en Cuba, Brasil y Estados Unidos. Las muy diversas formas de esclavitud desplegadas en América, tanto en los mundos caribes como en el continente, sin duda poseen sus especificidades, pero también comparten rasgos comunes. De la mano de Williams, nos limitamos a

mostrar lo común, lo general, pero es necesario profundizar en las diferencias, tema que rebasó a este trabajo.

Si bien es cierto que el historiador trinitario privilegia el análisis de las plantaciones de azúcar sobre otras (las de algodón, tabaco, café y cacao, o incluso las de banana en América central y de piña en Filipinas), esto no implica que en un nivel general –es decir, más abstracto–, sus conclusiones no puedan admitirse para las plantaciones de otro tipo. Porque, efectivamente, las primeras plantaciones capitalistas fueron las de caña de azúcar y se tornaron una suerte de modelo para las demás en términos de la producción y la organización del trabajo, es decir, en términos de las relaciones sociales de producción.

Una historia de la plantación queda también pendiente, desde sus antecedentes previos al desarrollo mundial del capitalismo y hasta nuestros días. Pues como bien apunta Williams, ésta no desapareció; sobrevivió a la abolición formal de la esclavitud. Y hoy día su análisis podría extenderse incluso a las plantaciones de soja en América del sur que constituyen, en esencia, una continuación de esta manera capitalista de producir y de emplear un tipo específico de trabajo forzado que se queda a medio camino entre el esclavo y el libre, o bien, sin inclinarse hacia alguno de estos dos.

Algunos elementos que permiten hacer este análisis sobre la plantación como industria capitalista y la esclavitud desarrollada en América después de 1492 también capitalista en esencia, están puestos en el propio Marx, tanto en sus obras teóricas mayores (1971, 2009) como en sus textos periodísticos, específicamente aquellos que analizan la Guerra civil estadounidense (Lincoln, Marx). Esta recuperación de las propuestas teóricas marxianas quedó en suspenso al exceder los límites de este texto. No obstante, no podemos dejar de mencionar que la conceptualización es necesaria para pensar tanto la esclavitud africana e indígena, así como en la esclavitud contemporánea, esa que existe aquí y ahora suministrándole ganancias al capital.

Asimismo, se queda en el tintero un análisis más profundo y fino sobre las formas predominantes de trabajo en el capitalismo, para valorar de manera global el papel de la esclavitud. Este análisis permitiría pensar la dialéctica que existe entre trabajo forzado esclavo y trabajo forzado libre asalariado, pues ambos han marchado juntos bajo el capitalismo, en simbiosis, pero desplegados de forma diferenciada, en un

desarrollo donde el colonialismo funge un papel fundamental. La relación entre esclavitud y colonialismo también merecía un espacio más amplio en este trabajo que no pudo ser desarrollado en esta ocasión.

En relación con este último punto, queda abierta la pregunta sobre las imbricaciones teóricas y políticas entre Williams y la tradición radical negra, así como con los marxismos caribeños que, a su vez, forman parte de una tradición mayor, la de los marxismos del tercer mundo que pensaron el problema de la raza y la colonialidad. Un diálogo que debería ser reconstruido y donde debería situarse la obra de Williams para analizar discusiones puntuales desarrolladas por los marxismos negros.

Finalmente, queda por explorar la recepción de la obra de Williams en el mundo hispano hablante, donde permanece, en mayor medida, como un texto poco conocido y poco leído, que ha sido eclipsado por otras figuras de intelectuales y militantes caribeños, particularmente los francófonos, que han recibido mayor atención de la academia en las últimas décadas. Pero Williams, representante de la tradición radical negra, marxista hereje, militante anticolonial y político controversial, se niega a ser relegado de la historia. Su voz y sus ideas aún tienen muchas cosas que decir.

Referencias bibliográficas

Álvarez Iglesias, R. (2012). “Entre la asimilación y el exterminio: los indios de Brasil desde el Diretório hasta la abolición de la esclavitud indígena (c. 1750-1845)”. *Cuadernos del Tomás*, 4, 21–44.

Bales, K. (1999). *La nueva esclavitud en la economía global*. México: Siglo XXI

Bayly, C. (2010). *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*. Madrid: Siglo XXI

Blackburn, R. (2003). *A construção do escravismo no Novo Mundo, 1492-1800*. Rio de Janeiro: Editora Record

Blackburn, R. (2016). “¿Por qué segunda esclavitud?” En J. A. Piqueras (coord.). *Esclavitud y capitalismo histórico en el siglo XIX. Brasil, Cuba y Estados Unidos* (25-64). Santiago de Cuba: Casa del Caribe

Céspedes del Castillo, G. (1991). *La exploración del Atlántico*. España: Mapfre

Cox, O. (1948). *Race, Caste and Class*. New York: Monthly Review Press

Davis, A. Y. (1998). "Masked Racism: Reflections on the Prison Industrial Complex". En *Race forward*. September 10.

Dubois, W.E.B. (2007). *Black Reconstruction in America 1860-1880*. Oxford: Oxford University Press

- Klein, H. S. y Vinson III, B. (2013). *La esclavitud en América Latina y el Caribe*. México: El Colegio de México
- Fanon, F. (1964). *Por la revolución africana. Escritos políticos*. México: FCE
- Finley, M. (1982). *Esclavitud antigua, ideología moderna*. Barcelona: Crítica
- Gallego, J. (2009). *El campesinado en la Grecia Antigua. Una historia de la igualdad*. Buenos Aires: Eudeba
- Galloway, J.H. (1977). "The Mediterranean Sugar Industry". *Geographical Review*, 2(67), 177-194
- Gilroy, P. (2014). *Atlántico negro. Modernidad y doble conciencia*. España: Akal
- Godechot, J. (1947). *Histoire de l'Atlantique*. Paris: Bordas
- Gruzinski, S. (2018). *El águila y el dragón. Desmesura europea y mundialización en el siglo XVI*. México: FCE
- James, C.L.R. (2003). *Los jacobinos negros. Toussaint L'ouverture y la Revolución de Haití*. México: Turner/FCE
- Kraus, M. (1949) *The Atlantic Civilization: 18th -Century Origins*. USA: Cornell University
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica
- Lincoln, A. y Marx, K. (2013). *Guerra y emancipación*. España: Capitán Swing
- Linebaugh, P., Rediker, Marcus. (2005). *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona: Crítica
- Marx, K. (1971). *Grundrisse. Elementos fundamentales de la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI
- _____. (2009). *El capital. Crítica de la economía política, t. I*. México: Siglo XXI
- _____. (1982). "Los debates de la VI Dieta Renana (Artículo primero): Los debates sobre la libertad de prensa y la publicación de los debates de la Dieta". En *Escritos de juventud*. México: FCE
- Mbembé, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Buenos Aires: Futuro Anterior
- Moreno Friginals, M. (2001). *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. Barcelona: Crítica
- Morgan, K. (2017) *Cuatro siglos de esclavitud trasatlántica*. Barcelona: Crítica
- Patterson, O. (1940). *Slavery and Social Death. A Comparative Study*. London: Harvard College

- Mintz, S. (1996). *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. México: Siglo XXI
- Palmer, R.R. (1959). *The Age of the Democratic Revolution: a political history of Europe and America, 1760–1800*, Princeton: Princeton University Press
- Phillips, W. D. Jr. (1989). *La esclavitud desde la época romana hasta los inicios del comercio trasatlántico*. España: Siglo XXI España
- Reséndez, D. (2019). *La otra esclavitud. Historia oculta del esclavismo indígena*. México: Grano de sal/IIH-UNAM
- Robinson, C. (2000). *Black Marxism. The Making of the Black Radical Tradition*. London: The University of North Carolina Press
- Taladoire, E. (2017). *De América a Europa. Cuando los indígenas descubrieron el Nuevo Mundo*. México: FCE
- Tomich, D. (2016). “La esclavitud en el capitalismo histórico: hacia una historia teórica de la segunda esclavitud”. En J. A. Piqueras (coord.). *Esclavitud y capitalismo histórico en el siglo XIX. Brasil, Cuba y Estados Unidos* (65-104). Santiago de Cuba: Casa del Caribe
- Trouillot, M.R. (2017). *Silenciando el pasado. El poder y la producción en la Historia*. Granada: Colmenares
- Valero Pacheco, P. P. (2018). “Esbozo para una crítica del racismo colonial: un diálogo entre Fanon, Marx y Engels”. En Margarita Vargas Canales (coord). *Guerrero de silicio. Ecos a la obra de Frantz Fanon*, (61-84). México: CIALC-UNAM
- Weber, M. (2008). *Historia agraria romana*. Madrid: Akal
- Williams, E. (1973). *Capitalismo y esclavitud*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte
- _____. (1975). *Capitalismo y esclavitud*. Cuba: Editorial de Ciencias Sociales
- _____. (2011). *Capitalismo y esclavitud*. España: Traficantes de sueños
- Wright, R. (1959). *¡Escucha, hombre blanco!* Buenos Aires: Sudamericana
- Young, E. (2014). *Alien Nation. Chinese Migration in the Americas from the Coolie Era through World War II*. USA: The University of North Carolina Press/Chapel Hill

Comentario de libros

Jaime Ortega Reyna, *LA INCORREGIBLE IMAGINACIÓN. ITINERARIOS DE LOUIS ALTHUSSER EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE*. Santiago de Chile, Doble Ciencia (2019)

Marcelo Starcenbaum¹



Puede resultar iluminador caracterizar al reciente libro de Jaime Ortega Reyna como el resultado de un cruce productivo entre dos campos de investigación. Por un lado, los estudios althusserianos, espacio en el cual se despliegan análisis de distintos aspectos relativos a la obra del marxista francés. Por el otro, la historia intelectual de las izquierdas latinoamericanas, la cual busca dotar de espesor histórico las ideas forjadas por personas y colectivos situados en el margen izquierdo de la cultura política de la región. Ambos campos, en los cuales el autor del libro ha tenido intervenciones destacadas, han sufrido una notable transformación en los últimos veinte años. En el caso del primero, los análisis sobre la tradición althusseriana ha tendido a desprenderse del enjuiciamiento para acercarse a la lectura crítica. En el caso del segundo, las reconstrucciones han suspendido las acusaciones que replicaban las querellas de la izquierda partidaria para avanzar hacia una comprensión histórica de los sujetos y sus ideas. En su reconstrucción de la circulación y apropiación de las ideas althusserianas en diversos ámbitos intelectuales y políticos de América Latina, *La incorregible imaginación* avanza tanto en una recuperación crítica de una de las formas en las que se desarrolló la corriente althusseriana como en una revisión de los modos en los que militantes e intelectuales de la región acudieron a Althusser en pos de desarrollar posiciones renovadoras en el seno de los espacios que ocupaban. A través de un diálogo con la bibliografía ya existente en ambos campos de investigación, el trabajo de Ortega Reyna brinda una visión panorámica a la vez que detallada de los canales a través de los cuales la obra de Althusser prolongó sus efectos, de manera *fiel* pero también siendo *traicionada* por sus lectores, en la diversidad y la complejidad del escenario intelectual y político latinoamericano

Tanto la Introducción al libro, escrita por el propio autor, como el prólogo, redactado por el joven intelectual mexicano Víctor Hugo Pacheco Chávez, permiten adentrarnos en las motivaciones políticas y teóricas que se encuentran por detrás de este ejercicio de

¹ Universidad Nacional de la Plata, Argentina. E-mail: mstarcenbaum@unp.ar

reconstrucción de los itinerarios de Althusser en América Latina y el Caribe. Algunas de estas motivaciones aparecen claramente explicitadas en estos textos introductorios. Ortega Reyna inscribe su trabajo en el fenómeno global de recuperación crítica del legado althusseriano. En este sentido, su investigación integra una serie de ejercicios que en los últimos quince años se dedicaron a restituir al althusserianismo como corriente político-intelectual. Alejados de las propias polémicas que marcaron el despliegue de la tradición inaugurada por Althusser, todos estos trabajos se proponen una tarea de relocalización de la obra del marxista francés en los avatares políticos e intelectuales de la segunda mitad del siglo XX. De este modo, el autor hace participar a su libro de un conjunto de iniciativas, entre las que cabe destacar la aparición de revistas dedicadas íntegramente al pensamiento althusseriano, la realización de eventos dedicados a su obra y el trabajo individual de autores que se han dedicado en los últimos años a la consolidación de los estudios althusserianos. Ortega Reyna no sólo constata la existencia de una nueva oleada de investigaciones sobre Althusser, sino que además da lugar a una interesante reflexión acerca de los elementos que la componen. Según su perspectiva, en este reencuentro con Althusser convergen la superación del silencio de la década de 1990, el retorno a uno de los autores que sentaron las bases del posmarxismo, la lectura cruzada con otros nombres del pensamiento contemporáneo, y el interés por los mecanismos de difusión de su obra en distintos espacios geográficos. Junto a estas reflexiones explícitas de alcance global y latinoamericano, las palabras del prologuista nos permiten calibrar las implicaciones de un regreso a Althusser en el contexto mexicano. De la elogiosa presentación que hace Pacheco Chávez se desprende que el trabajo de Ortega Reyna interrumpe dos movimientos tendientes a la clausura del pensamiento althusseriano. Uno de ellos tiene que ver con la fuerte presencia en el marxismo mexicano de dos orientaciones contradictorias con el althusserianismo: la filosofía de la praxis, representada en la obra de Adolfo Sánchez Vázquez, y la crítica de la economía política, condensada en el trabajo de Bolívar Echeverría. El otro, está relacionado con el giro conservador de gran parte de la intelectualidad de izquierdas mexicana, lo cual ha tenido como uno de sus efectos la negación y la ridiculización de las discusiones teóricas desarrolladas en las décadas de 1960 y 1970. La contextualización de la recuperación del althusserianismo en la compleja historia del marxismo mexicano nos deja ver que el libro de Ortega Reyna representa un ejercicio de investigación tan justo como necesario.

Si bien enmarcada en un movimiento general de relocalización de la figura de Althusser, la intervención de Ortega Reyna se despliega sobre una serie de supuestos que tienden a volverla singular. Aunque remiten a distintos aspectos teóricos y metodológicos del abordaje de su

objeto de estudio, los supuestos que guían la investigación tienen en común un anclaje latinoamericano. Por un lado, el libro propicia una interesante reflexión acerca de la categoría de “althusserianismo”. Luego de presentar de manera somera pero precisa el despliegue de la intervención althusseriana en Francia, Ortega Reyna afirma que la recepción de Althusser en América Latina constituyó un fenómeno diverso y polimórfico. En este sentido, la categoría de “althusserianismo” tendría un efecto más de bloqueo que de iluminación sobre una diversidad de recepciones desplegadas en la complejidad histórica y social del subcontinente. Bajo unas condiciones específicas, entre las que cabe citar la revolución cubana, la deslegitimación de los partidos comunistas y la formación de grupos armados, la circulación de Althusser en América Latina dio lugar a una serie de apropiaciones múltiples y diversas. Más que recuperar un “althusserianismo”, el recorrido esté orientado hacia la delimitación de la difusión de Althusser en la región como el elemento propiciatorio de un nuevo *modo de pensar*. Si bien las recepciones latinoamericanas de Althusser tuvieron en común la apelación a los elementos característicos de la obra del pensador francés, todas ellas llevaron a cabo ejercicios de traducción tan singulares que resultaría forzoso agruparlas en una misma categoría o etiqueta. Por ello, la recuperación de cada una de estas recepciones está mediada por la noción de *efecto*. Es decir, que más allá de que la obra de Althusser haya sido aceptada, rechazada o incorporada parcialmente, lo que generó su recepción fue la aparición de un nuevo campo teórico. A partir de Althusser fue posible pensar de una manera distinta problemas acuciantes de la práctica intelectual como la relación entre teoría y política o el vínculo entre conceptos y problemas. Por otra parte, este rodeo latinoamericano habilita una complejización de la pertenencia del althusserianismo a la tradición del *marxismo occidental*. La recuperación de las apropiaciones de Althusser realizadas en el marco de potentes movimientos políticos y culturales latinoamericanos permite un cuestionamiento de la tesis andersoniana del marxismo occidental como una tradición teórica escindida de la práctica política transformadora.

A partir de estos supuestos, los capítulos del libro de Ortega Reyna recorren los diferentes aspectos relativos a los itinerarios de Althusser en la cultura política latinoamericana de las décadas de 1960, 1970 y 1980. Este recorrido es desagregado por el autor a partir de dos herramientas analíticas proporcionadas por la historia intelectual. La primera de ellas remite a la dimensión cultural de los fenómenos de circulación intelectual y consiste en la indagación sobre de los soportes materiales a partir de los cuales se difunden las ideas. En este caso el autor analiza los libros, las revistas y las editoriales a través de los cuales la obra de Althusser se propagó en los diversos países latinoamericanos. Reponiendo un contexto político e

intelectual signado por los efectos del XX Congreso del PCUS, la revolución cubana y el '68 global, Ortega Reyna se detiene en un segmento publicaciones latinoamericanas que difundieron a Althusser en el marco de una modernización de la cultura política de izquierdas en la región. De esta manera son analizados los diversos procesos de traducción y difusión de Althusser en las revistas cubanas *Pensamiento crítico* y *Lecturas de filosofía*, las colombianas *Ideas y valores* y *ECO*, las argentinas *Pasado y presente* y *Los libros* y las mexicanas *Dialéctica*, *Historia y sociedad* y *Cuadernos políticos*. El otro nivel a través del cual el autor lleva a cabo este recorrido está recortado estrictamente al plano de las ideas y busca dar cuenta de los efectos de la recepción de un pensamiento en un contexto histórico determinado. Volviendo de igual a modo a situar estos efectos en el marco de un proceso regional de modernización y radicalización, Ortega Reyna se concentra en las demarcaciones que diferentes intelectuales latinoamericanos desarrollaron al amparo de las tesis althusserianas. Así se recorren las producciones de Martínez Heredia en Cuba, de José Aricó, Oscar del Barco, Saúl Karsz, Mauricio Malamud y Emilio de Ípola en Argentina, de Enrique González Rojo, Raúl Olmedo, Carlos Pereyra y Fernanda Navarro en México, Tomás Moulián, Sergio Ramos Córdova, Tomás Vasconi y Carlos Cerda en Chile, Eudoro Rodríguez Albarracín, Enrique Orozco Silva y Freddy Téllez en Colombia, y Rigoberto Lanz y José Rafael Núñez Tenorio en Venezuela.

Digamos, por último, que las recepciones latinoamericanas de Althusser constituyen un espacio virtualmente inabarcable. Traducciones, ediciones, viaje de estudios, intercambios epistolares, apropiaciones y lecturas cruzadas con otros autores forman un corpus documental de tal magnitud que quien se enfrenta a su reconstrucción es empujado necesariamente a operaciones de recorte y jerarquización. Es éste el camino por el cual se desenvuelve el recorrido emprendido por Ortega Reyna. Enfrentado a la vastedad de los materiales, el autor ha priorizado destacar algunos de los aspectos más originales de la recepción latinoamericana de Althusser. De esta manera dedica el último capítulo del libro a una reconstrucción de las relaciones entre la obra de Althusser y las experiencias de lucha armada en la región. En lo que es denominado como “una trama compleja en tres tramos”, el autor analiza el trabajo realizado por Régis Debray al calor del proceso revolucionario cubano, el llevado a cabo por Mauricio Malamud en el contexto de crisis del Partido Comunista Argentino a mediados de la década de 1960, y las producciones de Marta Harnecker en el marco del surgimiento de organizaciones guerrilleras centroamericanas en la década de 1980. Del mismo modo, el autor confiesa que se ha visto obligado a relegar otros aspectos no menos relevantes de los itinerarios

latinoamericanos de Althusser, tales como la vasta recepción en Brasil o el abultado espectro de lecturas anti-althusserianas. Lejos de tratarse de una limitación, las opciones tomadas por Ortega Reyna constituyen operaciones interpretativas acordes a la amplitud del objeto de estudio. Puede afirmarse, en suma, que la minuciosidad del recorrido por las formas en las que el pensamiento de Althusser fue difundido y apropiado, así como el piso interpretativo brindado por el libro para las investigaciones ulteriores que cubran los problemas que no fueron abordados, hacen de *La incorregible imaginación* un aporte significativo tanto en el campo de los estudios althusseriano como en el de la historia intelectual de las izquierdas latinoamericanas.

Tomas Torres, COMUNIDAD Y ESTADO EN ALVARO GARCÍA LINERA. UN ANÁLISIS A TRAVÉS DE SUS LUGARES DE ENUNCIACIÓN (1988 – 2017). Santiago de Chile, Ariadna ediciones (2018)

J. Fabian Cabaluz D.¹



De acuerdo a los planteamientos de Antonio Gramsci, una de las funciones del trabajo intelectual, y particularmente de quienes son considerados como intelectuales orgánicos de las clases dominadas, consiste en cultivar la memoria histórica y colectiva de su clase social, lo cual implica entre otras cosas, labrar sus experiencias de lucha, formas organizativas, repertorios de acción, concepciones de mundo, proyectos emancipatorios y todo el acumulado conceptual, teórico-político e histórico de su clase.

Considerando lo anterior, creemos que el libro *Comunidad y Estado en Álvaro García Linera. Un análisis a través de sus lugares de enunciación (1988 – 2017)* del sociólogo Tomás Torres López, es un esfuerzo que se inscribe en el trabajo realizado por un número importante de intelectuales, investigadores/as y militantes de América Latina, que velan por mantener vivas, en el campo político y cultural, las formulaciones conceptuales, teóricas y prácticas del marxismo crítico latinoamericano.

Considerando lo anterior, nos interesa señalar tres grandes temáticas desplegadas en el libro y que pueden ser de interés para quienes cultivan las ciencias sociales y las humanidades desde América Latina.

En primer lugar, el libro se posiciona, siguiendo los planteamientos de Michael Löwy, desde la perspectiva de la sociología de los intelectuales revolucionarios, lo que le permite analizar con rigurosidad la obra de Álvaro García Linera; sus planteamientos ideológicos y políticos; la vinculación de sus formulaciones teórico-políticas con la realidad histórico concreta de

¹ Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E-mail: fabiancabaluz@gmail.com

Bolivia y América Latina; la influencia de coyunturas y acontecimientos históricos en su producción conceptual; y la relación del contenido de su obra con la totalidad histórica.

En consecuencia, el libro analiza la obra de Álvaro García Linera a partir de cuatro momentos, a saber: un momento inicial vinculado a su militancia en el Ejército Guerrillero Tupak Katari (1988-1992); un segundo momento asociado a su prisión en la cárcel de máxima seguridad de Chonchocoro (1992-1997); una tercera etapa en la cual el matemático y sociólogo autodidacta se desempeñará como académico de la Universidad Mayor de San Andrés, UMSA (1997-2005); y finalmente, un momento institucional en el cual se desempeña como vicepresidente de la República de Bolivia (2006–2017).

En cada uno de los momentos señalados, el texto analiza el contexto histórico boliviano, los principales focos de conflictividad política, los ciclos de movilizaciones y protestas sociales, el despliegue de las fuerzas sociales y políticas emancipatorias del país hermano. También se detiene en sus influencias teóricas, en las interpretaciones que va realizando de la obra de Karl Marx, en las polémicas y debates que despliega en el seno de la izquierda, en sus intervenciones públicas y vinculaciones con organizaciones y movimientos sociales, en sus principales publicaciones y producciones escritas; y por supuesto, en las modulaciones que van adquiriendo las categorías de Estado y Comunidad en cada uno de estos momentos. La detención y seriedad con que Tomás Torres realiza el análisis de la obra de Álvaro García Linera, es del todo recomendable para quienes se interesen por comprender el trabajo teórico y político del actual vicepresidente, y para quienes deseen conocer algunos acontecimientos y coyunturas relevantes de la historia contemporánea de Bolivia.

En segundo orden, el texto analiza e interpreta la obra de Álvaro García Linera, como la de un intelectual revolucionario adscrito a la corriente del marxismo crítico latinoamericano. Es decir, vinculado a una perspectiva del marxismo que se caracteriza por ser creativa y herética, por poner en diálogo los planteamientos del filósofo de Tréveris, con la compleja y densa realidad de Bolivia y América Latina. Su obra se enlaza con la de José Carlos Mariátegui y René Zavaleta Mercado, por nombrar a dos grandes referentes del marxismo crítico en la región andina.

Su trabajo se asocia a un marxismo que se inscribe en las luchas concretas de los/as trabajadores/as, campesinos/as e indígenas; un marxismo militante, comprometido corporal

e intelectualmente con los levantamientos populares, las causas revolucionarias y las luchas emancipatorias. Tal como nos lo revela el libro, la militancia de García Linera en el Ejército Guerrillero Tupac Katari, su encarcelamiento en Choconcoro, su vinculación y actividad en el Grupo Comuna, su respaldo político a las guerras del gas (2000) y del agua (2003) y su vinculación al Movimiento al Socialismo, así lo demuestran. El marxismo latinoamericano del actual vicepresidente, debe situarse lejos de un marxismo de escritorios, academias, bibliotecas y oficinas burocráticas.

El marxismo latinoamericano en que se inscribe la obra de Álvaro García Linera, es un marxismo de la praxis, que articula dialécticamente teoría y práctica; que modula trabajo intelectual, político, investigativo, educativo y práctico; y adicionalmente, lejos de las perspectivas dogmáticas del siglo XX, es un marxismo que se posiciona desde una opción plebeya, desde las comunidades, naciones, pueblos y clases coloniales, explotadas y oprimidas.

Finalmente, y como tercera gran temática, el libro profundiza en el análisis dinámico que realiza Álvaro García Linera en torno a los conceptos de Estado y Comunidad. Con respecto al complejísimo problema del Estado en Bolivia y América Latina, se deslizan conceptualizaciones asociadas a la fetichización del poder; a la condensación de la correlación de fuerzas sociales; al monopolio de lo común; al Estado aparente y su cáscara de hegemonía; y por supuesto, la idea del Estado como eje articulador de lo plurinacional. Y con respecto al problema de la comunidad, se bosquejan densas trazas donde se vincula a formas de producción no-capitalistas; al trabajo vivo como exterioridad del capital y/o fuerza creadora de todo valor; los movimientos sociales como formas comunitarias capaces de oponerse al modelo neoliberal; y los planteamientos del socialismo comunitario, que entremezclan formas no capitalistas de producción con formas post-capitalistas.

Sin lugar a dudas, *Comunidad y Estado en Álvaro García Linera. Un análisis a través de sus lugares de enunciación (1988 – 2017)* es un libro de referencia obligatoria para quienes pretenden aproximarse a una comprensión actual del marxismo crítico latinoamericano, de la historia contemporánea de Bolivia, de la historia de los intelectuales revolucionarios en América Latina, y por supuesto, de la obra de Álvaro García Linera. Adicionalmente, creemos que el libro, es un esfuerzo intelectual y político por alimentar memorias de lucha y

proyectos emancipatorios, compromisos que escasean en las lógicas universitarias de cuño neoliberal.

Peter Baker, Irina Feldman, Mike Geddes, Felipe Lagos y Roberto Pareja (Eds), **LATIN AMERICAN MARXISM IN CONTEXT PAST AND PRESENT.**
UK, Cambridge Scholars Publishing (2019)

Tomás Torres López¹



El libro que acá reseñamos, se inicia con una reflexión ligada a las formas de constitución que adquiere el marxismo en nuestro continente. En los últimos años han aumentado los relatos que buscan retratar el llamado “desencuentro”, entre las propuestas teórico-políticas del marxismo y América Latina. La mayoría de ellos, se ha centrado en dos grandes áreas: los estudios sobre intelectuales específicos, particularmente abocados a la obra de José Carlos Mariátegui, y el segundo, fundado en análisis histórico-políticos surgidos de los cambios en las correlaciones de fuerzas, la emergencia de grandes movimientos sociales y el re-surgir, como actor, del indigenismo.

Discutir desde diferentes perspectivas el marxismo latinoamericano, entonces, permite ampliar los márgenes para indagar sobre las contribuciones que intelectuales, militantes y políticos han realizado, mayoritariamente desde la heterodoxia, a la concreción de caminos emancipatorios para nuestros pueblos. De esta forma, *Latin American Marxisms in Context*, constituye un aporte en este sentido, primero porque surge de una pregunta inversa al tradicional cuestionamiento de si es posible o no un marxismo con perspectiva regionalista (sea latinoamericano, africano, caribeño, etc.) para analizar las contribuciones que desde nuestras tierras han emergido con el fin de robustecer las teorías emancipatorias a nivel global.

Sumado a lo anterior, el libro busca destacar diferentes campos (cultural, económico y político) donde las reflexiones de los intelectuales ligados al marxismo latinoamericano han aportado a cuestionar la ortodoxia generando nuevos ámbitos de reflexión que permitieron, a su vez, aperturar nuevas interrogantes sobre el sujeto, la crítica postcolonial, la representación y las formas de caracterizar el neoliberalismo.

¹ Universidad Católica Silva Henríquez. E-mail: tom.torres.lopez@gmail.com

A diferencia de textos canónicos que han estudiado el marxismo en nuestro continente, centrados, por ejemplo, en las trayectorias de destacados militantes revolucionarios, *Latin American Marxisms in Context* busca oponer justeza con las construcciones teóricas de intelectuales, desde los distintos campos mencionados.

El libro, cuenta con tres partes y 9 capítulos que buscan discutir no sólo elaboraciones teóricas contextualizadas históricamente, sino que, pretende interrogarlas desde la actualidad, para cuestionar y transformar lo que los editores mencionan como el sentido común neoliberal instalado, tardíamente en comparación a nuestro continente, en el norte global. En este sentido, los procesos de transformación que se inauguraron desde el 1994 en la Selva Lacandona y que tuvieron su materialización institucional a partir de lo que el texto menciona como *pink tide*, sirven como *locus* enunciativo privilegiado para proyectar una fractura del consenso neoliberal.

La primera parte, está dedicada al análisis de la economía política, particularmente a una problematización sobre cómo opera la lógica del capital. En el primer capítulo, *The Development of Underdevelopment Before and Beyond Dependency Theory and Political Marxism: Rereading Marx's General Law of Capitalists Accumulation*, Lorenzo Fusaro desarrolla un interesante argumento. A partir de un cuestionamiento que se realizó a la teoría de la dependencia en la década de los 70`, Fusaro rastrea la pertinencia argumentativa de los dependentistas en los escritos de Marx, mostrando no sólo el sustrato desde el que se posicionaban autores como Gunder Frank, Dos Santos o Marini, sino también se aproxima a cómo estos leyeron el texto marxiano para argumentar que el capitalismo no sólo genera desarrollo sino también, subdesarrollo. El texto repasa las principales teorías de la dependencia, a su vez que las formas singulares que adopta el capitalismo en nuestro continente mediante un agudo y profundo análisis de Marx.

En el segundo capítulo titulado *Commodification as Value Capture In Cuba's Telecom and Wireless Sectors*, Carol Muñoz Nieves, realiza una indagación entorno al acceso, uso y diversificación de los servicios de internet. La autora propone que este sector económico ha sufrido un galopante proceso de mercantilización, cuestión que generaría contradicciones entre las políticas sociales del Estado socialista cubano y la población. El problema sensible, gira entorno a la transformación de valores de uso en valores de cambio como forma de organizar la producción, lo que repercute en que el intercambio en las relaciones

sociales devengan interacciones entre compradores y vendedores. El texto, busca desarrollar un análisis a las políticas del Estado cubano, particularmente en el sector de las telecomunicaciones, con el fin de observar los procesos de circulación del valor.

Mike Geddes, propone en *Megaprojects in Latin America: Infrastructure, Capital, State and civil society*, las diferentes repercusiones que generan la construcción de mega proyectos. Particularmente desarrolla la idea de que las formas de participación, propiciada por las empresas generadoras de este tipo de inversiones en el sur global, no implican necesariamente una adopción de las propuestas que se generan por las “consultas ciudadanas” sino que más bien se guían por el desarrollo del capital mismo. En este sentido, Geddes, busca mostrar las formas de resistencia que se generan a partir de la implementación de este tipo de proyectos.

La segunda sección del libro se inicia con el análisis a una de las experiencias más particulares del último tiempo en la política continental, Bolivia. Esto porque en el capítulo cuarto titulado *Rethinking The Category Of The State: The (pluri)National State and Struggles for Autonomy in Bolivia* de Britta Katharina Matthes, se problematiza la dialéctica relación entre autonomías indígenas y Estado. En este sentido, se busca cuestionar las diferencias que existirían entre las formas estatales precedente a la celebración de la Asamblea Constituyente del año 2009, con la forma que adoptó posterior a esta, a fin de desentrañar los vínculos, tensos, entre la propuesta discursiva de respeto de las autonomías propugnada por el poder central y las organizaciones campesino-indígenas autónomas.

En el capítulo cinco *The Problem of Enclosure in José Carlos Mariátegui's Seven Interpretative Essays on Peruvian Reality*, Nicolas Lema, desarrolla un argumento novedoso para estudiar al amauta. En sentido opuesto a la mayoría de los estudios sobre Mariátegui, el autor, indaga en las construcciones intelectuales que el revolucionario peruano adopta a partir de su estadía en Europa y cómo, desde este dato biográfico-político, el revolucionario desarrolla una línea heterodoxa del marxismo para interpretar la realidad continental de principios del siglo XX.

El sexto capítulo *Franz Tamayo and Fausto Reinaga on the State, the Army, and Revolution in Bolivia of 1952: A Dialogue Between Liberal and Marxist Traditions*, Irina Feldman y Roberto Pareja buscan entablar un diálogo entre la principal figura del indianismo katarista, Reinaga con uno de los fundadores

del Partido Radical boliviano, Tamayo. Este intercambio, es retratado bajo las formas que tuvo la tradición liberal y la indianista para definir al sujeto revolucionario que, dada la impronta intelectual de ambas figuras, no sólo gira en términos socio-histórico-políticos-económicos, sino que también culturales, de género y, sobre la influencia que ejercen las formas que adota el Estado en los procesos de subjetivación.

En *Thinking with Zavaleta: projecting Lo Abigarrado onto Neoliberal Globalization*, Felipe Lagos profundiza en torno al concepto de “sociedad abigarrada” de René Zavaleta Mercado, importante sociólogo y revolucionario boliviano. Para ello, Lagos, muestra los diferentes conceptos desarrollados en el período marxista del intelectual boliviano, sirviéndose y problematizando algunos debates actuales en el campo del marxismo, tales como la acumulación por desposesión. Finalmente, el autor propone sugerentemente, un análisis extensivo de la “sociedad abigarrada” para caracterizar las maneras en las que se materializa el neoliberalismo a nivel global.

La tercera parte del libro está centrada en analizar los vínculos entre la cultura y las perspectivas de emancipación que emanan de ella. De esta manera, la última parte del texto, contiene dos artículos: *Abstraction in a Rift: Lemebel's "Manifiesto" Speaks for a Different Political Constituency of the Communist Party in Chile* de Gwendolen Pare y *José Carlos Mariátegui's Artistic Criticism: for a Broader Approach to Aesthetic's Emancipatory Potential* de Laura Lema Silva. En ambos artículos, se desarrolla uno de los aspectos que menor exploración tienen en los análisis del marxismo latinoamericano, a saber, el vínculo estrecho que han desarrollado los intelectuales y las “políticas de la cultura”.

En el primero de ellos, Gwendolen Pare, analiza las repercusiones que tuvo el conocido “Manifiesto” de Lemebel en el “año decisivo” de la política militar del Partido Comunista. En otras palabras, el escrito de este conocido poeta es contemporáneo a la “Operación Siglo XX”, el fallido intento de tiranicidio realizado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). En el texto, Pare, busca indagar en la figura de Lemebel desde diferentes perspectivas, para observar cómo estas fueron capaces de repercutir en discusiones que años posteriores se tornarían fundamentales en la izquierda. En otras palabras, el capítulo aborda el apoyo, otorgado por el poeta, a la política militar de la organización política marxista, así como también el rechazo del intelectual chileno a vincular al sujeto revolucionario exclusivamente con las masas obreras, para introducir una discusión mayor que apertura con el concepto de “hombria en su obra”.

El noveno, y último capítulo del libro, aborda un aspecto que ha sido explorado en menor medida en la obra del amauta. Esto porque mayoritariamente los análisis sobre Mariátegui se han centrado en los aspectos teóricos-políticos y han dejado en un segundo lugar las relaciones entre el peruano y la literatura. En este sentido, Lema Silva intenta ubicar a Mariátegui en la “órbina decolonial” a partir de la forma en la que desarrolla su crítica literaria. De esta manera, se analizan las formas de posicionamiento del revolucionario peruano en los acontecimientos histórico-políticos de nuestro continente. La autora, por medio de la importancia específica que le da Mariátegui a la literatura y las artes en general dentro del proceso revolucionario, busca dar cuenta de cómo los análisis literarios del peruano contribuyen a los debates contemporáneos sobre este tipo de temas.

Por último, podemos mencionar que el texto, a partir de análisis que van desde la abstracción teórica, pasando por las formas concretas que adoptan políticas de Estados que se han identificado con el socialismo, hasta los vínculos entre marxismo y cultura, van contorneando las contribuciones del marxismo latinoamericano a la teoría crítica global. De ahí se desprende que, a pesar de surgir desde una visión regionalista, las reflexiones heterodoxas que han desarrollado intelectuales revolucionarios en nuestro continente, han permitido propiciar re-descubrimientos y re-apropiaciones que, en tanto la teoría marxista busca situarse en la realidad, no pueden ser, parafraseando a Mariátegui, una copia de un cánón que debe variar respecto de la situación y contexto histórico desde el cual se sitúe. Sin embargo, y esto es lo que me parece central del libro, los aportes para robustecer las reflexiones heterodoxas del marxismo que permitan hacer de este una herramienta para pensar y practicar la emancipación, deben pasar por resituar las reflexiones generadas por los intelectuales de las periferias del mundo, dado que en ellos, se encuentra material creativo a la vez que movimientos emancipatorios que dan sustento para re-situar la relevancia y profundidad del (los) marxismo(s).

Carlos Sanhueza (Editor) LA MOVILIDAD DEL SABER CIENTÍFICO EN AMÉRICA LATINA. OBJETOS, PRÁCTICAS E INSTITUCIONES (SIGLOS XVIII AL XX). Santiago de Chile, Editorial Universitaria (2018)

Nelson Arellano Escudero¹



El recorrido del doctor Carlos Sanhueza Cerda le ha brindado un impulso significativo a la Historia de la Ciencia y la Tecnología en Chile y este libro es expresión de una de las varias formas de colaboración que ha sido capaz de desarrollar en la última década.

El proyecto editorial fue posible gracias al financiamiento del Fondo Rector Juvenal Hernández Jaque, mientras que el manuscrito fue articulado en virtud del apoyo de Fundación Alexander Von Humboldt y el Consejo de Ciencia y Tecnología de Chile. Todos estos aspectos deben ser destacados porque constituyen noticias de buena salud para el tópico del libro y sus respectivos capítulos.

La introducción, breve y contundente, nos dispone de inmediato en el campo de trabajo analítico donde Jürgen Renn abre las puertas al problema transdisciplinar de la Historia del Conocimiento, cuya condición desborda la Historia de la Ciencia y la Tecnología y que, por lo tanto, permite esclarecer prontamente los alcances de la discusión.

Se presentan allí los 7 capítulos de las autoras y el editor, dispersos en una amplitud geográfica que retrata en mucho los propios acontecimientos estudiados. Se abordan temáticas novedosas o con escasa atención que tienen gran relevancia para los procesos de construcción de conocimiento científico. La oferta es variada y enriquecedora: una mirada a la burocracia (Irina Podgorny), asuntos de la salud a través de aguas termales en el siglo XIX (María José Correa), el comercio de plantas medicinales en el siglo XVIII (Stefanie Gänger), la Historia Natural en Chile en el siglo XIX (Patience A. Schell), científicos alemanes en Chile y Argentina a inicios del siglo XX (Sandra Carreras), fotografías científicas (Kathrin Reinert), además del coleccionismo en el Museo Nacional de Chile en la segunda mitad del siglo XIX (Carlos Sanhueza).

¹ Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E-mail: narellano@docentes.academia.cl

Investigadoras de Argentina, Alemania, Chile y Escocia han sido reunidas en este volumen que favorece la comprensión de la circulación del conocimiento y permiten apreciar la complejidad de las interacciones de las realidades múltiples con un enfoque transfronterizo.

El trabajo colaborativo de este libro alcanza un gran rendimiento en un momento en el que el área de la Historia de la Ciencia y la Tecnología ha cobrado relevancia justamente por la necesidad de comprender los alcances y limitaciones de un saber que durante largo tiempo se concibió como ilimitado y superior, en circunstancias que el tiempo presente ha demostrado su porosidad en sus interacciones con los ámbitos de la política, las instituciones, la economía y, especialmente, el medio ambiente.

Algunos de esos aspectos podemos encontrarlos en la mayoría de las aproximaciones, como por ejemplo, la relación entre papel, catálogo, comercio y Estado que establece Podgorny, la llamativa apreciación de Darwin -que recoge María José Correa- acerca de que en Chile al momento de su paso habían más naturalistas que carpinteros o zapateros, pero, sobre todo, los reportes que elaboran Patience Schell y Carlos Sanhueza a partir del estudio de la Historia Natural, la cultura local, la nación y el individuo.

Es aquí, también, donde justamente encontramos brechas a cubrir y nuevas preguntas que se deben abordar pues gracias a los autores de aquellos dos capítulos tenemos una nueva cartografía de objetos, sujetos e instituciones con el retrato de la movilidad que sustenta los argumentos de una narrativa que cuestiona el relato del país aislado y postergado en los campos de Ciencia y Tecnología, sin que ello represente una posición de simetría en relación a los nodos de conocimiento articulados en el hemisferio norte.

El capítulo de Patience Schell revela la necesidad de profundizar en el conocimiento acerca de las biografías de naturalistas como Carlos Porter y las Sociedades Científicas, como la de Valparaíso fundada a mediados del siglo XIX, tanto como en la Revista Chilena de Historia Natural, también fundada en Valparaíso y existente hasta nuestros días. Por su parte, el estudio de Carlos Sanhueza ofrece una visión del Museo como campo de disputa del conocimiento para diversos intereses, aunque, sin embargo, se minimiza la relevancia de los llamados *Privilegios exclusivos*, que en la actualidad corresponden a las patentes de invención.

Este aspecto es de alto interés pues abre una ruta de re-conexión de los aspectos relativos a los vínculos de Ciencia y Tecnología concebidos como totalidad y parece exhibir los cambios de racionalidad que trajo aparejada la súper especialización del siglo XX.

Este libro puede ser visto en diálogo con los trabajos de Mina Kleiche Dray (2017), Pretel y Camprubí (2018) y Carolina Valenzuela (2019), dando a conocer las necesarias contribuciones que el sur global ha generado al conocimiento mundial a través de los continentes, instituciones y el quehacer de generaciones de científicos y expertos cuyos aportes comenzamos a conocer y valorar en una medida apropiada.

Referencias bibliográficas

Kleiche Dray Mina (2017), *Les ancrages nationaux de la science mondiale, XVIIIe-XXIe siècles*. Paris, Éditions des archives contemporaines, en coédition avec IRD Éditions.

Pretel, David and Camprubí, Lino (2018), *Technology and Globalisation, Networks of Experts in World History*, Palgrave.

Valenzuela, Carolina (2019). *Tendencias y Perspectivas de la cultura científica en Chile y América Latina. Siglos XIX-XX*. Chile, RIL Editores.